

El Brasil en situación de crisis orgánica del Estado

Lucio Fernando Oliver Costilla

El Brasil en situación de crisis orgánica del Estado

Oliver Costilla, Lucio Fernando
El Brasil en situación de crisis orgánica del Estado / Lucio
Fernando Oliver Costilla. -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO ; México:
UNAM, 2023.
Libro digital, PDF - (Coediciones)
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-813-561-8
1. Estado. 2. Crisis. 3. Brasil. I. Título.
CDD 981

Otros descriptores asignados por CLACSO:
Brasil / Democracia / Política / Estado

Maquetado: Paula D'Amico

El Brasil en situación de crisis orgánica del Estado

Lucio Fernando Oliver Costilla



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

El Brasil en situación de crisis orgánica del Estado (Buenos Aires: octubre de 2022).

ISBN 978-987-813-561-8



CC BY-NC-ND 4.0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Suecia

Sverige

Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador; Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Índice

Introducción	9
Capítulo I. La crisis política orgánica del Estado. Transformaciones de la ecuación Estado-sociedad civil: cinco fases del ciclo del Estado democrático liberal (1988-2021).....	31
Capítulo II. El capital y el Estado. Movimiento del capitalismo dependiente: caracterización de la regulación estatal progresista.....	105
Capítulo III. La cultura en el Estado integral: sociedad política y sociedad civil en las áreas urbanas y rurales. La ideología dominante en la modernidad	147
Bibliografía	179
Sobre el autor.....	195

El presente libro se realizó a partir de una investigación de año sabático auspiciada por el programa PASPA de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA) y fue reformulado y terminado como parte del proyecto PPAPIIT IN307719. Expreso mi agradecimiento a DGAPA y a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales por ser las instituciones de la UNAM que hacen posible la dedicación exclusiva para la investigación.

Introducción

En este libro se presentan los resultados de una investigación de varios años sobre la actual crisis brasileña, a la luz de una caracterización de los acontecimientos, políticas y luchas ocurridas en un período específico de la primera década y media del siglo en curso. Constituye un análisis de la experiencia de los cuatro gobiernos progresistas de inicios del siglo XX en Brasil: los dos de Lula da Silva (2003-2010) y los de Dilma Rousseff (20011-2016). El análisis se realizó a partir de una intensificación del nudo analítico de lo que concebimos teóricamente como la gestación, agudización y superación de una crisis orgánica del Estado. Esta última se hizo evidente en las manifestaciones populares de 2013, se acentuó en la situación posterior de *impeachment* de la presidenta Dilma Rousseff y bajo el avance político social de la ultraderecha, hasta el período del presidente Jair Bolsonaro. A finales de 2022, sin embargo, una mayoría de la sociedad y sectores dirigentes del Estado optaron por retomar el rumbo progresista a inicios de la tercera década del siglo y eligieron de nuevo al presidente Luis Inácio Lula da Silva. El desafío de crear algo nuevo y superar la crisis del Estado exige que las masas populares revisen y aprendan de la experiencia anterior y este escrito es apenas una contribución entre muchas que vendrán.

Los objetivos de nuestro estudio fueron los siguientes:

a. El análisis de la crisis a partir del estudio de las relaciones de fuerzas

El primer objetivo fue realizar un estudio de teoría social encaminado a conocer, analizar y tratar de entender las problemáticas sociales del Brasil contemporáneo, en una búsqueda por desentrañar, en lo concreto de un país y un período histórico político, los elementos estructurales, los procesos, las mediaciones y especialmente la confrontación de las fuerzas histórico-políticas actuantes que las constituyen, enfocando especialmente al Estado, entendido teóricamente de una forma integral (Hegel, 1999, cap.III; Gramsci, 2000, C. 6, prgfs. 81,82,87,88). Este concepto recoge tanto las relaciones de capital en reproducción ampliada, como las modificaciones de las formas ideológico-política-históricas de la sociedad, también en cambio constante.

Los Estados moderno son articulados por una determinada ecuación social histórica en movimiento que articula en un todo orgánico de poder a la sociedad política y a la sociedad civil, en su mutua interpelación. De ahí la búsqueda de valorar el sentido, alcance y derivaciones de la confrontación civil y política de un Brasil que desde el fin de la dictadura militar está intentando encontrar un camino para superar una situación de crisis acumulada, misma que se ha perpetuado no obstante el entusiasmo y los arreglos sociales y políticos temporales de las fuerzas en lucha. Ese país pasa hoy día por una situación de dependencia económica redoblada (Paulani, 20129, deterioro social, inestabilidad de las instituciones democráticas y un impasse de la legitimidad de las relaciones políticas institucionales. No obstante la salida política hacia un progresismo renovado y creativo, el país se encuentra inmerso en una polarización catastrófica de la sociedad civil y de las instituciones.

La crisis de los últimos tiempos tiene un carácter complejo, endémico y sistémico arraigado en la historia pasada de Brasil (Genro, 2016). La corrupción y los supuestos o reales delitos judiciales

aflorados en medio del proceso denominado “Lavado rápido” (Lava Jato) durante los gobiernos progresistas de Lula da Silva y Dilma Rousseff no logran explicar en profundidad la situación actual, derivada de la confrontación política-ideológica entre fuerzas políticas opuestas, previa a la reelección y posterior al *impeachment* de la presidenta Dilma Rousseff. En realidad, la crisis actual es un elemento combinado de diversas contradicciones ubicadas en las relaciones políticas, económicas y culturales de la sociedad brasileña y tiene un carácter orgánico, no resuelto: se trata de una crisis del Estado integral brasileño, surgida de una transición democrática incompleta y parcial, posterior a 1988, y desplegada durante todo el ciclo de dicho Estado, a través de los cambios de las distintas fases de la ecuación social hasta llegar al presente, esto es, desde la derrota del régimen militar en 1985-88 hasta el 2023.

A lo largo de treinta y cinco años se advierte la dificultad de todas y de cada una de las fuerzas para generar un proyecto estatal de construcción democrática y de organización económica de la reproducción capitalista estable, productiva e incluyente. No es extraño; la relación de fuerzas de dominio oligárquico empresarial se modificó en los marcos del predominio interno de la globalización capitalista mundial, sin que, mediante nuevas concepciones de las mayorías y derechos efectivos de los trabajadores, se pudiera resolver la herencia autoritaria de la historia y la dictadura en las leyes, las instituciones y las ideologías populares, así como en las relaciones económicas y sociales. Esa situación llevó en los años recientes al predominio del unilateralismo de poder y del neoliberalismo salvaje, afines al capital corporativo y financiero mundial y, a su vez, a la supeditación de todas las fuerzas internas de la industria urbana, del agronegocio rural y de la economía extractivista a la transnacionalización del Estado bajo el dominio financiero y a un ambiente de corrupción y violencia social y política crecientes.

La evolución de la relación de fuerzas de los últimos treinta y cinco años significó el camino a un impasse prolongado, determinado por la pervivencia de los elementos de dominio del gran capital

monopólico agrario y urbano (y también de su influencia social hegemónica), integrado a un capitalismo transnacionalizado y viabilizado por un sistema político liberal con elementos democráticos subsumidos a elementos claves de autoritarismo y de relaciones políticas clientelares y económico-corporativas, en confluencia con un notorio y sorprendente fortalecimiento paralelo, en la primera década del siglo, de elementos importantes de poder e influencia de los trabajadores y de la sociedad civil influida por éstos.

En cuanto a la vida popular, bajo los gobiernos progresistas de Lula y el primer gobierno de Dilma se logró avanzar en el derecho a tener derechos (Telles, 1998), que irradiaron a la gran masa de la población como resultado de luchas de décadas, y se plasmaron en el fortalecimiento económico-corporativo de la clase trabajadora, así como en la difusión de logros político y un pensamiento de liberación en las grandes masas (movimientos sociales populares, pedagogías de la liberación, luchas identitarias de la diversidad). Todo ello se tradujo en la consolidación del grupo político práctico del Partido de los Trabajadores (PT), limitándose por voluntad propia a la conquista del gobierno y a la representación burocrático-política de clase, como resultado de una estrategia basada en avanzar de forma lenta y pactada, pero con dificultades para desplegar una política de hegemonía, y sin que paralelamente se produjera la autonomía política integral de los movimientos sociales y políticos populares interesados en el cambio. Ello, a pesar de las buenas intenciones, la consecuencia y la habilidad política de los dirigentes del PT. 2013 mostró una fuerte cadena de insuficiencias en el *continuum* clase-sociedad civil-movimientos sociales, autonomía histórica; ciudadanía-partidos-Estado; economía y proyecto nacional.

La crisis actual, después del *impeachment* de la presidenta Dilma Rousseff, es la expresión viva de un impasse mórbido donde lo viejo no muere y lo nuevo no acaba de nacer.

Después del golpe de Estado blando de agosto de 2016 se impuso una dirección semifascista del Estado y la sociedad en los marcos de un Estado democrático liberal, misma que asumió un carácter autoritario, conservador y reaccionario involutivo al servicio de la

acumulación, con evidencias de que carece de una alternativa a la crisis orgánica.

En el afán de valorar la crisis actual, interesa hacer un diagnóstico de cómo se dieron en Brasil las relaciones Estado-sociedad civil en las postrimerías del siglo pasado y a lo largo de las dos primeras décadas del presente siglo, considerados los conflictos entre las élites y las sucesivas crisis de autoridad vividas (1998-2002/ 2013-2016) que expresaron una distancia de las masas populares y la sociedad organizada respecto de la dirección estratégica del Estado.

b. El anterior proyecto progresista en relación con la sociedad política y la sociedad civil

Un segundo objetivo se orientó a valorar, desde la perspectiva tanto de la sociedad política (su programa y sus políticas) como de la sociedad civil en continuo proceso de formación y reconstrucción, las contradicciones, los conflictos y las limitaciones ideológico-culturales, intelectuales y morales del anterior grupo gobernante progresista (lulismo, de 2003-2015), que se expresaron en sus políticas nacionales e internacionales de impulso a un papel más activo del Estado y en su administración nacional de relaciones más democráticas, de innovación económica, juego político flexible, orientación social y pública. Ello hasta el momento en que la sociedad vivió el cambio de la opinión pública inducido por las oligarquías, y de la conducción de la sociedad civil por la ofensiva de las agrupaciones reaccionarias que lograron encabezar y orientar las manifestaciones de calle de 2013 a 2016. Nuestra valoración está dirigida a apreciar críticamente los elementos intelectuales, políticos, económico territoriales e históricos que entraron en una aguda crisis política y limitaron la disputa estratégica del “lulismo” por dirigir la construcción democrática en Brasil.

Bajo el anterior régimen de Lula da Silva hubo un encuentro notable entre grandes sectores populares de la sociedad civil y la dirección del Estado, con una serie de éxitos en sus políticas económicas

y administrativa, opacados temporalmente por una creciente desilusión social y política de las mayorías de trabajadores respecto del proyecto nacional progresista. Estas se distanciaron del proyecto de Estado y del insuficiente intervencionismo regulatorio de la economía, la política y la cultura, especialmente después de que se redujo el crecimiento económico en 2011, posteriormente a su segundo período.

El proyecto de Lula tuvo un acento “cesarista” progresista (Gramsci, 2000, C. 13, prgfs. 23, 27) mismo que fue posteriormente cuestionado por el *impeachment* de la presidenta Rouseff y por medio del camino que le abrió el presidente sustituto Michel Temer. Surgió después otro “cesarismo” (esta vez regresivo), encabezado por Jair Bolsonaro, un bizarro líder militarista de ideología y proyecto semifascista, fincado en sectores amplios del ejército, que tiene como sustento el predominio de un sentido común fanático religioso retrógrado de masas protestantes pentecostales, un amplio bloque de poder que articula a las élites reaccionarias con los sectores conservadores de las clases medias adheridas a la defensa a ultranza del mercado capitalista transnacional, bloque dinamizado por fuerzas capitalistas industriales monopólicas, extractivistas, del agronegocio, y financieras, que se hubieron impuesto autoritariamente con cierto consenso, como resultado también de las contradicciones y debilidades de los sectores progresistas del Estado y la sociedad civil.

La tesis de este libro es que el declive del proyecto Lula de 2003-2015, que terminó como resultado del Golpe Parlamentario a Dilma Rouseff y lo que fue el posterior triunfo de Bolsonaro, proviene de diversos factores que giran en torno a las dificultades del núcleo central del bloque de poder lulista para ejercer una dirección política cultural estratégica realmente alternativa; de la falta de suficiente autonomía política e ideológica de los movimientos sociales y organizaciones de masas de los trabajadores y del factor adicional de la fragilidad de sus alianzas inestables, algunas veces oportunistas, que fueron impuestas por el sistema de presidencialismo de coalición.

Dicha insuficiencia fue detonada por la contraofensiva conservadora conjunta de los partidos del orden capitalista neoliberal, mediada

por el aventurerismo de políticos parlamentarios y políticos de derecha y de la extrema derecha, los medios de comunicación conservadores tradicionales y sediciosos, un poder judicial penetrado por la ultraderecha y el intervencionismo de los Estados Unidos, dirigentes de las iglesias pentecostales y la inclinación favorable y provocadora del conjunto de las fuerzas militares. Ese cuadro permitió que las fuerzas dirigentes de la gran burguesía brasileña y sus aliados internacionales consiguieran generar en la sociedad civil una actividad fanatizada de masas que enarboló una bandera antipetista y reaccionaria, conducida por un sector amplio de clases medias altas que arraigó en sectores populares precarizados, con un componente desestabilizador y un manifiesto contenido agresivo de odio social clasista, racista y sexista, y de violencia ante los sectores progresistas. Brasil eligió en Bolsonaro a un presidente que abiertamente asumió posiciones fascistas contrarias a la civilización mundial de la posguerra.

El análisis de la ecuación Estado-sociedad civil durante el primer período de los gobiernos del PT –atravesada por elementos de una crisis política e ideológica– se efectúa en este libro poniendo énfasis en el estudio de la lucha de proyectos y la dinámica de las mediaciones políticas, tratando de desentrañar sus relaciones y fuerzas internas e internacionales.

En el texto se pone especial atención al seguimiento teórico del programa, las políticas y las experiencias de dichas fuerzas “progresistas” y a la valoración de sus concepciones políticas. También se considera la insuficiente respuesta activa de las masas a las iniciativas de políticas sociales y públicas orientadas a afirmar, en la política exterior, opciones multipolares (BRICS) y de avance político regional (UNASUR) y, en lo interno, al mejoramiento social popular y a la reforma cultural de las relaciones de poder para hacer avanzar el derecho a tener derechos, respuesta pasiva que se entrelazó con de una política cesarista de conciliación de clases, pacificación social e inclusión cultural y económica bajo el orden oligárquico capitalista, política decidida por el presidente Lula que, en su momento, logró el apoyo del conjunto de la sociedad en una década de alto crecimiento

económico, alentado por el auge de la venta internacional de *commodities* (2003-2010). Ante ello, la sociedad civil se inclinó por aspiraciones económico-corporativas, de mejoramiento económico y mayor consumo mediadas por una baja politización y muchas necesidades postergadas, buscando una elevación en sus ingresos (clase popular y media) y una salida a la situación de estancamiento y exclusión.

La estrategia y las políticas de los gobiernos progresistas de Brasil renovaron los anquilosados proyectos socialdemócratas latinoamericanos, se deslindaron de las anteriores políticas liberales (y neoliberales) de la denominada formalmente socialdemocracia brasileña (PSDB), de los gobiernos de Itamar Franco y Fernando Henrique Cardoso.

En lo interno, el proyecto progresista de Lula da Silva y Dilma Rousseff menospreció la importancia de una política de unidad amplia de toda la izquierda, se articuló jerárquicamente con los núcleos más avanzados y autónomos de los movimientos sociales y políticos que expresaban las luchas sociales de la diversidad popular y no entendió la importancia del despliegue de la autonomía política de éstos. Los principales de ellos, el sindicalismo de la Central Única de Trabajadores (CUT), el movimiento de Barrios Urbanos, el Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST), el Movimientos de los Trabajadores Urbanos Sin Techo, así como los diversos movimientos de pequeños productores y trabajadores afectados por las inundaciones, y los movimientos de identidad racial, étnico comunitarios y culturales, junto a los sectores juveniles no organizados, mismos que en general se mantuvieron en una expectativa pasiva seguidista ante las políticas cesaristas del gobierno de Lula da Silva. Ello al parecer generó un escepticismo de los sectores intelectuales de izquierdas que criticaron la pérdida ética de la política del Partido de los Trabajadores aduciendo que lo igualaba en sus prácticas políticas y de gobierno a las demás formaciones políticas tradicionales.

Lo dicho no disminuye en nada la importancia que tuvieron las políticas del lulismo y sus extraordinarios logros en términos de mejoramiento e inclusión social y de derechos de las grandes mayorías.

c. Seguir el debate para valorar las políticas

En tercer término, este estudio busca contribuir al debate contemporáneo sobre el proceso brasileño, lo que nos lleva a evaluar por qué y con qué sentido logró triunfar en 2002 una nueva dirección político cultural en Brasil, y cómo afectó las características de los conflictos en las relaciones “de ida y vuelta” entre Estado-economía, sociedad-Estado y cultura-ideologías-Estado.

En dichos ámbitos actuó una administración progresista que se planteó públicamente ser una fuerza política conductora con un proyecto transformador del Brasil, con iniciativas en cuanto a políticas democráticas internacionales y nacionales, con derrame económico para la aceleración económica con inclusión que fue desplazada por el manejo político de la conflictividad social. En lo particular, relacionado con la academia, las políticas del lulismo brindaron apoyo manifiesto a los posgrados de las universidades federales y a la reunión de esfuerzo de formación para una autonomía científico-técnica.

Los gobiernos progresistas de Lula y Dilma buscaron enfrentar, a su modo y de manera ecléctica, la subordinación económica política internacional, el carácter excluyente de masas del capitalismo brasileño, la radical desigualdad social, la violencia urbana y rural y la postergación estructural de las grandes mayorías de Brasil. La acción gubernamental tuvo un pie en el impulso decidido a las políticas públicas y sociales de mejoramiento social popular, seguridad alimentaria, agricultura familiar y social y otro pie fuerte en el apoyo al subsidio a la acumulación privada de capital en áreas claves de salud, educación, producción industrial monopólica, el extractivismo y el agronegocio de *commodities* y en el sector financiero. El éxito de esa política se basó en un crecimiento económico del producto interno bruto que dio recursos para todos.

En el período del lulismo de inicios de siglo se impulsó el debate respecto de la posibilidad de un Brasil Potencia (Zibechi, 2012; Mangabeira, 2010), que se basaba en la participación del capital brasileño

en los procesos de concentración y centralización del capital transnacional (Fontes, 2010) con proyección regional en toda América del Sur.

Así entonces, se aprecia claramente la inclinación al compromiso de la administración lulista de los primeros años del siglo, orientado a 1) la conciliación de clases sin elevación crítica ideológica política de masas, propuesta que requería un debate ideológico social para evitar el predominio de una perspectiva romántica de armonía de clases en una sociedad desestructurada y altamente desigual. Sin embargo, es fundamental la constatación de que durante los años de administración progresista del gobierno se combatió la desigualdad social y logró disminuir la conflictividad social de la vida brasileira, llena de resabios oligárquicos, clasistas, racistas y machistas de la época esclavista. El nuevo Estado de compromiso (Oliver, 2009), empero, impidió a la sociedad política progresista y a la sociedad civil popular impulsar necesarias reformas profundas (Frei Betto, 2016), llevar a cabo una acumulación estatal que contuviera el dominio de los monopolios y estableciera un capitalismo bajo regulación estatal y social (Oliver, 2009; Marini, 1966). Urge debatir por qué, y cómo todo resultó en el empoderamiento de un revanchismo autoritario de ultraderecha con apoyo de masas.

Las políticas progresistas mencionadas, impulsadas por el gobierno del PT desde 2003, tuvieron el respaldo electoral de sectores en ese entonces influyentes en la sociedad civil, apoyo hegemonizado por un núcleo amplio capaz de entender y asumir una conciencia popular clasista de derechos, pero que al parecer no disponía de un programa que alentara un proyecto autónomo de masas de disputa por la hegemonía como perspectiva intelectual, política y económica, cuestión central del debate que se abre ahora. Las políticas distaban mucho de reconocer los problemas estructurales del capitalismo brasileño históricamente dependiente y no pudieron expresar, ni incluir, la rica conformación arcoíris de la diversidad brasileña acuñada durante décadas de vida activa y luchas de una inmensa diversidad de movimientos sociales.

Para profundizar el debate, cabe decir que resulta reduccionista plantear que la contraposición al orden oligárquico capitalista brasileño radica en un único bloque socio cultural. Por un lado, el de la gran masa popular, que agrupa a los desempleados y subempleados, los trabajadores precarizados nucleados en torno al grupo social de obreros y trabajadores simbólicos formales sindicalizados del centro del país y de las grandes capitales (Brasilia, São Paulo, Rio de Janeiro, Salvador, Porto Alegre, Minas Gerais, Fortaleza, São Luis) coincidente con trabajadores rurales, con la población de informales y carentes del Nordeste y Centro Oeste (Bahía, Ceará, Maranhão, etc.), en buena medida dirigidos por los partidos de la izquierda.

Por otro lado, en apoyo a las políticas clasistas y reaccionarias de las oligarquías actúan sectores populares y medios que son subalternos a la oligarquía empresarial del campo y la ciudad, subordinados a los sectores conservadores y reaccionarios de la derecha y ultraderecha.

Hay, empero, otro Brasil que poco se ha comprendido e incluido en la lucha política institucional: el de los movimientos sociales de las periferias urbanas y de los pueblos indígenas que expresan la gran diversidad social, política, cultural del pueblo brasileño del campo y las ciudades, formado por los trabajadores sin tierra del campo, por campesinos de la pequeña agricultura de mercado regional, por los jóvenes y adultos activos de los barrios y favelas, y por amplios sectores de jóvenes de las ciudades que buscan renovar sus identidades locales, de género, de raza, de etnia, de vínculos comunitarios de trabajo, cultura y de actividad educativa profesional e intelectual de alto nivel. Este grupo activo ha creado un sinfín de nuevas identidades socio culturales, sin que aun haya conseguido traducir políticamente su presencia con un perfil de politización autónoma, pero muestra la existencia de un Brasil alternativo que aún no se ha incorporado como aliado a ninguna de las dos fuerzas que han entrado en impasse y equilibrio catastrófico.

d. La crisis orgánica del Estado integral brasileño

Un cuarto propósito del estudio fue ubicar el análisis de la situación de Brasil en el marco de una comprensión ampliada del Estado, como ya mencionamos. Interesó conocer la relación orgánica de poder en movimiento entre instituciones y sociedad, relación basada en el predominio de una determinada formación económico social y política. Teóricamente un país es una formación social que se constituye histórica y políticamente como un ámbito de una dada hegemonía de fuerzas histórico-políticas con varios matices y grados de consolidación; en el estudio procuramos entender al Estado como espacio social de una disputa de fuerzas constituidas por las relaciones económicas y una lucha histórico-política. Es una entidad activa de poder y de cultura en la sociedad. Ello nos lleva a considerar históricamente la relación de fuerzas en las naciones, a diseccionar las políticas y las propuestas culturales e ideológicas con que las fuerzas políticas y sociales intervienen en la disputa nacional y popular por el Estado y dentro de él, lo que conforma los momentos constitutivos y las distintas fases del ciclo del Estado en cada país (Zavaleta, 2009:321-356).

Este libro analiza varios momentos en los distintos ámbitos de la disputa acontecida entre 2003 y 2016, a saber: 1) el movimiento orgánico capitalista de la economía y la reproducción de la acumulación bajo las condiciones de la dependencia y la emergente globalización neoliberal y su antecedente en las crisis en la economía y en la política internas, en 1998-2002 especialmente, período previo a la elección triunfante del PT en 2002 y, en 2011-2016, posterior a la presidencia de Lula; 2) los conflictos y luchas en torno de las mediaciones, las estructuras de participación política y las relaciones de poder dentro y fuera de las instituciones, sobre todo en las mediaciones políticas y en la sociedad civil, en el período en que se fue gestando la crisis de hegemonía; y 3) el sentido político de las contraposiciones en los ámbitos de la ideología y la cultura entendidas como poder y política, es decir: con relación a la manera en que las

distintas fuerzas y los variados grupos sociales consolidan o viven la merma de su poder y su capacidad de dirección de la sociedad (2003-2011), conocer su apreciación sobre los problemas estructurales, las mediaciones políticas y las concepciones ideológicas que orientan su papel en la nación, en las regiones, en el campo y las selvas, en las ciudades, los barrios y favelas.

Así entonces, el libro se centra en intensificar el análisis en determinados nudos, en las distintas crisis de la formación social brasileña y en su proceso como movimiento orgánico y de coyuntura de 2002 a 2015, pero va más allá, pretende pensar los problemas y evaluar las soluciones propuestas a los fenómenos estructurales que agobian a la sociedad brasileña y que, al calor de los vaivenes de las relaciones de fuerza, seguirán ahí hasta que un nuevo impulso transformador los ponga en entredicho y tenga la capacidad de mover a toda la sociedad para encontrarle salidas históricas.

Nuestra investigación se remite al estudio de las experiencias progresistas, pero no ignora el prisma de última hora de la crisis estatal continuada de 2018 a 2022 bajo la dirección reaccionaria del gobierno Bolsonaro, gobierno que sostuvo la Enmienda Constitucional No. 95/2016 (PEC 55) aprobada en el Senado, misma que fijó por 20 años el mismo monto y nivel del gasto público de 2016 en educación, salud, seguridad social y jubilaciones, puso un tope al salario mínimo e introdujo la propuesta de “escuelas sin partido”, en beneficio del falso apoliticismo benéfico a las oligarquías. Bajo el miliciano Bolsonaro (sustentado en la actividad del ejército y grupos paramilitares), se incrementó la crisis de autoridad y el aumento de la distancia entre dirigentes y dirigidos de 2013-2015, pero hizo su propia política de ultraderecha a partir de la intervención activa, aventurera y golpista de los actores militares, ideológicos, sociales y políticos de sectores de las fuerzas ultraliberales otrora dirigentes (Brasil libre, PMDB), con un perfil ultrarreaccionario, conservador, contrario a la diversidad del Brasil y comprobadamente al servicio de los intereses de la gran burguesía brasileira transnacionalizada. Bolsonaro incorporó a siete mil militares en puestos dirigentes de

la administración pública (Nepomuceno, 2021), junto a políticos y religiosos de última hora y a grupos milicianos (paramilitares). Este bloque de poder jugó su parte para mantenerse como gobierno sin buscar una salida nacional y popular a la crisis, por el contrario en condiciones de profundización de la dependencia a la globalización y a los intereses de los Estados Unidos, de ausencia de reales políticas de recuperación económica, social y de gobierno, de minusvaloración de la crisis sanitaria por la pandemia de Covid, manteniéndose solo con medidas negacionistas retrógradas y la demagogia de un autoritarismo de masas.

La crisis actual permite profundizar nuestro conocimiento sobre la relación entre la formación social dependiente brasileña y las formas políticas e ideológicas, la economía política y las políticas económicas y culturales del capitalismo contemporáneo.

Metodológicamente acudimos a rastrear el movimiento orgánico de una economía compleja que articula la acumulación financiero-capitalista, la reproducción industrial-agraria extractivista y la de especialización exportadora que son dominantes en la formación económico social, y que se transluce en las complicidades y disputas del día a día entre los intereses dominantes del capital internacional y nacional con las fuerzas populares, para entrever ahí la situación que guardan las mediaciones del Estado, las políticas de partido y la disputa de proyectos político-culturales.

El problema no es solo económico-político, relacionado con la servidumbre a las políticas al servicio de la acumulación del gran capital privado transnacionalizado, sino que anida en la cultura, la crisis de las mediaciones, en la servidumbre intelectual y la corrupción moral de las fuerzas de las derechas, subordinadas a la imposición de políticas económicas burocráticas antipopulares de los organismos económicos mundiales y la tecnocracia neoliberal.

También vislumbramos el problema de la falta de una política autónoma de los sectores populares y las corrientes políticas que actúan en la sociedad civil y en los movimientos sociales, que

apoye en las calles y en las instituciones, las reformas profundas necesarias.

Se hace necesario que las fuerzas de izquierda en el bloque político de poder y en el ámbito social debatan su concepción del Estado de tal manera que construyan una política de disputa y transformación del mismo, que conduzca a una intensa lucha por la hegemonía.

En nuestro estudio se considera a las fuerzas actuantes en la realidad brasileña como expresión, con autonomía relativa, de las relaciones de capital y de las contradicciones sociales amplias surgidas con el movimiento orgánico del capitalismo. Ese movimiento conlleva una crisis estructural orgánica del capitalismo dependiente y los problemas de la forma política democrático-liberal, sometidos a la dinámica de las grandes potencias de la globalización.

La crisis orgánica del capitalismo dependiente tuvo su inicio en el período desarrollista a partir de la transformación monopolista del capitalismo y del Estado (Marini, 1979) sin embargo, se acentuó bajo el predominio de la democracia liberal institucional, bajo el dominio de la globalización capitalista y sus políticas de revolución pasiva mundial. Y ello propició el impasse actual y llevó al equilibrio catastrófico de fuerzas internas.

Ante ese empate catastrófico, es de cuestionar que la salida sea de nuevo la del cesarismo progresista (Zavaleta, 2006). La alternativa parecería estar en crear nuevas opciones histórico políticas que estando distantes se pueden prefigurar: el avance de la fuerza autodeterminada de los trabajadores haciendo parte de un movimiento crítico de las masas populares; en que éstas construyan su autonomía política a través del diálogo, la crítica y la estrategia, que influyan en los grandes partidos populares: el Partido de los Trabajadores (PT), el Partido Socialismo y Libertad (PSOL) y el resto de partidos de las izquierdas, en el marco de una lucha social para transformar el capitalismo histórico oligárquico dominante y llevarlo hacia una economía social y estatal de economía nacional-internacional, bajo una dirección democrático-popular, con un

proyecto de desarrollo nacionalista, popular y anticapitalista de masas.

La experiencia demuestra al Brasil y a nosotros, los latinoamericanos, que un proyecto de cambio emancipatorio requiere hoy ampliar la lucha por las transformaciones también en las concepciones de las masas vinculadas a su actuar social, en los fundamentos ideológico-culturales hegemónicos; es parte de una prolongada lucha de posiciones en las instituciones, en la sociedad política y en la sociedad civil, lo que obliga a una política de hegemonía intelectual, cultural y moral, además de política y económica en esos ámbitos. Para ello no se requieren recetas, sino se hace necesario un debate fraternal y abierto de concepciones y políticas en el conjunto de las fuerzas progresistas, de izquierda y de abajo respecto del Estado, la sociedad civil, la relación orgánica de poder que interpela a ambos, que incluyan una caracterización crítica del orden capitalista mundial y nacional, de las políticas para la formación de una fuerza popular amplia y mayoritaria que atienda a la unificación del Brasil de los trabajadores con el Brasil de los movimientos de la diversidad, nuevas concepciones de la cultura entendida como política, la expansión popular de la democracia como capacidad de decidir de la sociedad misma (Marini, 1993; Zavaleta, 2009). El horizonte de las luchas apunta a la formación de un núcleo de poder democrático de nuevas izquierdas dispuestas a conseguir múltiples reformas de diverso carácter, que confluyan en un nuevo bloque de poder basado en la alianza de los trabajadores de distintos ámbitos, naturalezas y categorías (de fábrica, de comercio y servicios, de ciudad y del campo, de actividades simbólicas, de la modernidad y la ancestralidad originaria), con las clases medias y los intelectuales críticos, proceso que exige estar vinculado al avance del diálogo y unidad de la izquierda, a la organización popular autónoma y a la unificación en un proyecto político de partido que lleve a diversos momentos de catarsis (Gramsci, 2000, C. 10; Oliver, 2017) en que se genere la elevación ideológico-política de los movimientos y organizaciones.

Para los movimientos sociales y políticos que buscan una transformación popular avanzada se ha puesto como necesidad el impulso a una serie de reformas profundas que resultan del rescate crítico de la experiencia progresista brasileña que analizamos (Frei Beto, 2016):

- Reformas económicas, orientadas a ampliar la economía social y a generar una economía pública de transición, democrática y crítica del predominio de las relaciones mercantil capitalistas y de la alienación social a éstas;
- Reformas políticas, para transformar radicalmente las instituciones políticas, jurídicas y culturales del Brasil en un sentido democrático popular participativo y a sustituir a las actuales por nuevas instituciones públicas abiertas a la participación activa de la sociedad, para enfrentar la corrupción y el patrimonialismo del Estado, para proyectar la organización popular y la crítica de masas a la oligarquización de la política en el parlamento, que derriben el monopolio de los grandes medios de comunicación existentes y garanticen un poder judicial vinculado a la sociedad;
- Reformas agrarias productivas y democráticas, para resolver las demandas de un movimiento social agrario capaz de ampliar lo que hoy existe como movimientos de trabajadores sin tierra y de pequeños productores a un gran movimiento nacional agrario activo e influyente en la distribución de tierras, la soberanía alimentaria y el conocimiento científico técnico en las ciudades y en el inmenso campo brasileño.
- Reformas intelectuales en la cultura popular, para generar nuevas concepciones y valores críticos del sentido común en el que se ha educado la mayoría de la población, que provoquen la superación social del pensamiento oligárquico de plantaciones,

centrado en la obtención de lucro rápido y fácil, esclavócrata, que todavía anida como substrato compartido en las clases medias y las capas altas, las cuales han influido también en los grupos sociales populares de la sociedad y permita que los trabajadores, los profesionistas y los intelectuales comprometidos participen en el diseño de una nueva sociedad con su propia autonomía histórica integral (Gramsci, 2000, C. 11, prgf. 12).

e. Concepciones metodológicas, recursos y ámbitos académicos y sociales de la investigación

También se buscó una perspectiva de totalidad sobre el fenómeno brasileño para subrayar los procesos y las concepciones estratégicas y políticas que condujeron al triunfo del proyecto petista promotor de un Estado activo, parcialmente regulador de la dinámica económica, y destacar el grado de su influencia en la población en condición de marginalidad y su diálogo con los protagonistas de la acumulación de capital. El objetivo fue evaluar las potencialidades de una modificación en el proyecto nacional a partir de reconocer las necesidades históricas y las carencias de las grandes mayorías en el capitalismo brasileño contemporáneo.

En los últimos 21 años se acentuó en Brasil el patrón de acumulación de especialización productiva para la exportación y se mantuvo el modelo económico liberal periférico. Aun cuando importantes, las transformaciones realizadas en la primera década y media del siglo actual en las instituciones económicas, políticas y los cambios en las relaciones socioculturales que las sustentan fueron trascendentes pero insuficientes, entre otras: los programas de reforma agraria del INCRA, de seguridad alimentaria y hambre cero del CONCEA, del programa Bolsa Familia, los proyectos de vivienda popular y créditos a pequeños empresarios, los grandes apoyos a la educación superior de posgrado, la política de cuotas para el ingreso de grupos desfavorecidos históricamente a las universidades, la creación de

universidades públicas con perfiles avanzados (como la (UNILAB: Universidad Lusófona Brasileña, ubicada en Ceará o la UNILA, Universidad Latinoamericana, ubicada en Foz de Iguazú Paraná),

En la investigación realizada se intentó aprovechar la posición de investigador externo “participante” en la realidad brasileña y de observador de las problemáticas que aparecen cuando un país como Brasil se involucra, aun cuando parcialmente, en una perspectiva latinoamericanista, en un contexto de reforzamiento de un sudamericanismo regional y de alianzas mundiales como los BRICS y regionales como la UNASUR. A partir del ángulo de estudioso mexicano de un Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, se trató de evaluar la situación de Brasil en un continente que en la primera década del presente siglo vio crecer las tendencias al desarrollo de dos grandes mega Estados, uno en América del Norte y otro en América del Sur, tendencias que hoy están menguadas pero que influyeron temporalmente en la visión de futuro de las masas y las organizaciones sociales. En sus concepciones sobre la economía, la política, el Estado, la organización urbana y rural, las políticas de defensa y seguridad pública, las perspectivas geopolíticas y las formas culturales, como resultado de la capacidad de dirección de sendos proyectos regionales hegemónicos a nivel regional por parte de los EUA o de Brasil.

Como se podrá apreciar a lo largo del texto, se puso énfasis en conocer la situación e iniciativas de las diversas agrupaciones de fuerzas políticas, intelectuales, empresariales, sectores medios y trabajadores, grupos indígenas y campesinos, en el contexto de las transformaciones del Estado brasileño, bajo la óptica de las problemáticas teórico-políticas de la hegemonía y la subalternidad.

Una preocupación central del estudio fue ir más allá de una radiografía general de la situación del Brasil como sociedad, economía, sistema político, vida cultural y realidad nacional y social, para buscar caracterizar sus estructuras económicas, sus clases y fuerzas actuantes, sus proyectos, actores en las relaciones de poder y sus intervenciones sistémicas en la política institucional. Se buscó una

apreciación compleja de los bloques de poder y su disputa histórico-política, pero nos centramos en particular en la valoración crítica del bloque lulista, que dirigió atinadamente durante un poco más de una década el rumbo del país, sus políticas internas e internacionales y que evidenció su concepción y crítica de los grandes problemas nacionales. También se buscó una apreciación de la influencia social, cultural y política de las fuerzas activas de los distintos agrupamientos sociales, con el objetivo de valorar su influencia en el conjunto de la sociedad, en sus clases medias y en sus sectores populares, en una tentativa de salir del círculo ideológico que centra el análisis en lo que acontece en el sistema de acumulación de capital.

La investigación se hizo a partir de la reflexión teórica crítica de los procesos en curso en los últimos 20 años. La obra se basó en elementos de observación participante en Porto Alegre, Rio Grande del Sur, en São Paulo, en Rio de Janeiro y en Fortaleza, Ceará. También se realizó un recorrido y participación en eventos en Natal, Rio Grande do Norte, en San Luis de Maranhão y en Belem de Pará.

El trabajo incluyó también la recopilación y consulta de múltiples fuentes bibliográficas secundarias brasileñas obtenidas por medio de intercambios y búsquedas académicas, de conversaciones con colegas profesores e investigadores en el Posgrado de Sociología y el Instituto Latinoamericano de Estudios Avanzados (ILEA) de la Universidad Federal de Rio Grande do Sul (UFRGS), de conocer las fuentes documentales y bibliográficas de la Red de Estudio Históricos del Capitalismo y la Dependencia en Brasil del ILEA de la UFRGS de Porto Alegre.

f. Reconocimiento al apoyo de investigadores de América Latina y de la UNAM

La investigación que aquí presentamos se realizó de 2014 hasta 2017, como parte de una actividad de estudio sabática en mi calidad

de profesor titular de tiempo completo de la UNAM en los años 2014/2015. Fue concluida en cuanto a redacción durante el periodo de 2022-2023, con el apoyo del proyecto PAPIIT IN307719.

Al elaborar el estudio se procuró adquirir elementos para valorar el proyecto de reestructuración económica, las propuestas políticas y el proyecto geoestratégico del Estado bajo los gobiernos de Luiz Inácio Lula da Silva y Dilma Rousseff, a la luz de las contradicciones, dificultades y logros de los gobiernos progresistas. Se procuró mantener una perspectiva crítica de la apreciación de los voceros oficiales del gobierno y en especial a los planteamientos emitidos por intelectuales conocidos o instituciones afines al progresismo, como Emir Sader, Aloizio Mercadante y otros, así como del PT, la Casa Civil, la Secretaría de Asuntos Estratégicos (Unger, 2006) y el Ministerio de Relaciones Exteriores (Bandeiras, 2009).

Decidí exponer y analizar los planteamientos de los autores críticos más destacados que participaron en el debate nacional de Brasil de 2002 a 2016 y que además fueron quienes recuperaron el mencionado piso histórico crítico de la economía, la sociología y la teoría social. La selección de los autores más adecuados para este fin se basó en las conversaciones con los núcleos de investigación del Instituto Latinoamericano de Estudios Avanzados y del Programa de Posgrado en Sociología y de Historia de la Universidad Federal de Rio Grande del Sur, en intercambios con los intelectuales de mi núcleo de trabajo académico en Brasil desde 1996, los queridos investigadores de la Red Universitaria de Estudios sobre América Latina (RUPAL), con sede en Fortaleza, Ceará, y en mi propia búsqueda intelectual en bibliotecas y librerías.

En el camino anterior elegí como lecturas centrales para mi investigación la producción de Alba Carvalho y Eliana Guerra, colegas brasileñas que han participado de los proyectos PAPIIT de la UNAM que he dirigido en los últimos ocho años; de Mathias Luce y Carla Ferreira, intelectuales críticos de Porto Alegre, responsables del proyecto de recuperación y actualización de las obras de Ruy Mauro Marini y Vania Bambirra; Virginia Fontes, historiadora destacada de Rio de

Janeiro; Francisco de Oliveira, sociólogo de São Paulo, hoy fallecido, intelectual productivo y destacado por su estudio crítico de las características contradictorias y complejas del capitalismo brasileño (“orbitorrinco”), teórico del neotraso histórico brasileño y de la hegemonía “al revés” de los gobiernos Lula, autor que se mantuvo distante de la ola lulista; Reynaldo Gonçalves, premio nacional de economía y profesor titular del Instituto de Economía de la Universidad Federal de Rio de Janeiro; Luis Filgueiras, profesor asociado de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidade Federal da Bahia (UFBA) y autor junto con Gonçalves del texto *La economía política del gobierno Lula*; Elza Braga, Adelita Carleal, Francisco Teixeira, destacados intelectuales marxistas de Ceará con quien mantengo intercambio desde hace 25 años; Tatiana Berringer y Angelita Souza que participan del debate sobre el subimperialismo brasileño; Marcelo Carcanholo quien estudia el neoconservadurismo y la vulnerabilidad de la economía brasileña bajo los gobiernos Lula; Leda Paulani, quien sostiene la tesis de una dependencia redoblada bajo los gobiernos Lula a partir del tipo de inserción subordinada y primarizada de la economía brasileña en el escenario mundial; Armando Boito, profesor titular de la UNICAMP, autor de un texto sobre la economía política del gobierno Lula y codirector de la revista *Crítica Marxista*; Ladislav Loubor, teórico del capitalismo dependiente; Fernando Prada, joven integrante del núcleo de economistas estudiosos de la dependencia y profesor de la Universidad Latinoamericana (UNILA) asentada en los confines del Estado de Paraná; Vivian Urquidi y Giovanni Semeraro, lúcidos intelectuales gramscianos de Rio de Janeiro y Sao Paulo.

Esta investigación no hubiera sido posible sin estar radicada en una universidad como la UNAM que además de hacer realidad la necesaria libertad plena de pensamiento, crítica y expresión tiene a bien estimular y apoyar a sus profesores e investigadores por medio de sus Programas de Apoyo a la Investigación. Agradezco también el apoyo de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y de su Centro de Estudios Latinoamericanos, de la Universidad Nacional Autónoma de México, que me han permitido siempre una formación continua y actualizada.

Capítulo I. La crisis política orgánica del Estado. Transformaciones de la ecuación Estado-sociedad civil: cinco fases del ciclo del Estado democrático liberal (1988-2021)

El tema central de este capítulo es la ecuación Estado-sociedad¹ acerca de la cual podemos argumentar que está atravesada hoy día por una profunda crisis orgánica, no solo en Brasil sino en los diversos países de América Latina y, de forma potencial, en prácticamente todo Occidente.

La investigación se desarrolló con una metodología basada en seguir de cerca los acontecimientos significativos del Estado y la sociedad civil en su relación orgánica constitutiva del poder político, centrándonos en la amplia coyuntura de los cuatro gobiernos

¹ La noción se refiere a un complejo fenómeno propio de los Estados modernos, entendidos tanto en su carácter capitalista como en cuanto unidad orgánica, histórico-política e ideológica, de relación de correspondencia o contraposición de sociedad política y sociedad civil. Los dos ámbitos están en una interacción cristalizada a partir de determinada relación de fuerzas y que presupone que el Estado tanto expresa la relación, como se constituye en agente histórico-político, en un proceso por el cual la sociedad se transforma crecientemente, en tanto referencia ideológica de su propio empoderamiento futuro. En América Latina predomina la ecuación de un Estado preeminente (dominante) y una sociedad civil subordinada (subalterna). Véase: Gramsci (2000, Cuaderno 13, § 17) y Zavaleta (2009, pp. 321-356).

progresistas recientes de Brasil, hasta incluir apreciaciones someras sobre el desenvolvimiento de la crisis en el período de la contraofensiva de los partidos del orden reaccionarios de ultraderecha. Se buscó también recoger los debates actuales planteados por intelectuales destacados sobre la situación y, a partir de ellos, y ante los datos disponibles, pensar sobre la cuestión de cómo entender esa crisis del Estado (de creciente contraposición entre sociedad política/sociedad civil, pese a que, coyunturalmente, tanto los gobiernos progresistas como los dos gobiernos autoritarios de ultraderecha –Temer y Bolsonaro– hayan pasado por disímiles situaciones de apoyo de masas). A partir de estos criterios, abordamos el estudio del nudo problemático de la relación entre la sociedad civil, los movimientos sociales, las fuerzas políticas y la política institucional del Brasil contemporáneo.

Fases de la ecuación Estado-sociedad

Los debates sobre el carácter de la ecuación Estado-sociedad en Brasil, una vez pasado el régimen militar (1964-1984), parten de valorar los varios momentos recientes de organización política y social del Estado a partir del retorno a la democracia constitucional, considerando, sin embargo, que a lo largo de la historia “el Estado brasileño se configura como un Estado fuerte, claramente al servicio de los intereses privados, con un decisivo papel en el desenvolvimiento de la civilización del capital” (Carvalho e Guerra, 2014, p. 4).

El primer momento

Los ciclos del Estado contemporáneo en Brasil tienen su inicio en el momento constitutivo del retorno a la democracia después de la dictadura militar. La referencia general para entender las contradicciones y conflictos del Estado brasileño del siglo XXI se remonta a fines del siglo anterior: es *el momento constitutivo del retorno al Estado civil de prerrogativas sociales, que va de 1984 a 1988*, en el que se afirman

elementos de crítica social al patrón previo de superexplotación de trabajadores a los cuales no se le reconocían plenos derechos políticos durante el régimen militar, patrón subordinado al capitalismo transnacionalizado que caracterizó al período de la dictadura militar. Las luchas por superar a la dictadura se caracterizan por la búsqueda de un capitalismo con derechos sociales y una sociedad empeñada en consolidar la transición democrática, a partir de un pacto social y político de conciliación de intereses entre capital y trabajo. En el período de 1984 a 1988 se produce una reconfiguración de la ecuación social, en vistas a establecer una relación equilibrada entre Estado y sociedad civil, una relación que se entendía “justa” para el momento, y que era resultado de una disputa por el Estado entre las fuerzas históricas actuantes, en una dinámica contradictoria de clases (Carvalho, 2014, p. 5). En el momento constitutivo del nuevo Estado civil democrático, la sociedad civil tiene un cierto papel protagónico en la redefinición política a través del movimiento por las elecciones directas (diretas já!), la aprobación de la nueva constitución política de 1988/89, y ello se aprecia mejor si se le añade la experiencia del *impeachment* del presidente Collor de Melo en 1992. Esa fase constituye el primer momento de la ecuación social, va de 1984 a 1994 e incluye las presidencias de José Sarney, Collor de Melo e Itamar Franco.

No obstante la fuerza de la lucha popular y la actividad de fuerzas políticas de centro izquierda, el nuevo Estado civil, una vez aprobada la constitución de 1988, se mantiene lleno de herencias autoritarias (Oliver, 2012) tanto jurídicas, como políticas e ideológicas, que atan a la sociedad en movimiento, misma que conquista el retorno a la democracia, instaura la libertad política e ideológica, crea organizaciones de masas como la Central Única de Trabajadores (CUT), el Partido de los Trabajadores (PT) y el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST), el movimiento de lucha sanitaria y los consejos de participación en políticas públicas, etc. Los grupos liberales y conservadores de las élites que participan en la transición democrática, a su vez, se expresan activamente en la reconstrucción del

partido Movimiento Democrático Brasileño (PMDB) y la creación del Partido de la Socialdemocracia Brasileña (PSDB), así como en la actividad pública de las organizaciones empresariales. Es el momento de disfrute democrático civil, en que la colaboración de clases y de derechos y libertades políticas plenas se vivía tanto en la sociedad civil como en los proyectos y discursos de los distintos segmentos de la sociedad política.

La renovación democrática de Brasil y sus fuerzas históricas estaban entrelazadas con fuerzas y proyectos internacionales, dado que en el mundo se había abierto paso a la reestructuración productiva del capitalismo y los procesos de la globalización neoliberal, que prometían un capitalismo benéfico para todas las clases y países, adornado por el derrumbe del socialismo de Europa del Este en la década de los noventa, la absorción de la Alemania oriental por la República Alemana capitalista y la Unión Europea; procesos aderezados con el avance de la globalización desde arriba y el predominio ideológico político mundial de la noción del fin de la historia (el llamado triunfo eterno de la democracia liberal y del capitalismo monopólico en todo el orbe).

Este momento se inicia a partir de la aprobación de la constitución de 1988 y corresponde a *la instauración de un Estado civil democrático de derecho* (capaz de reconocer derechos e integrar tanto las políticas de las élites y grupos de la sociedad política como las luchas y la perspectiva de la sociedad civil actuante). Es decir, nos concentramos en analizar un período que detona las contradicciones de la dinámica de la Tercera República de 1988 a 2021, con énfasis en la crisis política de 2013-2016, punto de referencia para la crisis orgánica que se inició entonces y que abarca hasta el presente.

El segundo momento

El segundo momento de la ecuación del Estado democrático liberal son los años de la presidencia de Fernando Henrique Cardoso, que abarcan de 1994 a 2002. Este período se caracteriza por un

desequilibrio en las relaciones armónicas entre Estado y sociedad civil, en la medida en que domina “la iniciativa de la sociedad política, con preeminencia de las fuerzas del mercado, respaldadas en los segmentos más conservadores” (Carvalho e Guerra, 2014, p. 6). En este período, bajo la hegemonía de un partido de centro derecha, el PSDB), se produce la reinserción subordinada y periférica de Brasil en la globalización, con la estructuración y las políticas de ajuste propios de una política económica neoliberal.

Se instaaura por medio del gobierno en turno el “Plan real”, que introduce una nueva moneda que estabiliza el combate a la inflación. El gobierno de Cardoso se destaca por la propuesta de una reforma neoliberal del Estado, por las privatizaciones de empresas estatales y por una administración dirigida de los conflictos. Ante ello, los diversos grupos populares y progresistas despliegan dos importantes luchas de oposición: el Movimiento de Acción por la Ciudadanía, contra el Hambre, la Miseria y por la Vida (1993) y el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST, fundado la década anterior) Este último actúa por la vía de organizar campesinos, trabajadores rurales y pequeños productores del campo para reivindicar la lucha por la tierra al promover, basándose en la Constitución recién aprobada, la ocupación y toma de tierras improductivas sin previa autorización oficial, el levante de campamentos y la exigencia de dar paso a los asentamientos posteriores, reconocidos legalmente (Mançano, 2000), así como trabajar en la autoeducación social y política colectiva y crítica (www.mst.org.br) En este período avanza la exigencia de que la sociedad participe en las decisiones de los órganos y las políticas públicas de salud, educación y vivienda. Con el apoyo general de las poblaciones locales, en muchos estados se instauran diversos consejos participativos y además se llega a un momento culminante de esta fase con la experiencia del presupuesto participativo.

En este período se produce un cambio radical en la ecuación Estado-sociedad civil, en tanto las políticas del gobierno de Henrique

Cardoso transforman el Estado en un Estado de competencia ¹ (Hirsch, 2002) cuya orientación básica pasa a ser la inserción de la economía nacional en la reestructuración productiva mundial, la liquidación de los activos estatales, la privatización de las empresas públicas y el mantener altas tasas de interés, para estimular la valorización del gran capital. Esto lo convierte en vehículo cuasi exclusivo de los grandes intereses empresariales y desata lo que se denominó la reforma del Estado, a la par que trata de normalizar el desempleo estructural y da, así, lugar a la expansión de la economía informal, al extractivismo y a la financierización de la economía centrada en un capitalismo de tarjetas de crédito.

La vida de la sociedad civil se ve hegemonizada por los proyectos del “tercer sector” a cargo de las organizaciones empresariales (Fontes, 2010). Esas políticas se expresan en un movimiento de privatización de las empresas públicas y de modernización burocrática desde arriba, que, en términos del lenguaje del Estado de entonces, se denomina creación de “lo público no estatal” (Bresser-Pereira, 1999), dirigido a crear la imagen de desplazamiento de lo público hacia las organizaciones de la sociedad civil con influencia empresarial.

De alguna manera la sociedad brasileña sintió el desequilibrio de la relación Estado-sociedad pues reaccionó con inconformidad cuando se hizo evidente que el gobierno de Cardoso había aplicado unilateralmente políticas privatizadoras empresariales que llevaron al incremento de la deuda pública y a la crisis económica de 1999, lo que generó una crisis política de gobernabilidad entre 1999 y 2001. De hecho, la posterior elección del candidato del PT, Lula da Silva, un político de izquierda ² fue resultado de la concentración de una

¹ Noción elaborada por el investigador de la Universidad de Frankfurt, Joachim Hirsch, para caracterizar los cambios sufridos por el Estado bajo la globalización neoliberal Hirsch, 2002. Para América Latina esta noción fue discutida y particularizada en el libro de Lucio Oliver e Teresa Castro sobre el Poder y la política en América Latina. (Oliver, 2005).

² En su trabajo sobre el resurgimiento de la izquierda en América Latina, Levitsky y Roberts (Levitsky, Steven y Roberts, Kenneth, editores, *The Resurgence of the Latin American Left*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2011) han definido

amalgama de inconformidades ante el avance del neoliberalismo y un grito social para recuperar, por la vía del Partido de los Trabajadores, los dictámenes sociales y políticos de la constitución de 1988.

En la crisis económico-política de 1999 se produjo un rápido declive de la hegemonía neoliberal lograda con el combate a la inflación durante el primer gobierno de Cardoso. Y de alguna manera la hegemonía sufrió un desplazamiento hacia a la corriente de centro-izquierda de la época, bajo la dirección del PT y la popularidad de Lula da Silva para la presidencia del país. En términos de sociedad civil, lo que quedó evidente en la crisis política de 1998/2002 fue que en Brasil la crítica se combinaba con la reafirmación colectiva de masas en pro de una cultura política de derechos (el derecho a tener derechos como conquista sociopolítica fundamental de esa época) (Vera Telles, 2010; Dagnino, s/f; Carvalho y Guerra, 2014, p.9).

Tercer momento

Con la elección de Lula da Silva se abre un tercer momento del ciclo del Estado democrático liberal, el período de la hegemonía de los gobiernos progresistas. Dividido en dos fases, abarca los dos períodos del gobierno Lula (2003-2006 y 2007- 2010) y los primeros cuatro años del gobierno de Dilma Rousseff (2011 a 2014), hasta su reelección, a fines de 2014, que dio lugar a un segundo gobierno, afectado por el *impeachment* de la presidenta. Período de los gobiernos llamados progresistas, que fue propagandizado políticamente por el PT y

como izquierda a aquellos actores políticos que tienen como objetivo programático “utilizar el poder público para redistribuir riqueza ingreso (...), erosionar las jerarquías sociales y fortalecer la voz de los grupos desaventajados en el proceso político”. Detrás de este denominador común, las recientes experiencias en América Latina, variarían –según los autores– en sus orientaciones políticas, su radicalidad y desafío a intereses establecidos en función de las condiciones históricas, económicas y político institucionales de su emergencia. Por las limitaciones que impone el sistema político brasileño, el caso del PT constituye un ejemplo de tránsito hacia una izquierda electoral-profesional, basada en el compromiso, la desmovilización, la moderación y el gradualismo (Kitzberger, 2013, p. 484).

los intelectuales que le apoyaban como una especie de “revolución pacífica desde arriba” y de posneoliberalismo, donde los ejes de la administración iban a recuperar la acción del Estado para enfrentar los grandes problemas del país, mismos que llevarían a la profundización democrática, a la recuperación de la economía pública y a la instauración de una inclusión social vía el consumo y el empleo, es decir, se propuso ser un programa expresivo de un proyecto de la sociedad civil popular, pero pensado para mantener el peso superior de la sociedad política en la ecuación Estado-sociedad. Brasil logró en el inicio del nuevo gobierno progresista el incremento de una participación social impresionante de la sociedad civil dada la aplicación de múltiples programas asociados a políticas públicas y la convocatoria a conferencias masivas de políticas públicas en los distintos Estados.

A partir de demandas específicas se generó una nueva, intensa y generalizada participación en torno a la definición de las políticas públicas con participación de una mayoría popular. Conferencias y consejos participativos surgieron por doquier, lo que generó una indudable expansión ampliada de la influencia de la sociedad civil:

Políticas de desarrollo, generación de empleo e ingreso, inclusión social, salud, educación, medio ambiente, seguridad pública, defensa de la igualdad racial, de los derechos de las mujeres o minorías sexuales, entre otras, fueron discutidas en las 73 conferencias nacionales sobre políticas públicas. Ellas representan 64% del total de esos encuentros (114) realizados en Brasil en los últimos 60 años, y alcanzan un abanico de temas nunca antes llevados a un amplio debate popular por el poder público. Los asuntos abordados y deliberados van desde saneamiento y habitación, a políticas de generación de ingreso, reforma agraria, reforma urbana, derechos humanos, política científica y tecnológica, de uso de aguas, estrategias para el desarrollo de arreglos productivos locales (APLS), pasando por temas específicos como salud indígena o defensa de los derechos de las minorías sexuales (IPEA, 2011).

Con base en la información en ese entonces del Instituto de Investigación Económica Aplicada (IPEA), hay una variada e intensa participación popular en la definición de las políticas:

El mayor cambio en ese proceso democrático, según Roberto Pires (IPEA, 2011), técnico de planeamiento e investigación del IPEA, (...) es que: estos espacios de participación han generado oportunidades para que actores sociales, grupos, movimientos, asociaciones, ubiquen sus demandas. Son grupos que, frecuentemente, por representar minorías políticas, tienen gran dificultad para llevar sus demandas a los legisladores y formuladores de políticas públicas. (...) Tales encuentros nacionales, realizados en su mayoría en Brasilia, acostumbra reunir entre 600 y cinco mil personas anualmente o cada dos o cuatro años, dependiendo del tema. Hasta brasileños que viven en el exterior ya pudieron participar de dos conferencias, de Comunidades Brasileñas en el Exterior, realizadas en julio de 2008 y octubre de 2009. Las directrices aprobadas en las diversas conferencias nortearon políticas públicas, elaboradas, fiscalizadas y avaladas por los 61 consejos de participación social que –integrados por representantes del gobierno y de la sociedad civil– hoy asesoran las acciones de todos los ministerios. Muchas de sus deliberaciones ya se hicieron decretos, porterías o proyectos de ley aprobados o en trámite en el Congreso Nacional (IPEA, 2011).

La intensa actividad de la sociedad civil brasileña se desplegó, sin embargo, en continuidad con la ecuación Estado dominante-sociedad civil subordinada, lo que plantea la consideración de que la participación en asuntos puntuales (dimensión económico-corporativa) no genera de por sí politización de la sociedad, ni significa influencia popular autónoma en los asuntos del Estado, esto es, no da lugar a la comprensión crítica por las masas de los proyectos político-culturales en juego y de las relaciones de fuerza, de tal manera que la sociedad asuma lo que significa un fenómeno en que ella se ubica como elemento de modificación de las relaciones de fuerza, con su actividad decisoria de lo público y la transformación. Eso conlleva una determinada relación entre dirigentes y dirigidos que no es

equivalente, de por sí, al logro de una autonomía política popular, no obstante, la democratización que conlleva:

...las conferencias nacionales no fueron los únicos canales de participación ampliados en los últimos años. De los 61 consejos nacionales de políticas públicas con participación popular existentes, 33 fueron creadas o recreadas (18), o democratizados, (15) desde 2003. Hoy, 45% de sus miembros son del gobierno y 55% de la sociedad civil, incluyendo, dependiendo del carácter del consejo, representantes del sector privado y de los trabajadores en general o de un sector dado de la comunidad científica, de instituciones de enseñanza, investigación o estudios económicos, así como por organizaciones de jóvenes, mujeres, y minorías. Por medio de las conferencias, consejos, mesas de negociación, audiencias públicas y otros canales, tanto los grandes programas del gobierno –inclusive el Programa de Aceleración del Crecimiento (PAC) y el programa Mi Casa, Mi Vida–, como las medidas coyunturales más importantes –como las de combate a la crisis– fueron previa y ampliamente discutidos con la sociedad civil organizada. Todas las medidas de mayor impacto económico y social del gobierno fueron decididas e implementadas con amplia participación social, (...) todas las políticas importantes pasan a ser formuladas junto con los movimientos sociales en las conferencias, consejos y mesas de diálogo (IPEA, 2011).

Para algunos intelectuales críticos la democracia que se profundizó en el sentido participativo, lo hizo a partir de la subordinación-subalternidad de la sociedad civil al papel cesarista del presidente (heredado a la presidenta y compartido por ella), en que el presidente y el grupo gobernante se asumían como los únicos en condiciones de determinar la política del Estado, y ello con la idea de que el triunfo político electoral les había dado ese derecho exclusivo a decidir (Oliveira, 2010, Carvalho y Guerra, 2014, Gonçalves, 2013, Nogueira, 2013, Boito Jr., 2003). En términos institucionales, el derecho a determinar las políticas del gobierno corresponde al presidente, sin embargo, en una política de izquierda esa prerrogativa de los dirigentes de una transformación social debía articularse con acrecentar el derecho de

la sociedad a incidir en las concepciones y las decisiones políticas de gobierno, y en ello se incluye también la politización de ésta, propiciar una elevación ideológico-política autónoma que permitiera a la sociedad civil involucrada en la transformación, su propia lectura de las relaciones de fuerzas y su actuación política autónoma.

En la idea del gobierno progresista, en cambio, la participación popular es vista como algo subordinado, de ahí la búsqueda de que sea un acompañamiento pasivo a la iniciativa de impulsar cambios desde arriba, fuera del derecho organizado de los de abajo. De ahí también, los límites que los gobiernos imponen a esa participación y que se reduzca a propuestas puntuales o locales en los ámbitos de las políticas públicas. Por ello los planes sociales y las políticas públicas del Estado bajo Lula da Silva y Dilma Rousseff no disminuyeron notoriamente la desigualdad, sino que se centraron en la transferencia de ingreso a la población pobre; no se construyó ciudadanía política sino una ciudadanía orientada al consumo, despolitizada y pasivizada. Con ello, la ampliación de ingresos, recursos y posibilidades de las masas populares en los distintos ámbitos en que incidían las políticas públicas, se tradujeron en una especie de derecho a consumir productos y servicios y no a fortalecer una fuerza autónoma, con su propia cultura e ideología de manera de avanzar en la construcción conjunta de un nuevo poder popular.

Por ello se produjo la paradoja de que la intensa participación popular y el impulso a políticas públicas de amplia inclusión y debate no se contrapusieran a, sino consolidaran el, modelo de acumulación de liberalismo social periférico y el patrón económico de una economía dependiente exportadora de especialización productiva.

Las nuevas políticas públicas y el mayor acceso a la definición de las mismas por los sectores populares no se relacionó con un empuje colectivo autónomo y político de lo público que significara elevación ideológico política de la sociedad civil con influencia de izquierda a nivel de Estado, donde se gesta la superación de la subalternidad de las masas y la construcción de una capacidad popular de hegemonía. Una nueva relación entre masas, cuadros medios y cuadros

dirigentes de las agrupaciones políticas solo es posible cuando las masas se convierten en fuerza política hegemónica consciente, capaz de discernir lo que se juega en la política en términos de relaciones de fuerzas y bajo el incremento de la capacidad estratégica autónoma de poder. La disminución relativa de la burocratización en las políticas a partir de las conferencias y los consejos participativos y la consiguiente conciencia de derechos de la sociedad organizada no significó, desgraciadamente, el fortalecimiento de un poder popular autónomo. Por ello no se tradujo en la consciencia colectiva popular de otras urgencias: en la demanda activa por reformas institucionales apremiantes, reforma política, judicial, de medios, burocrática, etc.

El colaborador crítico del gobierno progresista de Lula y correligionario de la destituida Dilma Rousseff, Frei Betto (2016) hizo una lúcida autocrítica de ello:

El PT nació con el propósito de “organizar a la clase trabajadora”. Llegó al poder gracias a los movimientos sociales. Pero no supo valorizar lo que le daría sustentabilidad política. No hubo estrategia para desarticular a los actuales protagonistas del golpe. Creyó en las alianzas con los enemigos de clase. Hizo demasiadas concesiones a quien tenía por objetivo desbancar al PT y retomar el control de la máquina del Estado. Cambió la estrategia por meras conquistas electorales. Cedió el proyecto histórico por meras tácticas de acomodados en el gobierno. El mantenerse en el poder, así fuese al costo de pactos espurios, fue más importante que alterar las estructuras arcaicas de la sociedad brasileña. Trece años de gobierno y ninguna reforma, ni la agraria, la laboral o la tributaria. Hoy el PT es víctima de la omisión de una reforma política (Frei Betto, 2016, s/p).

De esta forma bajo los gobiernos progresistas, el sistema político (los tres poderes del Estado: legislativo, judicial y ejecutivo) siguió siendo permeable a la corrupción, al clientelismo, a la permisibilidad para que las élites políticas y económicas tradicionales pudieran seguirse apropiando de una parte de los recursos públicos y en la orientación

de las propias políticas públicas, los actores políticos del Estado atenderían los intereses de la acumulación privada, especialmente en la educación y la salud. Los importantes cambios en el sistema de salud que fortalecieron el Sistema Único de Salud siguieron siendo vistos por la sociedad como de menor cobertura y calidad que los sistemas privados de salud como el que gira en torno de la compañía UNIMED. Lo mismo puede decirse respecto del sistema de educación básica y media, que elevó recursos y calidad, pero siguió estando dominado por el peso, poder y prestigio de un sistema de escuelas y universidades privadas.

Las políticas del Estado se mantuvieron como políticas decididas con autonomía desde arriba, es decir, se reprodujo la normalidad burocrática que criticaba Gramsci, de extrema separación entre dirigentes y dirigidos, lo que fue alejando a la sociedad civil de las perspectivas y problemáticas de la sociedad política.

§157. Alejamiento entre dirigentes y dirigidos. Asume diferentes aspectos según las circunstancias y las condiciones generales. Desconfianza recíproca: el dirigente duda que el dirigido lo “engañe”, exagerando los datos positivos y favorables a la acción y por ello, en sus cálculos, debe tener en cuenta esta incógnita que complica la ecuación. El “dirigido” duda de la energía y del espíritu de resolución del dirigente y por ello se siente impulsado también inconscientemente, a exagerar los datos positivos y a ocultar o disminuir los datos negativos. Existe un engaño recíproco, origen de nuevas vacilaciones, desconfianzas, cuestiones personales, etc. Cuando esto ocurre significa que: 1) hay una crisis de comando; 2) la organización, el bloque social del grupo en cuestión no tuvo aún tiempo de amalgamarse, creando la armonía recíproca, la recíproca lealtad; 3) pero hay un tercer elemento: la incapacidad del “dirigido” para desarrollar su tarea, lo que significa la incapacidad del “dirigente” para escoger, controlar y dirigir su personal (Gramsci, 2000, C. 3, §157).

El juego político en que se tomaban las principales decisiones nacionales no estaba abierto a consulta y a participación amplia y

nacional, de ahí la pasividad de los dirigidos. No obstante, la nueva orientación del Estado, la política de los gobiernos progresistas de Lula y Dilma siguió los lineamientos de la política tradicional cerrada a los de abajo, sujeta a negociación con las burocracias sindicales y campesinas, y abierta a considerar las objeciones de la mayoría de la clase política, obsequiosa con los bancos, el sector financiero, las corporaciones transnacionales, los empresarios y la oligarquía agraria. De ahí que la participación intensa de la sociedad civil en la definición de los aspectos económico corporativos particulares no se complementó con una capacidad crítica para que las masas beneficiadas por la participación tuvieran en mente su propia actividad crítica, con objetivos de la consolidación de un poder popular y reformas trascendentales que cuestionaran las políticas de los gobiernos progresistas de otorgar un apoyo privilegiado al agronegocio de exportación, a la concentración de capitales en megaempresas brasileñas transnacionalizadas, y a las altas tasas de interés beneficiosas para el capital financiero. Asimismo, se cobijó la acumulación privada vía los fondos de pensión por parte de las direcciones sindicales y los funcionarios altos del gobierno. Todo ello produjo una desorganización de la sociedad civil en su conciencia, su capacidad de organización y de decisión política, de correspondencia y al mismo tiempo autonomía relativa respecto del dirigente carismático y su partido.

Todo lo referido al funcionamiento positivo de la democracia en Brasil durante los gobiernos progresistas lleva a preguntarnos: ¿por qué la mayor participación popular no se pudo politizar, con objetivos de pensamiento crítico y transformación social profunda, ni incidió en una demanda de reformas progresistas del Estado que plantearan cambios necesarios a todas luces en el funcionamiento vertical de los ámbitos burocrático, ideológico, político, jurídico, judicial, de comunicación en que se asienta el dominio de las élites y las oligarquías internacionales, nacionales y locales?

Es necesario acentuar el análisis de los trece años de gobiernos progresistas y entender cómo la despolitización de la sociedad se constituyó en un hecho objetivo, en el sentido de que no hubo

modificación de instituciones, leyes y prácticas que propiciaran una elevación ideológico política de la sociedad civil popular y una capacidad de ésta para ejercer el control social del sentido de las políticas, de las iniciativas de reformas para exigir cambios de las instituciones y para crear bases propias de poder popular autónomo en los espacios de decisión y de comunicación.

El cuarto momento

La crisis de 2013 constituye el cuarto momento del ciclo estatal en cuestión: la correspondencia sociedad política/sociedad civil se desmorona.

En 2013 se empezaron a manifestar las dificultades para mantener el ritmo vertiginoso de ingresos por exportación basados en los *commodities*, el extractivismo, el agronegocio, la producción industrial y el consumismo de masas en el mercado interno (Vieira, 2016). Pero lo más importante es que la población trabajadora y precarizada no estaba percibiendo cambios significativos en los procesos de acumulación concentrada y centralizada en grandes empresarios y políticos respecto a su conducción sobre los servicios públicos.

Se desplegó una crítica a la existencia de dos políticas: la de los bienes y servicios relacionados con el consumo extranjero –de calidad VIP– a raíz de la forma en que se habían planteado las políticas de ciudades-espectáculos con iniciativas de gran alcance, con Brasil sede del campeonato mundial de fútbol o de las olimpiadas, que habían propiciado una abusiva y tradicional concentración de ingresos y apropiaciones de la obra pública modernizadora por los gobiernos locales y regionales –fueran de la oposición de derecha o del PT; y la otra política del gobierno progresista, la destinada a los brasileños populares, que si bien aportaba elevación de salarios, bolsas de apoyo a las familias, cuotas y becas para hijos de trabajadores que se educaban en escuelas públicas o privadas –por igual– también significaba inflación, servicios de mala calidad, insuficiencias en las políticas públicas y deterioro de la vida, encapsulamiento social (como

las obras para el campeonato mundial de fútbol que encerraron tras los muros a las favelas), lo que provocó un gran cuestionamiento social en las principales ciudades de Brasil, especialmente en las cinco más dinámicas: São Paulo, Rio de Janeiro, Porto Alegre, Salvador y Fortaleza.

La presidenta Dilma fue quien sufrió la principal oposición y el incremento de la crítica de masas. Fue ella quien, en la crisis política de junio de 2013, reconoció dificultades en la relación Estado-sociedad y propuso al Congreso –sin éxito– una importante reforma política, asunto que aun domina como algo pendiente en el cuadro actual del debate político y de cuya existencia dependerá mucho del futuro de Brasil.

En cuanto a la dimensión social, la aprobación del gobierno cae desde las manifestaciones de junio de 2013. Según datos de Datafolha, en marzo de 2012 la desaprobación era del 7%, porcentaje que se mantuvo en marzo de 2013; después de las manifestaciones subió al 25%, osciló entre 20 y 26% hasta inicios del 2015, cuando empezó a subir otra vez, alcanzando 69% en marzo de 2016 y llegando a 63% en abril de este año. Las causas del descontento con la presidenta derivan de la creciente insatisfacción con los servicios públicos y empeoran con la adopción del ajuste fiscal después de las elecciones. Junto con estos factores, el sentimiento de desafección política ha venido creciendo, como es posible observar en los índices de confianza en las instituciones.

De acuerdo con datos del Latinobarómetro, la desconfianza (poca o ninguna confianza) en relación a los partidos políticos en Brasil oscila entre el 80 y el 86%, entre 1995 y 2015. En el mismo sentido, la desconfianza en el gobierno y en el Congreso ha alcanzado los niveles más elevados de la serie histórica en el 2015 (80% y 77%, respectivamente). Lo que se observa es que la percepción de desconfianza generalizada en las instituciones políticas parece agravada al ser instrumentalizada por el discurso anticorrupción, capitaneado por grupos de derechas, en un intento de despolarizar el debate y enfocar la rabia y decepción de los electores contra el gobierno del Partido

de los Trabajadores (PT). Este moralismo surgiría como una cortina de humo para conquistar partes significativas del electorado descontentas con las instituciones políticas, con el PT y con el gobierno, y por detrás de todo ello estarían los intereses de los grupos políticos, económicos y mediáticos más importantes del país. Estos grupos, que nunca han aceptado la ascensión del PT y toleraban su proyecto mientras se beneficiaban de la coyuntura económica favorable, revelaron su verdadera cara cuando las condiciones empeoraron a través de una agresiva campaña mediática (Vieira, 2016, s/p).

Por ello, el cuarto momento del ciclo del Estado se abre a partir de la crisis política de junio de 2013, en que millones de jóvenes se manifiestan en las ciudades capitales cuestionando la existencia, los costos y la falta de calidad de los servicios públicos de transporte, salud, educación, vivienda, etc., y se pronuncian contra la corrupción (Nogueira, 2013, Cattani, 2014).

La agudización de la crisis política de 2013 a 2016 no fue solo el resultado del declive del crecimiento económico o de un mal entendimiento entre grupos políticos en el juego institucional, como a algunos analistas les parecía:

En cuanto a la crisis política, se dan una serie de factores relacionados. Por un lado, tenemos la mayor fragmentación partidista en la historia del Congreso Nacional: el número efectivo de partidos en la cámara llegó a 13 y existen 28 partidos con representantes. Por otro, la oposición jamás aceptó el resultado electoral y desde octubre de 2014 intenta deslegitimar o destituir al gobierno democráticamente electo, comportándose como un actor de veto e imposibilitando el avance de la agenda gubernamental. A ello hay que añadir un gobierno sin capacidad para asegurar la fidelidad de su base de apoyo: la coalición de diputados que debería apoyar al Ejecutivo demostró su fragilidad numerosas veces hasta que se fracturó. La falta de habilidad del gobierno, aliada a los intereses contrarios del actual presidente de la cámara y de la oposición, han creado el escenario propicio para el *impeachment*, cuya legitimidad es cuestionable, una vez que constitucionalmente es un procedimiento que castiga con la

destitución sólo a aquel mandatario que practique un crimen de responsabilidad, que no es el caso de Rousseff (Vieira, 2016, s/p).

El núcleo de la crisis política fue un cambio producido en la ecuación Estado- sociedad civil, mismo que tuvo su momento culminante de conflicto en 2013. La sociedad civil activa, atravesada por una gran disputa interna de lucha por encabezarla, se contrapuso al conjunto de las instituciones y políticas y en especial a quien ese momento tenía la dirección del gobierno progresista.

En la crisis se manifestó una falta de correspondencia de las políticas dominantes en las instituciones, respecto de las demandas de transparencia del uso de recursos estatales y de participación democrática de nuevos sectores activos juveniles y populares de la sociedad. Hubo énfasis en las propuestas de combatir la corrupción, muy extendida entre buena parte de los gobernadores y presidencias municipales, y las manifestaciones urbanas de millones evidenciaban la persistencia de políticas antipopulares en los precios y la calidad de los servicios públicos, en cuanto eran obstáculo a la influencia real de la sociedad civil en los asuntos comunes.

En la crisis de finales de mayo, junio y julio de 2013, los aparatos públicos del Estado, es decir, el poder ejecutivo, el poder judicial, el poder legislativo y las instituciones que los acompañaban, las grandes corporaciones de los medios de comunicación, los sistemas de elección, etc., fueron puestos en entredicho como formas de representación y participación de la sociedad en los asuntos del Estado. Se puso en cuestión la forma específica de la conducción progresista de la ecuación Estado preeminente-sociedad civil subalterna, al vivirse grandes protestas contra las formas tradicionales de mediación institucional y política, que durante décadas había establecido un equilibrio relativo entre dos ámbitos no iguales, Estado y sociedad, sea bajo los gobiernos neoliberales como bajo los progresistas. La crisis fue un proceso de disputa política en el sistema político entrefuerzas histórico-políticas, al mismo tiempo que con relación a las fuerzas que conducirían el empoderamiento creciente de la sociedad civil.

Así, arribamos a la problemática central de la crisis: una polémica de mayorías respecto de las políticas progresistas en sus objetivos inmediatos y en su ritmo, cuestionamiento que inquiría la relación establecida Estado-sociedad en Brasil. Se apreciaba una profunda desilusión respecto del proyecto progresista, sus políticas, su ritmo y sus formas político-ideológicas conciliatorias con las fuerzas conservadoras. La crisis evidenció una distancia de la sociedad civil con el proyecto progresista, tanto en sus agrupaciones populares como en la oposición capitalista, una crítica hacia las formas políticas de representación, un cuestionamiento a la insuficiencia de la acción sindical y los debates parlamentarios. Todo ello influyó en el proceso en el que tuvo primacía la ultraderecha y en la pasividad de la izquierda ante los pasos que llevaron al juicio político de la presidenta de Brasil de mayo a agosto de 2016.

Se produjo lo que puede llamarse un problema de la conducción de la sociedad política progresista respecto de la ciudadanía en Brasil, que implicaba también la relación de los gobernados hacia los gobernantes. Las elecciones de 2014, en lugar de operar como un momento de resolución de los conflictos y del desencanto político ciudadano al habilitar la expresión en las urnas, generaron lo opuesto, es decir, una polarización electoral inédita desde la transición democrática, así como un clima posterior de revancha. La estrecha diferencia entre Aécio Neves y Dilma Rousseff en la segunda vuelta no hizo más que producir desencantos, por un resultado que no fue contundente con respecto al rumbo que debía tomar la sociedad (Goldstein, 2016, p. 110).

En las elecciones de 2014 se evidenció una cierta “ruptura” de la principal oposición partidaria electoral con el pacto social y constitucional que había posibilitado la llegada al gobierno al PT (hubo pronunciamientos de dirigentes del PSDB que desconocieron abiertamente la legitimidad de los resultados electorales), lo cual acentuó la problemática y planteó el agravamiento de la crisis política.

El PT: organización para administrar de manera progresista el Estado y no para disputar la hegemonía. El traslado de la política del PT a Lula

La crisis política de 2013 sacó a la luz las carencias significativas del PT para una política de hegemonía. Desde 2002, el PT dejó atrás su carácter de partido de organización y lucha de los sectores populares y los trabajadores, adheridos a un programa de transformación del Estado y la sociedad civil, para convertirse en un partido de aparato dedicado a la gestión progresista de gobierno (Gonçalves, 2010, Carvalho y Guerra, 2014) y en un organismo de apoyo a las políticas cesaristas del presidente Lula. El mismo movimiento sindical, que había sido la columna vertebral del partido, se transfiguró en la política de una burocracia sindical administradora de los puestos estatales y los fondos de pensión públicos y sindicales (Oliveira, 2010).

Con respecto a la gestión del Estado, el PT en los dos primeros gobiernos de Lula (2003-2006, 2007-2010) logró ser la mediación privilegiada para lograr el consenso social pasivo de las mayorías, incluso en momentos delicados de cuestionamiento de las políticas del gobierno, como durante la aprobación de la reforma de las pensiones (agosto de 2003) o en relación al escándalo de las mensualidades (mensalão, 2005), en que se descubrió que para viabilizar el sistema de partido de coalición, partido compraba el apoyo de por lo menos 6 partidos de centro aliados. Pero el carisma del presidente Lula desplazó al PT como mediador del consenso social, y resolvió la insatisfacción de los ciudadanos, los trabajadores sindicalizados, los receptores de los programas de transferencia de ingreso, los sectores populares beneficiados por el empleo con derechos, sectores de las clases medias, hasta incluso por parte de los financieros y de empresarios.

Los éxitos económicos y sociales de las políticas de corto y mediano plazo de la presidencia de Lula –no obstante, a todas luces insuficientes ante los reales problemas históricos de Brasil– fueron ampliamente reconocidos, entre los que destacan los beneficios de

las altas inversiones estatales en infraestructura y energía para estimular el desarrollo económico, el reajuste al salario mínimo por encima de la inflación (salario que en Brasil alcanzó en ese momento los 315 dólares mensuales), un programa cuasi universal de apoyo a las familias con ingresos de hasta medio salario mínimo por persona o ingreso total de hasta tres salarios mínimos, programa “beca familia” que benefició hasta 40 millones de brasileños (una quinta parte de la población total), apoyo a la mediana y a las pequeñas industria y agricultura, ampliación del ingreso a las universidades por medio de la introducción de un sistema de cuotas para población de ascendencia negra o indígena, mejoramiento de la infraestructura y nuevas contrataciones por concurso en las universidades públicas, altos subsidios estatales al agronegocio de exportación y diversidad de opciones de la valorización del gran capital a partir del mantenimiento de altas tasas de interés beneficiosas para el capital financiero y el pago de montos significativos de la deuda pública, entre otras políticas.

Las políticas señaladas fueron acompañadas por una diplomacia activa e innovadora del presidente en el ámbito regional latinoamericano y en las relaciones internacionales, destacando su aporte a instituciones regionales y mundiales como la dinamización del MERCOSUR, la creación de la Unión de Naciones Sudamericanas, UNASUR, el Consejo de Defensa Sudamericano y su decidido apoyo a la conformación del grupo de países denominado BRICS, que incluyen a Rusia, India, China, África del Sur y Brasil (Vigevani y Cepaluni, 2007).

Así, la política, en cuanto a orientación y decisión básica, se centró en el presidente, que superó el presidencialismo de coalición que había prevalecido en los gobiernos anteriores (Itamar Franco, Henrique Cardoso) para conquistar el peso referido a un César, que remite al fenómeno de un Cesarismo progresivo.

Pero su carisma y centralidad de político fue pobre en términos de logros estratégicos colectivos del partido de los trabajadores: no se atendió a la creación de las condiciones políticas populares y sociales

de organización, conciencia, politización, programa de transición, etc., en la sociedad civil y en los sectores populares organizados y no organizados, para proponer cambios, continuarlos y profundizarlos (por ejemplo, organizar a la población, propiciar debates políticos nacionales, insistir en nuevos medios de cultura capaces de crear una reforma intelectual, moral y de valores; crear una economía social y una nueva economía pública que incidirá en la acumulación pública y privada, impulsar una industria pesada; combatir a fondo los elementos sociales, políticos y culturales de la desigualdad, enfrentar la violencia urbana con medios estructurales, etc.). Se aceptaron las instituciones existentes, sin renovarlas o cambiarlas, con el fin de no alterar la situación de conciliación de clases en que se había fincado la nueva política. Hubo algunas excepciones positivas, como la política de instalar unidades militares de conciliación en las favelas, que sustituyeron a las tradicionales fuerzas represivas especiales del ejército.

Cabe recordar que en Brasil los órganos de representación y los procedimientos y leyes políticas y judiciales fueron hechas por las élites históricas como un espacio de poder para controlar y en casos extremos bloquear las políticas del poder ejecutivo (Faoro, 2001; Oliver, 2012). Asimismo, es importante destacar que las cámaras de senadores y diputados y buena parte de los jueces tienen un abierto carácter patrimonial y mercantilista (el Senado es prácticamente un lobby de partidos de las oligarquías del ejército y los grupos empresariales y agroextractivistas). Sin embargo, en la política de cambios a largo plazo del presidente Lula da Silva y la presidenta Dilma Rousseff, no estaba la promoción de una reforma política sustancial, a pesar de que recurrentemente se evidenció el carácter restrictivo y antidemocrático de las instituciones de poder público (Palermo, 2013).

El PT fue incluso en algunas decisiones permisivo y copartícipe de las formas tradicionales de arreglos entre camarillas que han sido costumbre en un sistema de presidencialismo de coalición, como el de Brasil contemporáneo: compra de votos para hacer aprobar proyectos, negocios políticos para enriquecer a grupos empresariales,

entrega patrimonial de recursos públicos a senadores y diputados en sus áreas de actuación, enriquecimiento ilegal de directores de organismos e instituciones públicas, etcétera (Singer, 2012). Lo mismo puede decirse de las políticas de respetar el statu quo respecto de los medios. Cualquier propuesta programática del PT fue sustituida por la visión y decisiones “acomodaticias” del presidente Lula, el cual incluso intentó salvar de la quiebra al emporio de comunicación conservador, O Globo (Kitzberger, 2013: 474).

Las políticas de acomodación del gobierno instalado en 2003 se hicieron visibles básicamente en tres dimensiones: primero, en el contraste entre el activismo legislativo (especialmente en la bancada del PT y los demás aliados de izquierda) y la inercia del Poder Ejecutivo; segundo, en la asistencia ofrecida a los grandes medios en el contexto de la crisis financiera; tercero –y más importante por sus consecuencias– en la política de nombramientos en los ministerios y cargos clave. (...) En síntesis, inicialmente el gobierno parece haber apostado por la convivencia pragmática con los grandes actores, en particular con la de O Globo. Esta actitud se advierte en la disposición mostrada para aliviar las dificultades financieras de esa empresa arrastradas desde el período anterior, en haber asegurado las ventajas de los titulares de los ministerios y puestos públicos de los partidos que ingresaban a la coalición a través de las decisiones que constituirán el futuro escenario digital y en no haber hecho lugar a las demandas regulatorias provenientes de sus propias fuerzas políticas y apoyos sociales (Kitzberger, 2013, pp. 473, 477). Cabe señalar que en este ámbito de los medios y el sector de comunicación se aprecia con claridad la importancia que habría tenido la acción política ideológica de sectores progresistas de la sociedad civil para impulsar políticas orientadas a modificar la situación. Es decir, aquí se ve con claridad que el gobierno, al aislarse en sus decisiones y políticas para realizar negociaciones que no implicaran modificaciones sustanciales se debilitó en la posibilidad de promover una reforma de los medios. En tanto que, en otros aspectos se abría a las iniciativas y actividad de la sociedad civil, fortalecía su capacidad.

Así como los espacios institucionales del Estado movilizaron el debate público y lo impulsaron de ese modo en la sociedad civil, puede también observarse que el fortalecimiento de esta última repercutió en la capacidad estatal de sostener políticas públicas orientadas a establecer criterios cívicos o de respeto por los derechos humanos en el campo comunicativo-mediático. El evento culminante en términos de promoción gubernamental del debate sobre medios en la sociedad civil tuvo lugar a fines de 2009, con la realización de una Conferencia Federal de Comunicación (CONFECOM). Al anunciarla en el Fórum Social Mundial de 2009, Lula puso en práctica el mecanismo constitucional de las *Conferencias Nacionales*, un instrumento utilizado para la formulación participativa de políticas, que venía siendo invocado en Brasil para múltiples temas, pero nunca para la comunicación, dada la resistencia de los grupos empresariales y políticos de medios. La 1ª Conferencia Federal de Comunicación, realizada en Brasilia en diciembre de 2009, reunió más de 1,600 delegados electos democráticamente en las 27 conferencias realizadas en los estados de la federación. De ella salieron 570 propuestas votadas que, según la promesa presidencial, serían un insumo para un futuro proyecto de ley para regular el sector de las comunicaciones (Lima, 2011) (Kitzberger, 2013, pp. 481-482).

En síntesis, la cuestión de los medios de comunicación, su democratización y la necesidad de discutir un marco regulatorio para el sector se instaló en el debate público a lo largo de la segunda presidencia de Lula. Ello aconteció como producto de la escalada en la confrontación pública de los grandes medios con el gobierno (en especial durante las campañas electorales 2006 y 2010), de un aumento de la crítica abierta a los medios en el discurso presidencial, de la apertura de espacios en y desde el Estado para la discusión, la presencia de nuevos actores e intereses empresarios interesados en ingresar al sector, y de la promoción, movilización y organización de la sociedad civil en torno del tema (Kitzberger, 2013, pp. 483).

Respecto a otros ámbitos de las políticas del gobierno de Lula, en particular hacia la situación especial del poder legislativo y judicial,

el presidente, incluso a contramano de su propio partido, no propició el control ciudadano y social sobre las políticas y las decisiones de los parlamentos ni para transformar y renovar el –a todas luces descompuesto– sistema judicial (especialmente en las conflictivas ciudades como Rio de Janeiro y São Paulo). Las políticas de los gobiernos progresistas cobijaron a las instituciones tradicionales, sin que fuese planteada la necesidad de un nuevo Estado para una nueva sociedad. Esa política de aceptación acrítica de las instituciones del poder legislativo y judicial se tradujo en una desmovilización y despolitización profunda de la sociedad y en la llamada “hegemonía de la pequeña política” (Coutinho, 2010). Como consecuencia, las políticas del lulismo dejaron intactas instituciones retrógradas. Se apostó por una política de transformación evolutiva y lenta –desde el gobierno se habló de un proceso progresista a lo largo de los próximos 100 años– para cambiar al Brasil, con resultados que se supone serían la expresión molecular de la creciente hegemonía de las nuevas políticas (Singer, 2012).

Un hecho significativo antes de las elecciones de 2014, empero, mostró la merma del consenso social del PT y lo discutible de esas políticas evolutivas, no organizadoras ni generadoras de conciencia de los problemas estructurales y la lucha de fuerzas históricas respecto de ellos: las multitudinarias manifestaciones de protesta juvenil popular de junio-julio del 2013 (crisis institucional reconocida hasta por la presidenta, que declaró públicamente en esos días que ante la fuerza de la protesta la única salida era una reforma política profunda) (Nogueira, 2013, Cattani, 2014).

Una segunda muestra del deterioro del consenso hacia el PT fue la altísima votación que obtuvo Aécio Neves, el candidato perdedor de la derecha histórica del PSDB, en las elecciones de 2014. Son indicadores no sólo de un declive de la influencia electoral de sus gobiernos, sino de algo más: de una crisis de la concepción de la política de la izquierda para la transformación.

La revisión de la literatura crítica actual nos advierte que la crisis de “la concepción y las formas de hacer política” se asienta en varios

aspectos más o menos constantes a lo largo de los últimos 12 años. Primero: los gobiernos progresistas optaron por una especie de *realpolitik* que los llevó a considerar que no había suficientes condiciones para crear una economía social y un empoderamiento popular. La consecuencia en lo inmediato fue avalar el proyecto del capitalismo liberal periférico al servicio del capital financiero, el capitalismo de las megaempresas, del agronegocio y de las élites dominantes, es decir su programa fue el del bloque dominante plutocrático y oligárquico empresarial, lo que en términos de Oliveira, pero también de Fontes, Luce, Nogueira y Salles, es el programa liberal social de una “hegemonía al revés”, una hegemonía que hace suyo el programa del bloque de poder económico empresarial dominante, pero que es enarbolado y dirigido por sectores políticos de los trabajadores.

Segundo: un sector de las clases trabajadoras sindicalizadas y participantes en los partidos de trabajadores pasó a tener intereses en el capitalismo financiero por medio de su acceso a los fondos de pensión y a sus beneficios.

Tercero: los gobiernos del cambio aplicaron la idea tecnocrática de que se puede gobernar sólo con políticas de gestión, sin establecer una relación de correspondencia e intercambio fructífero con la sociedad civil popular, esto es, sin elevar su organización autónoma y su autodeterminación política, sin propiciar el debate político y sin disputar el Estado.

Cuarto: prevaleció la concepción de que no resultaba necesario profundizar y priorizar una política de alianzas con las expresiones del movimiento popular y crítico, idea que le impidió a los gobiernos del PT aceptar políticamente las reivindicaciones de la juventud y de los movimientos sociales cuando se presentaron en 2013, y, por tanto, le dificultó pasar a ser una real fuerza política y cultural dirigente activa en la sociedad.

Quinto: el que recurrentemente se haya apostado a la desmovilización de la sociedad después de las elecciones, produjo el rebajamiento de la ciudadanía electoral a una ciudadanía de consumo que mantuvo la idea ultracapitalista y liberal de que el mercado es

la solución a los problemas sociales. Es decir, los gobiernos petistas desorganizaron y pasivizaron a la sociedad civil popular de manera tal que el hecho de la elevación económica y de derechos no se entrelazó con la noción de reformas radicales en el régimen político y en el Estado.

Sexto: otro aspecto de esa política fue menospreciar el peso de los grandes medios conservadores de comunicación a los que se permitió que continuasen siendo vehículos e interlocutores privilegiados de la opinión pública y de la difusión de ideas y concepciones en la sociedad. Ante la desmovilización y despolitización de las grandes mayorías, los grandes medios, propiedad de la derecha, tuvieron el privilegio de tener prioridad para difundir, debatir, criticar y formar opinión conservadora y apolítica en la sociedad.

En junio de 2013 continuas manifestaciones de masas irrumpieron de forma imprevista, primero en São Paulo y luego en las principales capitales estatales del país, prolongándose durante varios meses. Las mismas, convocadas por el movimiento *Passe Livre*, comenzaron exigiendo una reducción en el precio del boleto del transporte público y luego derivaron hacia demandas más amplias, apuntando a la ineficiencia de los servicios públicos y la represión policial, generando la emergencia de nuevas expresiones ciudadanas. Las mismas brindaron las condiciones para un cuestionamiento del sistema de partidos instituidos —PSDB y PT— y dieron lugar a la emergencia de terceras opciones denunciando la existencia de una “falsa polarización”. Para Rousseff, por estar al frente del Gobierno Federal, resultó complejo absorber el legado de las manifestaciones. Si por un lado era quien podía capitalizar estas reivindicaciones que se situaban mayormente a la izquierda del espectro político, por el otro, el ser la primera representante del Gobierno la colocaba del lado de lo “establecido” y en blanco de las protestas (Goldstein, 2016, p.104).

Así las cosas, no es de extrañar que aflorara el desprestigio de las políticas de gobierno y de las instituciones en la juventud y en los movimientos sociales populares, ambiente que llevó a la crisis de junio

de 2013. Momento ese en que se mostraba como imprescindible la lucha política nacional y en la propia sociedad civil, pues después del mensalismo (*mensalão*) de 2005 se habían empezado a empoderar los movimientos de la derecha y ultraderecha en la vida de la sociedad civil, ocultando ante la sociedad que toda la historia política brasileña había sido atravesada por el mismo juego de compra de adhesiones políticas, tal como lo analizaron con amplitud y profundidad tanto Caio Prado Jr. como Florestan Fernandes en la extraordinaria obra de ambos. Pero la memoria de las masas es inmediata, lo que explica también la enorme subida de la votación por el PSDB en las posteriores elecciones locales, en la mayoría de los estados de Brasil y especialmente en el Estado de São Paulo. Esa concepción “tecnicista” de la política del PT hizo crisis en las elecciones presidenciales previas al golpe blando de Estado.

La crisis continúa: la conflictiva reelección de la presidenta Dilma Rousseff

Después del acomodo de las fuerzas y actores políticos al final de la primera vuelta electoral (octubre de 2014), ya se sabía que la segunda iba a presentar una confrontación entre políticas y proyectos de país y no sólo de candidatos. En un contexto de decrecimiento económico por la pérdida de exportaciones de commodities hacia China, la candidata presidenta Dilma Rousseff defendió con cifras y datos los logros anteriores de su gobierno y de la misma manera argumentó su proyecto ecléctico de, al mismo tiempo, estimular el retorno del crecimiento por medio continuar con una activa intervención del Estado en la economía, acelerar la acumulación de capital y aceptar medidas de ajuste y austeridad neoliberales para estimular las inversiones y las exportaciones y mantener las políticas sociales de transferencia de ingreso, para procurar retomar el crecimiento económico.

La lucha electoral alcanzó una dimensión de confrontación aguda entre una candidata que se mostraba como técnica eficiente y continuadora del programa del lulismo, de centro progresista, pero con ajustes más conservadores en aspectos específicos, y por otro lado el candidato de la oposición perteneciente al PSDB, Aécio Neves, quien se presentaba como político cuestionador de derecha cada vez más radicalizado hacia la ultraderecha.

Aécio Neves, ex gobernador del importante estado de Minas Gerais adoptó una posición ideológica crítica aventurera, muy agresiva y ofensiva, que logró interactuar con una gran parte de la sociedad que sufría el declive de crecimiento económico y acogía la bandera del *anti-petismo* (movimiento popular por un cambio de políticas y contra la continuidad de los gobiernos del Partido dos Trabalhadores, PT).

El candidato opositor al gobierno Dilma atribuyó a la política de la presidenta el bajo crecimiento económico reciente, la corrupción en la empresa estatal-privada de petróleo (Petrobras), y adujo que en las elecciones de 2014 hubo una votación clientelista de los nordestinos, pobres y poco letrados (sin que las estadísticas reales sustentaran esta apreciación), etc. En los debates, la candidata Dilma planteó que continuaría innovando en un proyecto de país que ya había beneficiado a millones de pobres, haría un nuevo programa de ampliación de los objetivos sociales y económicos para mantener el empleo alcanzado y procuraría seguir invirtiendo en infraestructura para recobrar el crecimiento.

Presionando el cuadro de la elección, actuó el resultado de un plebiscito informal organizado por los movimientos sociales días antes de la segunda vuelta: cerca de 8 millones de ciudadanos solicitaban una reforma política profunda, realizada como asamblea constituyente independiente del parlamento, para garantizar que la ciudadanía incidiese realmente en política, de tal manera que se hiciera de las instituciones algo abierto al debate y a la movilización de las mayorías (El País, 28 de junio de 2013).

En todo el período de la segunda vuelta, sin embargo, la campaña de aventurerismo de la derecha se convirtió en el eje del debate y no el recuento de los logros y las políticas de la dupla de presidentes, Lula-Dilma.

La capacidad de influencia de la derecha entre las mayorías populares y el conjunto de las capas medias se basó en un discurso pasional de identificar el declive de las exportaciones con la dirección política del PT y con una supuesta corrupción de los líderes de ese partido, lo que propició una pérdida de popularidad del gobierno de Dilma, amplificado por los grandes y conservadores medios de comunicación que minimizaban los logros del lulismo y acusaban a Dilma y al PT de ser particularistas, corruptos y mentirosos, a la par que proponían la ilusión de una mejora voluntarista hacia una mejor situación social por la vía del retorno de los dirigentes empresariales conservadores.

En las campañas para la segunda vuelta quedaron olvidados los grandes logros del lulismo: baja del desempleo estructural e incorporación al consumo y a los derechos de millones de excluidos que no habían tenido perspectivas de mejoramiento económico social bajo los gobiernos neoliberales de la derecha (1990- 2002). Tampoco tuvo peso suficiente en el debate la mejoría sostenida en los ingresos de los trabajadores, ni el mejoramiento progresivo de los salarios, la repartición de recursos sociales para el consumo de la población de bajos ingresos, las políticas de pacificación social que produjeron el rescate de una quinta parte de la población del Brasil para una vida digna sin marginalidad extrema, independientemente de los aspectos de enajenación mercantil y despolitización que conllevaron. El rescate de 13 millones de brasileños de la pobreza extrema, en los últimos 12 años, y de 40 millones de pobres beneficiados por la nueva dimensión de la bolsa familia y apoyos estatales directos, fue opacado por las inconformidades y la incomodidad ocasional de una parte de la sociedad civil muy influyente en la opinión pública: sectores de las capas medias y altas que se habían visto obligados a compartir la

ciudad y los servicios, incluso los shoppings y los aviones, con pobres semiletrados, en ascenso social.

La inconformidad se manifestó especialmente en las grandes ciudades del centro y sur del país, con epicentro en el estado de São Paulo, donde la derecha mantuvo un gran consenso social basado en la influencia de la asociación de industriales de ese estado, y el dinamismo económico regional, que minimizó la mala gestión y las diversas problemáticas no atendidas por los conservadores y que habían generado crisis de todo tipo de la ciudad y del Estado paulistano —de servicios urbanos, de transporte público, de violencia, de abastecimiento de agua, etc.

Los ejes de la confrontación electoral de la derecha fueron una noción de democracia abstracta, promesas de continuidad y una idea también abstracta, ahistórica y apolítica de la corrupción y el cambio, que exaltaba el consumismo mercantil exacerbado. Y dominaron el debate electoral, sobre todo, en la segunda vuelta. Ello sin embargo no fue casual; su origen provenía de que los gobiernos progresistas del período Lula-Dilma, cuyos presidentes trasformaron problemas y demandas políticas históricas populares en exigencias y políticas técnicas de administración de Estado, le dieron prioridad a mantener la acumulación de capital, y no plantearon a la sociedad el debate sobre los problemas estructurales históricos del país. En su lugar, solicitaron la pasividad y fe ciega de la población en un cambio también abstracto en muchos aspectos, en lugar de organizarla y movilizarla y, sobre todo, realmente disputar las posiciones institucionales y sociales. Faltó el diseño de una política de concientización social y política de las grandes masas populares sobre los intereses en juego que atraviesan las instituciones, las organizaciones sociales y las políticas públicas. De parte de los partidos de la izquierda, incluyendo el propio partido de los trabajadores, tampoco hubo insistencia estratégica en la organización y conciencia autónoma de los sectores populares y se subordinaron a la demanda de los gobiernos progresistas de no relevar las contradicciones, propiciar debates políticos, en aras de satisfacer al capital financiero y los sectores

empresariales (Carvalho, 2014, Nogueira, 2013, Cattani, 2014, Gonçalves, 2010).

Desde 2003 se apreció que desde el gobierno se diseñaba una política de no movilización y de neutralidad ante la despolitización ampliada de las masas populares, lo que hacía que estas vivieran pasivamente la política; su pretensión fue que los conflictos no alterasen la conciliación de clases y el apoyo de los partidos aliados. Desde la presidencia se buscó que las discrepancias en los terrenos económicos, de comunicación, judiciales, de políticas públicas, etc., se llevasen a un ámbito privado de las élites y las grandes mayorías se contentasen con ser apoyo pasivo de decisiones de las alturas. En los 12 años de gobiernos del PT, la sociedad en general vivió una prolongada anestesia ideológico-política acolchada por el carisma del presidente Lula, el crecimiento de la economía, las políticas sociales y el consumismo desbordado sin ciudadanía política, especialmente bajo el segundo gobierno de Lula (2007-2010).

El resultado electoral para la presidencia fue entendido como prácticamente un empate en la situación, en el que el triunfo de Dilma se dio por 51.5% de los votos superando a Aécio Neves (BBC News, 26 de octubre de 2014, Goldstein, 2016, 101). El PT continuó con minoría en las cámaras y para viabilizar sus políticas acudió a buscar el apoyo también del PMDB, un partido fisiológico de coalición de fuerzas de centro y centro derecha (Oliveira, 2010).

En el conjunto de los lugares, el PT perdió influencia en las cámaras. Por ello la derrota del PSDB no disipó los ánimos de una derecha envalentonada y aventurera que inmediatamente y en los días siguientes a la elección buscó acentuar la crisis política, muchos de cuyos integrantes prohicieron pronunciamientos en pro de un retorno a un régimen militar que evitase la continuidad del PT.

Me parece importante mantener la vista en el movimiento de la ecuación Estado-sociedad, a la luz de lo que fue la crisis política de junio de 2013 y su despliegue hasta 2015 y 2016.

A lo largo de los dos gobiernos de Lula da Silva y el primero de Dilma Rousseff se fue gestando un descontento, acumulado y manifiesto

en este momento de crisis política, por la pérdida de la perspectiva intelectual y moral de una política progresista que suponía el compromiso de cambiar las políticas y las prácticas tradicionales. Los gobiernos lulistas habían hecho aprobar impuestos fiscales para los jubilados, mantenían una evidente sumisión ante el capital financiero y el agronegocio, habían hecho tortuguismo a la resolución de las demandas del movimiento de los trabajadores sin tierra y, quizá lo que fue una política de más consecuencias, la aprobación del Lava Jato. Para investigar los delitos cometidos en torno a la empresa de petróleos, se había dado a conocer una política de negocios privados que afectó también a un segmento importante de la clase dirigente del PT. La adopción de las prácticas tradicionales en el juego parlamentario se produjo a partir de que salió a la luz pública la compra de votos de partidos aliados para hacer aprobar las políticas de gobierno, una crisis política larvada, de pérdida de autoridad política del gobierno progresista, especialmente en relación con los jóvenes y los movimientos sociales populares de la diversidad popular. Con ello también entró en crisis la misma concepción de la política de los gobiernos del PT y la crisis fue el espacio en que la derecha ganó la disputa en la sociedad con movimientos sociales pro-libertad y contra la corrupción, misma que se centró manipuladoramente en los líderes del PT y con ello esa derecha avanzó en el juego político en las cámaras. Son problemáticas propias de una sociedad en tiempos de cambio, pero pusieron sobre la mesa distintas interrogantes acerca de las posibilidades y opciones de gobiernos progresistas.

Inicio de la crisis orgánica: de prácticas, concepciones y proyectos de las distintas fuerzas

Una vez reelecta Dilma Rousseff, su partido sufrió la merma del apoyo de sus aliados de centro y derecha, acorralado por los ajustados resultados electorales. Al conocer su triunfo, Dilma declaró que su prioridad sería unir al Brasil, combatir la corrupción, retomar el

crecimiento económico y procesar la reforma política (UOL Noticias, 24 de octubre de 2014). No tuvo margen para ello bajo las condiciones que se presentaron ni con las concepciones de la política con las que se actuaba. La derecha reclamó en voz alta posiciones, políticas, puestos, ministerios y una política de servidumbre total a la acumulación empresarial. El partido PMDB, con mayoría en el congreso, logró, al primer mes del segundo mandato de Dilma, la presidencia de las dos cámaras, la de Diputados y Senadores, y en cierta forma obtuvo, el control del gobierno, aunque fuese un partido sin programa nacional y social.

Las manifestaciones de masas dieron cuenta del surgimiento de nuevas formas de participación y de un debilitamiento en las formas de la política jerárquica tradicional. En este sentido, las redes sociales —desde las cuales fueron organizadas muchas actividades—, al habilitar formas de interacción contrarias al formato unidireccional propio de los medios tradicionales, permiten una crítica al poder en tiempo real, misma que se inmediatamente se retroalimenta, lo cual suele hacer estragos en los aparatos oficialistas que no adoptan un estilo de gestión abierta más horizontal con los ciudadanos. A su vez, las manifestaciones marcaron un límite a la alianza social desarrollista del periodo 2003- 2013, dando cuenta de las tensiones que experimenta el pacto social construido en estos años de gobiernos de hegemonía del PT entre las expectativas creadas y las realizaciones efectivas, en un contexto de economía como el de Dilma, de bajo crecimiento e inflación creciente (Goldstein, 2016, pp.104-105).

Así, la situación poselectoral no llevó a la normalización como había ocurrido después de las elecciones en los últimos 12 años. Ni fue posible tampoco volver a la política de desmovilización de la sociedad para buscar la gobernabilidad. La derecha que tenía fuerte influencia en el parlamento se envalentonó con el apoyo social y electoral logrado; mantuvo por ello una posición ofensiva, apreciando que Dilma y el PT ya no era mediadores legítimos con los movimientos populares y sociales. Así, además de las disyuntivas señaladas por ella misma, la presidenta tuvo que decidir si en su segundo período

(4 años) optaría por seguir como un gobierno tecnocrático de gestión —lo que significaría pavimentar el camino a la alternancia con la derecha— o procuraba otra política, una de mayores espacios para el debate y la crítica de los problemas profundos no resueltos —la caducidad de las instituciones representativas y de justicia, la vulnerabilidad estructural de la economía, la desigualdad social, la violencia urbana, las insuficientes políticas de salud, educación, empleo, planificación urbana, etc.

Ante las disyuntivas problemáticas, económicas y políticas, de su segundo gobierno, Dilma Rousseff decidió aplicar políticas del programa del gran capital financiero con fuertes concesiones a los empresarios transnacionales y al agronegocio. Optó por mayores ajustes y nombró a un tecnócrata neoliberal, Joaquim Levy, ministro de Hacienda, minusvaloró de nueva cuenta las alianzas con los movimientos populares y la urgencia de promover una elevación política y respetar la autonomía creciente de la sociedad civil. La urgente reforma política, planteada en la crisis de junio de 2013, reiterada como propuesta por el plebiscito informal de 8 millones de brasileños, unos días antes de la segunda vuelta electoral, reclamada por la propia presidenta en su campaña, fue ignorada, disminuida por las cámaras, y pospuesta indefinidamente por el bloque de poder real. Quedó claro para los movimientos sociales y las fuerzas políticas transformadoras que con esas políticas de Dilma y el PT, tenían pocas opciones para avanzar, pero también aprendieron que no dependían del gobierno para existir y desarrollarse, dado que las contradicciones del Brasil contemporáneo seguían sin resolverse.

La crisis orgánica: los debates de fondo sobre la hegemonía

En las históricas luchas previas a los gobiernos progresistas, la sociedad civil brasileña experimentó el retorno a la democracia, incorporó la validez y legitimidad de la lucha popular política de masas, como un autorreconocimiento y como elemento de lucha social, por

lo que nuestra hipótesis es que sus segmentos populares activos con mayor autonomía no se reconocieron en la política de pasivización de los trabajadores, impuesta por una clase política progresista que durante 13 años ratificó las instituciones conservadoras y autoritarias y optó por la conciliación. Por ello en el transcurso de los gobiernos de Lula y Dilma, sociedad civil y Estado político cambiaron en la forma de entenderse y corresponderse.

En la conciencia de la sociedad civil (especialmente de sus sectores populares críticos), si bien con el retorno a la democracia en 1988/89 se habían debilitado las concepciones históricas autoritarias y jerárquicas del mando, de poder y política de Brasil, no habían desaparecido y había que enfrentarlas profundizando los cambios. Al principio de los años noventa, las élites tradicionales quisieron reciclar el dominio oligárquico bajo las nuevas condiciones, dirigidas en este caso por el grupo que simpatizó y apoyó al presidente Collor de Melo, entre otros, los viejos oligarcas de algunos estados de la región del Nordeste que contaban con el apoyo de la Red Globo de comunicación (que expresaba la modernidad aparente de los medios). En aquella ocasión las prácticas oligárquicas de abuso de poder y de corrupción del presidente Collor crearon los elementos y las condiciones del impeachment en su contra, en 1992. Atrás de las formas oligárquicas, Collor de Melo fue el artífice de la introducción del proyecto neoliberal de Brasil (Maciel, 2011), sin embargo, él mismo no pudo sacarlo adelante justamente por sus formas de conducción, tradicionales, oligárquicas y despóticas. Así que en ese momento crucial de la disputa de proyectos político-culturales y de formas de la lucha política, se hizo evidente la lucha y las concepciones de la política de dos corrientes histórico-políticas que nacieron con un historial de enfrentamiento a la dictadura y que proponían a la sociedad un nuevo Estado político democrático moderno en Brasil: para la corriente de izquierda una ecuación Estado-sociedad progresista debería llevar al empoderamiento de la sociedad civil.

La disputa histórica puso frente a frente a dos grandes bloques de poder y fuerzas de coalición: por un lado, desde la centro-derecha,

el bloque dirigido por el Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB), acompañado por la Confederación Nacional de Industrias (CNI), la Federación Industrial de São Paulo, la central de trabajadores Força sindical, múltiples organizaciones de sociedad civil y organizaciones no gubernamentales que hacían aparecer a la sociedad civil encerrada en el tercer sector empresarial, atendida a la cooperación con los planes de “responsabilidad social”, que se planteaban la promoción de valores públicos en el Estado sin suponer divergencias o contradicciones antagónicas con los gobiernos. Sus líderes intelectuales fueron Fernando Henrique Cardoso y Luis Carlos Bresser Pereira, promotores en ese entonces de la reforma neoliberal del Estado.

Por otro lado, y en el terreno vivo de las luchas sociales, las masas populares, reprimidas y enajenadas durante la dictadura, se apropiaron de nuevas concepciones sobre sus derechos y libertades, influidas por la extraordinaria influencia ideológica de Paulo Freire y Frei Beto, teóricos de la pedagogía y teología de la liberación, así como por un ramillete de intelectuales críticos de izquierda académica y política.

En términos del nuevo bloque progresista de poder, desde el centro-izquierda, el Partido de los Trabajadores (PT), consolidaría el sistema institucional de partidos y dio fuerza a la Central Única de Trabajadores y al Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST), agrupaciones que se proponían coparticipar con el PT en una política de convergencia. Junto a ellos actuó un gran movimiento ciudadano social de lucha por la ciudadanía y contra el hambre que acompañó las luchas institucionales por democratizar el Estado.

En términos de la lucha por la hegemonía de las fuerzas histórico-políticas, la década de los noventa fue un gran momento de avance del grupo del Partido de la Socialdemocracia Brasileña, que expandió y aplicó desde el gobierno las políticas neoliberales a partir del famoso plan Real, manteniéndose como fuerza intelectual, institucional y electoral de las políticas del Estado nacional periférico “de competencia” (Hirsch, 2002), influyentes en el cuadro general

del Estado democrático moderno. Fue el período de dos gobiernos sucesivos de Henrique Cardoso (8 años), en el que se alteró el equilibrio de la ecuación democrática social de Estado-sociedad civil, pues Cardoso se distanció progresivamente de las mayorías populares de la sociedad civil por sus políticas de liberalización, privatización y ajuste, que llevaron al desempleo estructural, la desindustrialización y desnacionalización de la economía. Esos elementos dieron origen a la crisis de confianza de la sociedad y a la desvalorización del real en 1999, después de la reelección de Cardoso, y supusieron la acumulación en la sociedad civil de una demanda no sólo política, sino intelectual y moral de procurar otras políticas críticas del neoliberalismo.

A lo largo de los tres años siguientes a 1998, la mezcla de crisis monetaria con la crisis de confianza se expresó como crisis política del proyecto neoliberal abierto, lo que llevó al desmoronamiento de la hegemonía del PSDB y al triunfo del partido opositor, el Partido de los Trabajadores, con Lula como candidato a presidente en 2002.

En el período de los dos gobiernos de Lula y bajo el de la presidenta Dilma Rousseff, se impuso formalmente la dirección social, intelectual y moral del Partido de los Trabajadores, bajo una continua crisis de conducción de la administración política. Ese ascendente se logró con el fenómeno mencionado del cesarismo progresista de Lula, el que configuró el cuadro de adhesión de masas trabajadoras a la recuperación reguladora del Estado, con políticas sociales de amplia escala y programas de inversión estatal activa en pro del aceleramiento del crecimiento económico y de subsidio a la actividad empresarial especializada en la exportación y el agronegocio.

El cesarismo, si bien expresa siempre la solución “arbitral”, confiada a una gran personalidad, de una situación histórico-política caracterizada por un equilibrio de fuerzas de perspectivas catastróficas, no siempre tiene el mismo significado histórico. Puede darse lugar a un cesarismo progresista o a uno regresivo y el significado exacto de cada forma de cesarismo, en último análisis, sólo puede ser reconstruido por la historia concreta y no por un esquema sociológico.

Como mencionamos antes recuperando a Gramsci, es progresista el cesarismo cuando su intervención ayuda a la fuerza progresista a triunfar, aunque sea con ciertos compromisos y atemperamientos limitativos de la victoria (Gramsci, 2000, Cuaderno 13, §26).

A la postre, sin embargo, el cesarismo de Lula se mostró como un obstáculo para construir una sólida hegemonía político intelectual de la fuerza histórico-política del bloque popular de izquierda. El programa estatista regulador liberal del lulismo mantiene la hegemonía cesarista a lo largo de los 12 años en que el PT y sus aliados ocasionales administran el gobierno, pero se manifestaron problemas en relación a la dirección intelectual y moral del presidente (continuado por la presidenta Dilma Rousseff) y su partido, tal como lo hizo evidente la crisis política de junio de 2013 y su continuación posterior. Esa crisis política fue altamente significativa, pues mostró la inconsistencia democrática de la oligarquía empresarial dirigida por la derecha y la ultraderecha en Brasil, pero también evidenció los límites del PT respecto de la organización, la participación y la politización popular, así como su concepción administrativista técnica del Estado y las incongruencias programático-políticas del Partido de los Trabajadores. Considerando que se lograría la transformación de Brasil con una política evolutiva de mediano y largo plazo, los gobiernos del PT se rehusaron a realizar propuestas de cambio de la institucionalidad autoritaria heredada, asumieron las políticas liberales-sociales, no lograron crear una economía social que sustentara políticas *estructurantes* de salud, educación, vivienda y seguridad, no obstante su publicitación formal y sus inversiones para crear un sistema integral, pero que vieron reducido su alcance por la coexistencia con políticas de estímulo a la acumulación privada en esos rubros. Lo que resulto más significativo fue que los gobiernos del PT consideraran que no era el momento de una gran reforma intelectual, moral y política del país. Por ello dirigieron al país con políticas democráticas y sociales de élite, de predominio de la pequeña política “desde una perspectiva rigurosa, en nombre de la ideología, de la gobernabilidad, los movimientos sociales son frenados, y se

les destituye su capacidad de colocarse como fuerza operante en la disputa del Estado” (Carvalho y Guerra, 2014, p.14).

Todo el fenómeno del lulismo optó por la concepción de la política burocrática de Estado sobre la sociedad, por la relativa estatización de la política y por la separación de lo político respecto de la economía y la cuestión social, lo que propició el distanciamiento real hacia una sociedad que a lo largo de los últimos años casi treinta se había transformado radicalmente; en ella se habían acumulado elementos para desplegar una cierta hegemonía de izquierda radical sustentada en una colectividad nacional con fuerte desarrollo de sus agrupaciones, de la individualidad consciente afirmada como parte de la vida grupal popular y de vida comunitaria (con el surgimiento y avance de movimientos sociales de todo tipo, de defensa y organización de la negritud, de reivindicación de derechos de género y derechos sexuales a la diversidad, de la dignidad de los trabajadores urbanos, de población urbana marginada sin techo, de organizaciones que rescataban la vida colectiva popular de los barrios, de reafirmación de los quilombos, de asentados agrarios, colectivos de afectados por inundaciones, de pequeños y medianos deudores, de trabajadores y campesinos sin tierra, de las comunidades cristianas de base y de la asociación de obispos de Brasil (AOB), etc.).

La cuestión de la política de hegemonía en el Brasil contemporáneo se presentó desde el principio como una cuestión difícil y extraña para el proceso de cambio. Sus complejidades y complicaciones aún no se analizan del todo por parte del pensamiento crítico dentro y fuera de los movimientos sociales y las fuerzas políticas, incluso dentro del Partido de los Trabajadores, no obstante, todo el debate teórico académico y libresco sobre la hegemonía de las décadas ochenta y noventa del siglo pasado.

Los estudios críticos sobre los embates hegemónicos en juego son relativamente escasos y en general pesimistas (Fernandes Dias, 2006, Oliveira, 2010, Filgueiras, 2007, Gonçalves, 2013, Fontes, 2010). Así, en la crisis de 2013-2016 se jugó una cuestión fundamental para una política de transformación social y de lucha por la emancipación: la

debilidad hegemónica de la estrategia de cambio de los gobiernos del PT. No encontramos en el progresismo brasileño dominante de estos últimos 15 años una política de lucha por la hegemonía, una que le diera sentido y consistencia alternativa y que, especialmente tuviese un carácter emancipador con respecto a la subalternidad de las masas (Gramsci, 2000, C. 13, §17)

La cuestión de la hegemonía se presentó como decisiva en la crisis. Quedó de manifiesto que una hegemonía crítica popular es radicalmente distinta a la hegemonía del capital y a las políticas de centro derecha, que son las políticas de la dominación y de la subordinación social al Estado y al capital. Hoy, en una época de crisis estructural del capitalismo, de predominio de las políticas liberales y privatizadoras de las derechas globalizadas o supremacistas de un imperialismo agresivo cuya globalización está en crisis, de los Estados de competencia que promueven a toda costa la valorización del capital y la “anti política”, la hegemonía popular alternativa se plantea con otras características y tiene sus propios retos, correspondientes a una política de dirección compleja de una nueva fuerza histórica. Su ámbito de progreso real está vinculada a impulsar con una visión de totalidad orgánica una propuesta autónoma histórica de poder popular: intelectual, moral, política, económica, territorial e histórica. Involucra una política de elevación ideológico cultural activa de toda la sociedad, entendida como política y crítica de masas, es decir de hegemonía civil que se plantee la fusión de la dirección consciente y acción espontánea de las masas populares (Gramsci, 2000, C. 11, prgf. 12).

Pasar por alto y, peor aún, despreciar los movimientos llamados “espontáneos”, o sea renunciar a darles una dirección consciente, a elevarlos a un plano superior introduciéndolos en la política, puede tener a menudo consecuencias muy serias y graves para las fuerzas de izquierda. Sucede casi siempre que un movimiento “espontáneo” de las clases subalternas va acompañado por un movimiento reaccionario de la derecha de la clase dominante, por motivos concomi-

tantes: una crisis económica, por ejemplo, determina descontento en las clases subalternas y movimientos espontáneos de masas por una parte y, por la otra, determina complotos de los grupos reaccionarios que aprovechan el debilitamiento objetivo del gobierno para intentar golpes de Estado. Entre las causas eficientes de estos golpes de Estado hay que incluir la renuncia de los grupos responsables a dar una dirección consciente a los movimientos espontáneos y a hacerlos convertirse, de ese modo, en un factor político positivo (Gramsci, 2000, C. 3, §48).

Una política de hegemonía no puede ser impuesta sin enfrentar las políticas que mantienen los condicionamientos político-institucionales del Estado del orden y promueven la subalternización de las masas populares y de la sociedad civil en torno de un proyecto nacional definido de clase capitalista aun cuando tenga el apoyo de la clase obrera corporativa. Se requiere un nuevo posicionamiento ante los determinados hechos menudos de enajenación de la vida, a la riqueza y al poder político, nuevas formas de la “voluntad colectiva nacional popular individual, grupal y comunitaria” (Gramsci, 2000, C.13, §1) para el fin político de crear una transición local, nacional, regional e internacional hacia nuevas relaciones sociales, instituciones y formas de producción, distribución, cambio, consumo, agrupamiento y concepción de la política, es decir, una política de hegemonía significa dirección histórica y político cultural para constituir y consolidar una nueva fuerza política histórica, crear otro mundo de la vida social y otras relaciones sociales (Vacca, 2012). Se presenta como la lucha para cuestionar y transformar la brutal cotidianidad despolitizada de ciudadanos pasivos consumistas, de “mayorías silenciosas y enajenadas”, que son quizá elementos que legitiman todavía la pervivencia de los ya caducos sistemas de poder, de delegación y pseudorrepresentación (O Donnell, 2007), a pesar de las evidencias de corrupción y rapacidad, de lucro a toda costa, de las clases económicas y políticas dominantes.

Optar por una nueva dirección intelectual y moral emancipadora de masas significa conducir cambios en la interioridad de los

millones de individuos populares pensantes y actuantes en las distintas formas de vida y organización social, especialmente de los jóvenes, quienes estructuran su vida en forma de agrupaciones socioculturales y redes autónomas, que más que pensar en autoconstituirse en una fuerza política hegemónica o dirigente del Estado en términos tradicionales, su horizonte es cada vez más convertirse en fuerza crítica activa y, en su momento, fuerza de resistencia y apoyo de nuevas proposiciones y agrupamientos de renovación radical del Estado y las instituciones, de la política y lo político, de la economía productivista, en pos de una economía social.

La lucha por la hegemonía de los nuevos agrupamientos sociales exige un programa y políticas muy distintas, como se mencionó, a la hegemonía capitalista dominante, hoy vigente, que ha impuesto relaciones de subalternidad de las mayorías, de autoritarismo burocrático, dominio organizado de élites diversas, separación de cultura y política, de política y sociedad, de política y economía. La hegemonía capitalista dominante busca atrapar a las direcciones de sindicatos, partidos e instituciones para que hagan parte del poder económico, político o cultural de los privilegiados, lo que se presentó parcialmente en el caso del gobierno de Lula fue inequívoco:

Con la hipótesis de la contrarrevolución preventiva buscamos apuntar al sentido y la dirección de la política que se vive hoy en Brasil. Los elementos del análisis aquí esbozado sumariamente son sobre-determinados por la organización/desorganización de las clases sociales, la existencia o no de un proyecto nacional de la burguesía y de la relación internacional de fuerzas, entre otros límites objetivos. Rebasa de lejos la posibilidad de una revolución pasiva. No se trata apenas de capturar las subjetividades antagonistas, sino de incorporarlas activamente al bloque de poder. El proceso supone el paso de la “integración pasiva al orden” hacia una “integración activa” en la que los antagonistas de otrora parecen ahora tener el poder de conducir la totalidad social cuando son apenas “administradores subalternos” del bloque de poder y no meramente “inocentes inútiles”. En una situación como la que se vive en Brasil, es necesario que todos, o

casi todos, los movimientos sociales sean incorporados en términos de voluntad y acción al juego gubernamental. La lógica determinante es la del capitalismo y en ella ellos no tienen poder “correctivo ninguno” (Dias, 2006, p.200).

El debate actual sobre el problema de la hegemonía sigue presente y tiene que hacerse parte de la vida de la sociedad subalterna incluso en tiempos de autoritarismo de masas, como fue bajo el gobierno de ultraderecha de Bolsonaro. Tiene además de los aspectos y problemáticas señaladas, otros nuevos aspectos que siguen sin destacarse: reconocer la fuerza creativa autónoma de la multitud individualizada, de los diversos grupos sociales populares y de las comunidades, e insistir en la unificación solidaria de la diversidad y de los procesos, de las múltiples vertientes sociales, grupales e individuales que conforman potencialmente una voluntad colectiva abierta, porosa y en proceso, para, a través de esa movilización, incidir en que la sociedad reconfigure y se apropie de lo societal, lo público y el Estado, fiscalizados y controlados a partir de movimientos y redes, partidos-movimientos y asociaciones abiertas y politizadas de la sociedad civil.

El núcleo de esa nueva forma de lo político es la apropiación creciente y colectiva de lo público y de lo político por la sociedad. En el caso de Brasil, aun cuando sea una sociedad de capitalismo dependiente, en su cara urbana social es una sociedad hipermoderna, hiperindividualista que paradójicamente cuenta con una extraordinaria experiencia de vida colectiva y cultural. En esa situación afloran muchas potencialidades de acción colectiva y de trabajo social y político organizado y solidario (lo que exige también una política de inclusión autónoma de las comunidades originarias del país, sobre todo del Norte de Brasil, para que de alguna manera establezcan relaciones de emancipación conjunta con el resto de los sectores populares, para transformar articulados con el resto de la sociedad nacional, la relación sociedad civil Estado.

A partir de lo que se observa en los movimientos sociales que inciden con sus luchas y cuestionamientos en las crisis políticas

recientes, podemos apreciar que en ellas lo grupal popular, lo comunitario y lo personal tienden a crecer, hasta desplegarse plenamente como individualidad creativa, individualidad con confrontaciones políticas e ideológicas, procesos colectivos y con capacidad para incidir crecientemente en la determinación de lo público, individuos y colectivos, entre otras cosas, capaces de grandes iniciativas para pensar y transformar lo que es, puede y debe ser el poder, el Estado, las instituciones y las decisiones públicas.

En la época en que prevalecía la ultraderecha en el gobierno, otra problemática de la ecuación Estado-sociedad en el Brasil contemporáneo fue el carácter complejo del liberalismo brasileño. Es conocido que la política de liberalización y desregulación estatal fue el elemento central de la estrategia de contrarreforma capitalista por parte del Estado globalizador brasileño, pero esa estrategia tiene aspectos que me parece no se han comprendido bien. Podemos referirnos a dos de ellos.

El problema reciente de los países latinoamericanos no es sólo la permanencia del “ultraliberalismo” de las políticas económicas: la desregulación estatal, las irresponsabilidades estatales ante los problemas y la dinámica social, las privatizaciones de empresas públicas, el dominio del capital financiero, la cerrazón a incluir espacios políticos para la lucha interna de intereses, la priorización dada por el poder a la valorización prioritaria del capital, etc., sino también que el tal “ultraliberalismo” conlleva una alta influencia cultural de una hegemonía capitalista guiada por el afán de lucro y el particularismo individual, lo que afecta la valoración ideológica de masas respecto de las formas económicas, políticas, sociales, familiares e ideológicas, y de cómo los países de la región están viviendo y vinculándose económica y productivamente con la mundialización en curso. Esto es, se hace necesario considerar el sentido estructural del neoliberalismo como proceso capitalista civilizatorio retrógrado, abarcador de una globalización que se basa en la pasivización de las masas, en una revolución mundial de la economía, la ciencia, la tecnología, el poder, que en realidad es una revolución “pasiva” y despolitizadora,

que alcanza, incluso, a los países periféricos de forma molecular económica-social, que es una perspectiva antihumanista que va más allá de ser sólo una realidad económico social y una política de Estado que ha favorecido una nueva fase de la “integración imperialista del capitalismo latinoamericano” (Marini, 2008).

La pregunta de fondo es ¿por qué ese neoliberalismo se expresa como nacionalismo aislacionista y en lugar de incidir en la reorientación multipolar del mundo y disminuir la dependencia de países como Brasil, la ha redoblado? (Carvalho, 2015, Paulani, 2012)

Por la vía del predominio del neoliberalismo desde fines del siglo pasado se abrieron paso tres fenómenos que en general no pudieron ser modificados por los gobiernos progresistas:

Primero: la instauración y posterior consolidación de un nuevo patrón de acumulación regional relativamente reprimarizado, especializado en la exportación de bienes con poco valor agregado, el agronegocio, el extractivismo, que han sustituido las estructuras industriales del pasado como eje de la economía y el crecimiento, y que hoy se basa en la producción prioritaria de materias primas, la agroindustria, el extractivismo, la producción de energéticos, la maquila y las remesas de migrantes, con todos los reparos que una apreciación unilateral como esta pueda tener en algunos países como Brasil (donde, sin embargo, también prevalece como patrón de acumulación a pesar de la industria existente y su despliegue monopolístico (Mathias, Luce, 2018).

Segundo: el hecho de que la política de equilibrar la balanza de pagos y estimular el crecimiento por la vía de las inversiones extranjeras ha producido una economía financierizada de sobreexplotación de los trabajadores urbanos-industriales, de sobrevalorización de la acumulación financiera transnacional (Carvalho y Uribe, 2014), de permisibilidad al despojo y saqueo de los recursos naturales, territorios y poblaciones (la minería a cielo abierto, la extracción de crudos energéticos).

Tercero: en los ámbitos políticos, el neoliberalismo se expresa como dominio autoritario de las élites y del economicismo de la política.

Cuarto: en el terreno cultural persiste la influencia del individualismo monocultural que sostiene las políticas institucionales conservadoras de anulación de la diversidad y de la multiplicidad de expresiones culturales de la sociedad, que agudiza también en términos ideológicos la separación de gobernantes y gobernados.

Las críticas a los gobiernos progresistas de Brasil se han orientado más que nada a cuestionar que los presidentes hayan aplicado políticas económicas financierizadas, desnacionalizantes y privatizadoras, con alusiones a los patrones de reproducción y de acumulación (financiera energética, rentista y agroextractivista). Sin embargo, también hace falta la crítica a la promoción desde el Estado de la ideología consumista y productivista de la competitividad y el eficientísimo privado, la ideología tecnologicista que considera a la aplicación concreta de la ciencia moderna como neutral, así como las políticas que promueven el vivir del crédito y sufrir los intereses, dejando de lado que todo ello constituye la expresión avanzada de los sectores dirigentes de la clase capitalista transnacionalizada, que ha incrementado la alienación histórica de las masas al capitalismo (Marx, 2011) y ha despojado al proyecto de las clases políticas internas de un concepto crítico y autónomo cultural, moral, social, nacional y popular. La ideología productivista neoliberal está presente en la concepción compartida por las nuevas clases políticas de los Estados latinoamericanos y en algunos momentos y lugares forma parte de la ideología de los gobiernos progresistas; se hubo convertido en algo normal, incluso deseable por ellos.

Es ya sabido que los gobiernos progresistas no criticaron a la ideología de los anteriores Estados austeros con políticas de ajuste, de competencia de tipo gerencial financiero, subordinados en lo económico, lo político y lo cultural a la globalización desde arriba (Oliver, 2005). Por el contrario, esa ideología productivista influyó decisivamente en los progresismos propiciando una política de

governabilidad que se basa en la idea de sumisión acrítica a los condicionamientos de la globalización (en crisis, desigual y bárbara), a la división internacional del trabajo dominante bajo la mundialización del capital, a la promoción del hombre líquido consumista, a los valores del *american way of life*, al ocultamiento de los problemas estructurales por los medios de comunicación y a la ausencia de cuestionamiento a los fenómenos de estatización de la política y los partidos, todo ello al servicio de la desorganización de las clases populares y su postración ideológica y política, ya de por sí subalterna (Zavaleta, 2006). Así, los jóvenes, las clases medias críticas, los campesinos, indígenas y el pueblo marginal que se manifiesta autónomamente, se convierten en problema político para algunos de estos gobiernos y su propensión inmediata es su separación en la difícil ecuación Estado-Sociedad civil.

En el Brasil reciente, la resistencia de crecientes movimientos populares y de clases medias al autoritarismo reaccionario con apoyo de masas del gobierno Bolsonaro, no puso plenamente, a la luz del día, una lucha de ideas sobre las opciones sobre cómo ir construyendo nuevas sociedades, culturas y economías democráticas a partir de reivindicar lo popular, lo solidario, lo colectivo y el trabajo vivo social e individual creativo, (Oliveira, 2010, Dagnino, 2006, Sader, 2010, Harvey, 2004). Ello nos advierte que todavía no está todavía presente en las sociedades civiles el horizonte crítico de la disputa por la hegemonía y, en ese sentido, su proceso está distante de la unidad de la acción teórica y política de las fuerzas políticas emancipadoras con los movimientos sociales, que encabezan la lucha arcoíris por la diversidad desenajada y que también buscan la transformación avanzada de la sociedad.

A lo largo de los últimos cincuenta años se han ido constituyendo múltiples movimientos sociales de protesta, oposición y resistencia sociopolítica de izquierda en las grandes urbes y en el campo de Brasil. Son movimientos creadores de nuevas identidades y una nueva cultura social. Son variadas las expresiones de vitalidad de la resistencia, la protesta y la creación cultural y política cotidiana de

agrupamientos de lucha por la diversidad, de integrantes de barrios, comunidades, pueblos y villas, por la apropiación y defensa de los diversos derechos y por el derecho a tener derechos (Telles, 2010): a la tierra actualmente improductiva, a la cultura, en las favelas, al derecho colectivo a intervenir en las políticas públicas más allá de los ámbitos locales, a las demandas de las comunidades del norte brasileño de protección al medio ambiente, a la noción de servicios públicos universales gratuitos y de calidad, etc. Todo ello mantiene la demanda de una ciudadanía y de comunidades con plenos derechos, que en Brasil ha dado lugar a gobiernos locales que reconocen derechos participativos de las comunidades, que, a su vez, dio lugar a los consejos populares decisorios de seguridad alimentaria, hambre cero y pequeña producción agrícola.

No existe, empero, hoy bajo un nuevo gobierno progresista, un debate nacional profundo ni la conformación de una fuerza nacional de ideas y de política de la sociedad civil y de los movimientos sociales que les permita una identidad política común, que promueva la participación decisoria en las políticas de gobierno y en el debate público nacional, y que, por tanto, se proyecte como un nuevo proyecto de Estado transformado y sometido a la decisión pública de la sociedad civil, especialmente ante el regreso de las políticas oligárquicas y elitistas reaccionarias de ultraderecha, que, a la vez, son la continuidad de una histórica matriz de dominación autocrática.

Todo indica que no basta la participación ampliada, como existió con fuerza en la experiencia de los consejos paritarios y las conferencias de los pasados gobiernos progresistas, para determinar las políticas públicas (IPEA, 2011); es necesario que esa participación conlleve un vínculo, una relación con la gran política (Gramsci, 2000, Cuaderno 13, §1 y 17), es decir con un programa emancipador nacional de horizonte universal, y una fuerza política coherente instituidos a partir de la convergencia intelectual, política y social de los movimientos. Asimismo, no se aprecia todavía en la realidad política de la sociedad civil brasileña la conciencia de la importancia, para toda la lucha de izquierdas, de construir un nuevo bloque de poder

orgánico (sociedad política crítica + sociedad civil con influencia de movimientos sociales populares avanzados), bloque histórico de poder que tenga una orientación de cambio orgánica de las estructuras, la sociedad, la política y la cultura, capaz de diseñar una lucha estratégica ideológico-política, de lograr la unificación de fuerzas y ámbitos y una visión de conjunto.

En nuestras sociedades latinoamericanas hace falta todavía, en general, una conciencia de como introducir y desarrollar la crítica por las posiciones en las instituciones y organizaciones sociales, de la importancia de la “lucha de posiciones”, que ponga en el centro la lucha por la hegemonía política y civil, que conlleve la construcción de la organización social y política autónoma para crear una política con la cual enfrentar, a mediano y largo plazo, la crisis orgánica del Estado actual.

En Brasil, la propia crisis política expandida y profundizada que se vivió de 2013-2016 se ha hecho orgánica, es decir, afecta a todas las fuerzas histórica políticas que viven una separación entre los organizadores políticos y las clases vivas de la sociedad:

Observaciones sobre algunos aspectos de la estructura de los partidos políticos en periodos de crisis orgánica (a vincular con las notas sobre las situaciones y las relaciones de Fuerza).

En cierto punto de su vida histórica los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales, o sea que los partidos tradicionales en aquella determinada forma organizativa, con aquellos determinados hombres que los constituyen, los representan y los dirigen no son ya reconocidos como su expresión por su clase o fracción de clase. Cuando estas crisis tienen lugar, la situación inmediata se vuelve delicada y peligrosa, porque el campo queda abierto a soluciones de fuerza, a la actividad de potencias oscuras representadas por los hombres providenciales o carismáticos.

¿Cómo se crean estas situaciones de oposición entre representantes y representados, que del terreno de los partidos (organizaciones de partido en sentido estricto, campo electoral-parlamentario, organización periodística) se refleja en todo el organismo estatal, reforzan-

do la posición relativa del poder de la burocracia (civil y militar), de la alta finanza, de la Iglesia y en general de todos los organismos relativamente independientes de las fluctuaciones de la opinión pública? En cada país el proceso es distinto, si bien el contenido es el mismo. Y el contenido es la crisis de hegemonía de la clase dirigente, que se produce ya sea porque la clase dirigente ha fracasado en alguna gran empresa política para la que ha solicitado o impuesto con la fuerza el consenso de las grandes masas (como la guerra) o porque vastas masas (especialmente de campesinos, de pequeños burgueses intelectuales) han pasado de golpe de la pasividad política a una cierta actividad y plantean reivindicaciones que en su conjunto no orgánico constituyen una revolución. Se habla de “crisis de autoridad” y esto precisamente es la crisis de hegemonía, o crisis del Estado en su conjunto (Gramsci, 2000, C.13, §23).

Recuperar y transformar el Estado

La forma institucional del Estado representa una dificultad especial en la disputa por la hegemonía. Ha resultado difícil para los dirigentes progresistas de los gobiernos –y para los movimientos también– asumir al Estado como problema y no solo como solución. La recuperación del Estado y sus funciones sociales regulatorias fue tan bien recibida por las grandes mayorías que vivenciaron previamente el desmantelamiento del Estado, de sus políticas públicas y sociales, de sus empresas e instituciones, que se dejó de lado que la sociedad civil empoderada tiene también que modificar al Estado, no sólo apoyarse en él. Recuperar y cuestionar al mismo tiempo las instituciones y las mediaciones burocráticas, pues el poder popular y la hegemonía de un nuevo grupo histórico político sólo pueden estar basados en la propia organización autónoma integral de la sociedad civil, capaz de conquistar a las mayorías con otras políticas. El Estado en Brasil, lleno de herencias autoritarias y estructurado históricamente como un poder patrimonialista de los dueños (Faoro, 2001), ha estado lejos de ser un vehículo de nuevas relaciones políticas y otras estructuras institucionales abiertas distintas a las establecidas.

La crisis de representación de las fuerzas y de la sociedad

Ya es un lugar común aludir a la crisis de la representación y de partidos en el Brasil contemporáneo, lo cual ha sido hecho desde distintas perspectivas críticas (Oliveira, 2007, Dagnino, 2006, Hirsch, 2002, O'Donnell 1988). Las formas partidarias y los agrupamientos políticos de los trabajadores no han podido superar tampoco a los grupos de interés y tienen dificultad para representar el conjunto del movimiento social que encarnaron cuando fueron reconstituidos con base en la Constitución de 1988. Los partidos no siempre son expresión orgánica de los movimientos sociales ni de la sociedad civil (problema teórico de notable profundidad), ni son forma y espacio de crecimiento de la autonomía, de superación de la subalternidad, de articulación de la lucha social y política. En casi todos los casos, los representantes formales, partidarios o no, en los gobiernos y los órganos parlamentarios mantienen un cierto desprecio por los proyectos políticos universales y por las formas políticas ciudadanas, comunitarias y colectivistas. En todo el proceso abierto por las crisis políticas y los cambios de gobierno no ha aparecido una concepción nueva, radical, profunda, de lograr un nuevo Estado articulado a formas democrático-participativas de tipo deliberativo, que sea parte de un programa popular que proponga y construya grandes transformaciones históricas a iniciar, por la autoorganización y autorrepresentación de las masas populares (Zavaleta, 2006).

Al examinar la disputa por la construcción de la democracia en Brasil (Dagnino, 2006) se aprecia que lo que está en juego es si pueden realmente desplegarse distintos proyectos políticos-culturales y formas de Estado en el marco civil democrático liberal, pues la tendencia es al entrelazamiento de los distintos proyectos y la imbricación de las diferencias hasta desvanecerlas en un abigarrado discurso común (Dagnino, 2006).

La experiencia de los gobiernos progresistas bajo lo que fue el lulismo muestra la urgencia de construir y desarrollar una concepción crítica propia e histórica de las nociones de democracia, Estado, lo

público y lo común, cultura política, sociedad civil, sociedad política, libertades, sentido común y buen sentido, ética, ciudadanía, proyectos políticos y su articulación orgánica. Un problema clave de la disputa por la democracia es el de la elaboración de un proyecto de ampliación y profundización de la autonomía ideológica y política popular, así como de la participación, de la política y de la ciudadanía, que lleve a abrir espacios políticos nuevos y a darles contenido, lo que exige una acción deliberativa y decisoria de la sociedad en los asuntos del Estado, una lucha social articulada a los proyectos políticos en conflicto en la sociedad y en el interior de los aparatos del propio Estado.

La experiencia de Brasil muestra que es necesario profundizar el análisis de las formas actuales de democracia representativa y participativa, introduciendo las complejidades del Estado en su sentido integral: está faltando una noción clara y crítica de la ecuación Estado-sociedad civil, así como de las estrategias y opciones de una política popular (Zavaleta, 2009), una apreciación que permita a las fuerzas políticas avanzadas y democráticas leer el sentido profundo de las crisis, no sólo de la falta de representación política de las instituciones y partidos, sino de la crisis histórica de los proyectos estatales de las fuerzas, para elevar el sentido político social de la conducción burocrática del Estado (Hirsch, 2002, Oliver, 2009). También es notoria la falta de una valoración adecuada por parte de los movimientos sociales de su papel como emisores ideológicos y articuladores políticos, así como está ausente una noción de lucha de posiciones y catarsis, en relación a hacer avanzar un proyecto político en la crisis orgánica actual, que incluya transformaciones en el sistema político y en la relación de fuerzas, en que se presenta la disputa entre proyectos de las distintas clases, fuerzas y actores políticos.

La noción del Estado, en su sentido integral de totalidad de poder que articula en un fenómeno de unidad y distinción a la relación de economía y política, sociedad civil e instituciones, cultura y política, nos ofrece un marco para evaluar la relación orgánica que existe entre sociedad política y sociedad civil. El eje de esa relación

es la existencia, la crisis y la refundación de sistemas hegemónicos en torno del Estado y a partir de la participación de la sociedad civil en la articulación orgánica de poder del Estado. Ello con la óptica de la necesidad de la crítica también al núcleo moderno del Estado que está en la burocracia central de los aparatos ejecutivo, legislativo, judicial, de comunicaciones y de administración. La hegemonía capitalista contemporánea de las clases dominantes tiene su asiento en la capacidad de las burocracias de ser las fuerzas centralizadoras y organizadoras de lo público, dedicadas a mantener el bloque dominante y ajustarse a los patrones de reproducción y acumulación de capital, a la vez que procuran la subalternidad, la integración y la conducción de la sociedad civil y de las masas populares. Por lo mismo, no parece suficiente hablar de disputa abierta y libre de proyectos políticos en sentido amplio como lo hace Evelina Dagnino (2006) en sus textos. Se hace necesario ubicar en concreto cuál es en cada sociedad la base económica, política e ideológica de la lucha real entre proyectos ideológicos políticos en el contexto de las opciones y contradicciones que se presentan en la vinculación entre sociedad civil y sociedad política, considerando la vigencia, la reconstrucción, el derrumbe o la refundación de los sistemas hegemónicos.

En Brasil, la crisis de representación continuó bajo los gobiernos de ultraderecha, posteriores al *impeachment* de la presidenta Dilma Rousseff, crisis que en cierto sentido constituyó una continuidad de la que vivió el segundo gobierno Dilma y se asienta en una ecuación Estado-sociedad similar, la de un Estado preeminente y hegemónico y una sociedad civil subalterna. Pero hoy, cada día más, se hace evidente la imposibilidad del gran partido conservador neoliberal (PMDB + PSDM + el gran centro) de disputar la representación política y constituir un bloque conservador de poder dominante capaz de imponer con hegemonía su proyecto político orgánico, subordinado a la mundialización del capital, a las formas autoritarias de democracia restringida y gobernabilidad, avaladas por fuerzas militares, las iglesias evangélicas y los líderes de clase alta, desorganizadoras de los movimientos sociales. Dicho proyecto tiene hoy presencia en

la sociedad política y ascendencia en la sociedad civil, a partir del apoyo en determinados sectores conservadores de estos ámbitos, pero, al carecer de un proyecto para dar una salida a las necesidades, problemas y aspiraciones de las masas populares, profundiza la crisis política actual y la crisis económica, por lo que se vuelve sólo un mecanismo de la emisión represiva e ideológica del Estado globalizador neoliberal.

¿Y cuál fue entonces la particularidad del anterior proyecto de Estado bajo los gobiernos progresistas de Luiz Inácio Lula da Silva y Dilma Rousseff?

La fase actual, de debilitamiento de la democracia liberal

En Brasil, en términos del ciclo del Estado, bajo el anterior gobierno protofascista se vivió una quinta fase de la ecuación Estado-sociedad civil, la del debilitamiento de la democracia liberal y la imposición del aventurerismo político, con un desdibujamiento del pacto social del Estado de 1988, fase de prevalencia de un gobierno reaccionario con apoyo de las masas, sin un planteamiento organizativo concreto de inclusión social o económico, y sin derechos, sostenido crecientemente por las fuerzas de los militares, los paramilitares y las ofensivas ideológicas del pentecostalismo cristiano y las clases medias reaccionarias. El proyecto del expresidente Bolsonaro parece haber sido de corto plazo, incapaz de dar una salida a la crisis orgánica. Sin embargo, tal proyecto fue respaldado en su momento por las fuerzas histórico-políticas del gran capital. En suma, bajo la presidencia anterior el gobierno militarizó muchos puestos de administración del Estado y desplegó una campaña de propaganda en pro de la militarización de la sociedad, de una mayor integración imperialista dependiente subordinada a Estados Unidos. .

Frente a la necesidad de encontrar una salida avanzada a la crisis orgánica actual del Estado, las diversas izquierdas y los movimientos de democracia popular tienen ante sí el desafío de construir una

propuesta de hegemonía que signifique una nueva ecuación Estado-sociedad civil. Esa lucha incluye la disputa por las posiciones en las instituciones, en los espacios organizativo-ideológicos de la sociedad civil y en los movimientos sociales. La disputa es imprescindible para encontrar una salida política a la crisis orgánica, que abra un nuevo espacio a la política como cohesión social y como canalización del juego interno de intereses e incorpore las experiencias de lucha política de los movimientos sociales. Son esas experiencias las que me han llevado a tratar de comprender las dificultades programáticas, políticas e ideológicas habidas en la experiencia de los gobiernos progresistas recientes, revisión que signifique nuevas formas de armonizar los distintos intereses colectivos y comunitarios, así como las experiencias políticas de masas y de partidos de las izquierdas y de centro izquierda. Ahí están depositadas las dificultades y potencialidades para reconstruir el Estado a partir de la sociedad civil activa.

Un nuevo núcleo común

Como lo ha estudiado Luis Tapia con relación a la experiencia de los Estados Plurinacionales, dar lugar a la intervención y la hegemonía popular requiere de la construcción de un “nuevo núcleo común” avanzado y emancipador en la diversidad nacional (Tapia, 2009), que a veces conlleva un proceso lento y complejo de cambio de concepciones y de expansión democrática político-cultural, que los sistemas políticos y los tiempos de la lucha política normal dificultan.

La investigación realizada nos ha convencido de la necesidad de que las fuerzas populares críticas exploren, en las luchas sociales y políticas actuales, el significado y la potencialidad de una catarsis (Gramsci, 2000, C. 10) que, por la vía del encuentro, el diálogo social y la lucha política de masas, eleve el nivel ideológico-político y la unidad de los movimientos, organizaciones sociales y fuerzas políticas, de manera que se profundice el involucramiento directo y “la

participación” de la sociedad, en términos de construir una mayor autonomía ideológica y política de los movimientos sociales, de los distintos grupos sociales e identitarios de la sociedad civil, de los intelectuales participantes y críticos. Esos son algunos de los retos que tienen ante sí las nuevas fuerzas políticas para participar de la disputa por las políticas de un reformismo radical, por la creación de espacios públicos societales (en que se disputa lo público a las fuerzas conservadoras). Aunado a ello se tienen los desafíos de promover la auto-organización política de la sociedad, un proyecto de reforma-transformación de los Estados, de avanzar hacia una integración regional latinoamericana de los movimientos sociales y políticos populares de América Latina que acompañe los procesos de iniciativa política e institucional de los Estados, tales como lo han sido el Mercosur, el UNASUR, CONDESUR, y la vía campesina, etc.

La crisis orgánica actual del Estado brasileño es el referente para valorar los procesos, algunas veces lentos y tortuosos, en los que los movimientos populares van encontrando cauces para que los grupos, actores y movimientos locales se articulen regional y nacionalmente, y conformen un proyecto político unitario alternativo capaz de instalar su hegemonía y construir un sistema hegemónico alternativo articulado con los sujetos populares autodeterminados en un plano nacional, regional y mundial.

Necesidad de nuevas formas de pensar la situación y las alternativas

No resulta adecuado valorar los asuntos del Estado solo a partir de una supuesta “normalidad” estructural político electoral de la relación Estado-ciudadanía. Los marcos teóricos dominantes de los sistemas políticos no alcanzan para pensar adecuadamente las problemáticas políticas de los Estados modernos en situación de crisis. Tampoco es adecuado recuperar referencias autóctonas propias del siglo XX, tales como la estabilidad de los estatismos

latinoamericanos, con sus formas políticas de compromisos nacionalistas desarrollistas, los pactos de clases de los fordismos periféricos, los populismos, etc.

También es a todas luces inadecuado teorizar a partir del modelo de la relación sociopolítica europea, estadounidense o China, de su proceso de construcción de las economías privadas y públicas, de las democracias políticas y de sociedades organizadas en partidos, sindicatos o agrupaciones civiles de los Estados nacionales de bienestar, por lo demás, hoy también en crisis, como lo demuestran sobre todos los casos de Italia, España, Grecia, Portugal y Francia, con sus millones de jóvenes indignados y recientemente, incluso, por las nuevas dimensiones del conflicto de clases y fuerzas políticas en los Estados Unidos de América.

La ecuación histórica Estado preeminente-sociedad pasiva, vigente todavía en este siglo y en las tres últimas décadas del siglo anterior (Oliver, 2016), atraviesa hoy por un cuestionamiento que ya constituye una crisis de representación y legitimidad. Ello, justamente, debido a que el divorcio entre sociedad (Sociedad civil, comunidades originarias, movimientos sociales) e instituciones protoliberales, progresistas o conservadoras, está tocando fondo. Esto es así gracias a que los aparatos de representación y gestión estatales han reducido y debilitado, hasta el extremo, sus vínculos con los ciudadanos y los grupos sociales populares, especialmente bajo el estado transnacionalizado de competencia (Hirsch, 2002), promovido por la mundialización del capital y su expresión política dominante bajo la globalización neoliberal, que parece prevalecer en todas partes. Y, el asunto es que la superación del debilitamiento de la conexión orgánica Estado-sociedad civil para las sociedades actuantes, como la brasileña, no se resolverá sólo afinando las formas representativas, aun que sin duda alguna mejoraría la situación.

Crisis de la representación

El neoliberalismo y la afirmación de bloques de poder capitalistas transnacionales en los Estados contemporáneos condujo a una estatización de la política y lo político (y hoy podemos aseverar que abarca casi todo el fenómeno de la política), en el sentido unilateral de encerrar en los aparatos de poder y de gobierno del Estado al conjunto de las relaciones políticas y de los proyectos político culturales a ser incluidos por el poder político nacional y transnacional. Pero conviene recordar que la vida política de las sociedades se ha distanciado de los sistemas políticos que establecen las relaciones de representación y legitimación aceptadas, se ha debilitado la participación en las instituciones mediadoras que construyen la hegemonía y generan legitimidad formal (poderes constituidos, ejecutivo, judicial, congresos, partidos, grupos de acción política o cultural institucionalizados); todo ello se ha debilitado para los ciudadanos jóvenes, aunque se mantengan sus formas externas.

Los canales que quedaron abiertos en la relación Estado-sociedad son cuasi exclusivamente los “corporativos” de los grupos de presión, las megaempresas, los grupos financieros, los sindicatos estatizados, los políticos profesionales, las iglesias, los medios de comunicación elitizados, etc., dejando sin intermediación suficiente a las organizaciones colectivas de defensa de los trabajadores o empleados, a los derechos y libertades de individuos-ciudadanos, a los grupos sociales populares, a los movimientos sociales, a los activistas de los grupos populares y a las comunidades (urbanas, campesinas), gran parte de los cuales se convirtieron en “objeto” de las transacciones y los espectáculos políticos, electorales o parlamentarios. Como señaló en su momento el intelectual crítico Francisco de Oliveira:

Las consecuencias para la política no podrían ser más devastadoras. La relación entre clase, intereses y representación se fue al espacio; la posibilidad de formación de consensos se tornó una quimera, pero en un sentido intensamente dramático, eso no es el anuncio del di-

senso y no genera política. Las relaciones son difusas e indeterminadas (Oliveira, 2007, p. 38).

Lo que no se acabó, por no convenir a la legitimidad formal, fueron los rituales de las instituciones político-electorales y las formas de consulta aparente, que cuestan una fortuna a sociedades que sin embargo no se sienten representadas, que son obligadas, manipuladas o influenciadas autoritariamente para votar y/o para participar en estos rituales, que todavía juegan un papel importante en la relación sociedad-Estado.

Sin embargo, el sentido de los partidos se transformó completamente:

En la clásica interpretación de Maquiavelo por Gramsci, el partido moderno, de masas y de cuadros, es el Príncipe, el *condottiero* con sus “intelectuales orgánicos” que organizan la hegemonía. El partido político de la era de la indeterminación no conduce, es conducido por las encuestas de opinión y de intención de voto y por la imagen. Una dispersión de microcentros de organización de lo social simula la sociedad civil... esas organizaciones se transformaron en entidades que suplen las insuficiencias del aparato estatal” (Oliveira, 2007, p. 41).

En la presente investigación nos centramos en la actual crisis histórica del Estado, que en algunos momentos coincide ya con su crisis política de hegemonía y está asociada a una crisis orgánica. La ecuación “normal” (de una tal relación dada, cristalizada, entre el poder político y una sociedad organizada para la participación representativa) tal como la hemos conocido en Occidente, e incluso en Latinoamérica, parece estar dejando de ser la única posibilidad deseable y vital para la vida política real, en la cual los cambios en la sociedad moderna generan otros impulsos políticos y culturales de participación y tienen emanaciones que están exigiendo una profunda reconfiguración de los Estados, la mayoría de cuyas instituciones aún está distantes de percibir incluso la existencia de la crisis.

En la problemática de la representación, del sistema político y de la lucha de proyectos, se sobrepone la crisis de la misma ecuación

Estado-sociedad; y esta última se basa en los cambios de sentido y fuerza de lo “político” en la vida moderna y no solo en los cambios de la “política”. Lo político hoy no se está profundizando en las sociedades latinoamericanas y no se subrayó bajo los gobiernos progresistas, por lo tanto la tendencia histórica de la ecuación Estado-sociedad occidental que presupone el creciente empoderamiento de la sociedad civil, le es una fórmula distante la mayoría de las veces a los individuos, a los movimientos sociales y a las masas populares despolitizadas de la región, cuya identidad parece estarse conformando de formas particulares presenciales y virtuales todavía desconocidas por la ciencia política tradicional, al margen de las mediaciones estatales, los grupos corporativos y los otrora grandes grupos sociohistóricos clásicos.

Con las excepciones de los momentos electorales o de acontecimientos políticos vivos que les afectan e interesan a las masas, el interés por la política está vinculado a fenómenos expresivos como los momentos de poder y de acción de multitudes en que se produce el desarrollo de la individualidad plena de todos, con autonomía de pensamiento, opinión, posicionamiento y acción de los individuos, de los grupos y comunidades la mayor parte de veces espontáneamente conformados. Esa individualidad plena, de grupalidad activa y comunidad participativa horizontal se manifiestan frente a los acontecimientos drásticos de la vida social que constantemente ponen en jaque la reproducción de la vida: decisiones determinadas de los gobiernos que demuestran las múltiples caras del poder, que no terminan por acabar con la corrupción, las impunidades, complicidades y restricción de derechos y libertades, que perfeccionan formas de control de los aparatos, leyes restrictivas formales monoculturales y derechos particulares, etc.

En Brasil se vive una nueva situación que pone constantemente a los individuos, a los grupos de colectivos de trabajadores y clases medias de los barrios populares, a campesinos, indígenas y a las comunidades, de frente, en resistencia y algunas veces en oposición activa a los dirigentes oficiales del Estado y a las decisiones o ausencia

de estas por parte de los poderes instituidos (ejecutivos, legislativos, judiciales). Los individuos actúan en ese momento como masa o multitud en que se expresa su resistencia, su conformidad u oposición ante hechos determinados (Zavaleta, 2009). Y ese posicionamiento conlleva una inédita politización recurrente de la vida social, con mucha más fuerza y extensión bajo prácticas “rizomáticas”, que difieren de las formas clásicas de la política, que existen y actúan, pero son vistas con distancia y en muchos casos incluso repudiadas por las grandes mayorías de políticos activos: especialmente por los movimientos, los partidos, los sindicatos, las organizaciones civiles, etc., que supera lo restrictivo de las campañas políticas y los debates impuestos desde las instituciones.

La importancia de la revisión sobre estrategia y concepciones

En Brasil se ha larvado, soterrado, entre los jóvenes y la intelectualidad popular un intenso debate político cultural sobre las tendencias profundas del Estado brasileño, su ciclos, los proyectos político-ideológicos en disputa que nos ha llevado a analizar su trasfondo en la relación de fuerzas y la ecuación social que acompañaron a los gobiernos petistas y a los partidos de oposición neoliberales de los últimos 20 años, de tal manera de procurar elementos para hacer medianamente comprensiva, la crisis actual.

La controversia intelectual incluye también la autorreflexión y el autoexamen de los propios dirigentes e intelectuales partidarios de la diversidad de las organizaciones políticas con mayor influencia. Se trata de las concepciones que prevalecen en el PT, el PSOL, el PSB y PSDB, encabezados, entre otros, por Luiz Inácio Lula da Silva, Dilma Roussef y Henrique Cardoso, expresidentes y dirigentes de sus partidos. También están las concepciones apoyadas por intelectuales que los acompañan, por un lado, Mercadante, Genro, Sader y Unger, entre otros, (aunque todos ellos, lógicamente, mudan un poco sus apreciaciones con

la propia evolución de la situación política) e intelectuales como Bresser Pereira, quien recientemente se separó de la ideología de la contrarreforma conservadora, y todo el complejo de comunicaciones de la Globo y el diario *Folha de Sao Paulo*.

Por fuera del debate institucional, están las posiciones y caracterizaciones analíticas de las corrientes de pensamiento crítico en las academias, las cuales se pronuncian cuestionando los programas nacionales, el funcionamiento de las instituciones, el sistema político y la actuación de los partidos dirigentes.

Entre los principales debatientes de la ecuación Estado-sociedad en la crisis actual están los textos de las nordestinas Alba Carvalho y Eliana Guerra, socióloga y antropóloga respectivamente, intelectuales críticas de la Universidad Federal de Ceará y de la Universidad Federal de Rio Grande do Norte respectivamente; el recientemente finado Francisco de Oliveira, sociólogo pensionado de la Universidad de São Paulo y del Centro Brasileño de Análisis y Planeación adscrito a la editora Boitempo; Ruy Braga, profesor de Sociología de la Universidad de São Paulo, también de la Boitempo; Marco Aurelio Nogueira, profesor titular de la Universidad Paulista; Frei Betto, sacerdote, político y ex-integrante del primer gobierno Lula; los economistas Luiz Filgueira y Reinaldo Gonçalves, ya mencionados en el primer capítulo, adscritos a las Universidades Federal da Bahia y Rio de Janeiro respectivamente; Matias Luce y Carla Ferreira, intelectuales destacados del Partido del Socialismo y la libertad (PSOL) y adscritos a la Universidad Federal de Rio de Janeiro; los fallecidos Carlos Nelson Coutinho y Edmundo Fernandes Dias, intelectuales destacados, quienes en su momento fueron profesores de la Universidad Federal de Rio de Janeiro y, junto con Giovanni Semeraro, de la Universidad de Rio de Janeiro; Evelina Dagnino, jubilada de la Universidad de Campinas, UNICAMP de la misma universidad; Armando Boito Jr. también de la Universidad de Campinas; Virginia Fontes, profesora de la Universidad Federal Fluminense de Rio de Janeiro, Lúcio Flavio de Almeida y su revista *Lutas Sociais*, así como mi colega brasileño de la UNAM, Severo de Salles, quien también participa del debate, entre otros.

Algunos problemas a ser investigados y profundizados

Urge una revisión teórica a fondo para evaluar los límites, tendencias y posibilidades de transformación del poder estatal en Brasil, indagación que a partir de un análisis concreto estudie las estructuras, procesos, fuerzas histórico-políticas, partidos, grupos políticos y corporativos, contradicciones y los conflictos del desarrollo capitalista, de la forma política jurídica del Estado, de la relación y confrontación de fuerzas, de las políticas de los gobiernos Lula-Dilma y de la ecuación Estado-sociedad civil.

Brasil es un país complejo, sumamente diverso y extraordinariamente rico en sus expresiones sociales de masas y de élites. La política binaria que se expresa en las elecciones, oculta y simplifica esa riqueza, pero se trata de una sociedad con gran capacidad de resistir, innovar y superar el abanico reaccionario de las ideologías y de las políticas de la ultraderecha: el militarismo, el fanatismo religioso y cesarista, el antipetismo, el antiizquierdismo anticomunista, el clasismo, racismo y las concepciones misóginas.

Esa riqueza social, sin duda alguna, hará parte de la lucha por otra relación sociedad política-sociedad civil capaz de hacer retornar la capacidad dirigente de los proyectos, formaciones políticas, movimientos sociales, líderes políticos e intelectuales críticos de este país. A continuación, enlistaremos los aspectos que, a mi juicio, debían ser motivo de estudio profundo por los interesados en la situación de este país y de la América Latina a la que pertenece.

Las opciones ante el movimiento orgánico del capitalismo y una globalización en crisis

a) Un primer elemento fuerte se ubica en las opciones del Estado ante lo que se ha dado en llamar el pretendido fin de la economía nacional, en la fase actual del capitalismo mundial (Hirsch, 2002). Si la mundialización del capital no permite ya la afirmación de

economías nacionales (quizá con excepción de algunos países potencia como Estados Unidos, China, Rusia), ¿cuál es entonces la opción para la participación autónoma del Brasil y de los países latinoamericanos dependientes en la economía mundial? A partir de esa cuestión se pueden conocer y sopesar los márgenes de transformación de los Estados en nuestra región. Esta cuestión será abordada con profundidad en el siguiente capítulo del libro.

b) La impronta de los cesarismos, el progresivo y el regresivo. Un segundo aspecto por indagar es el origen y peso histórico-político-cultural de las formas cesaristas de poder político, carismáticas y “dirigistas” que se presentan como tendencia fuerte incluso en Estados con apoyo de masas. En Brasil, importantes movimientos históricos de líderes carismáticos, como el religioso de Canudos, influyen en estratos profundos de la historia de Brasil y se expresan en una abigarrada mezcla de conservadurismo y tendencias al igualitarismo utópico que siguen influyendo en la cultura social y en la cultura como política.

Hay necesidad también de estudiar de qué manera Brasil podría recuperar y enriquecer políticamente los variados elementos políticos-sociales, culturales y religiosos heredados por su sociedad y sus fuerzas políticas (que funcionan en la economía nacional, en los bloques de poder, la conformación cultural de las fuerzas políticas y en general en sus distintos momentos de la ecuación Estado-sociedad civil) que le permitan al país alguna salida de masas y de conducción avanzada, aun siendo temporal y parcial, a la crisis orgánica del Estado capitalista dependiente y oligárquico.

Es interesante, por lo mismo, atender a los planteamientos de la investigadora de la Universidad de Campinas, Evelina Dagnino, sobre la experiencia y los requerimientos de una compleja lucha política ideológica institucional para hacer avanzar el proyecto de democracia participativa (Dagnino, 2006). En su análisis también hay un momento en que acentúa sus dudas respecto de cómo esa lucha en Brasil se transformó y perdió autonomía en cuanto a desplegar un

proyecto propio de hegemonía sustentado en movimientos y procesos populares (Dagnino, 2006). Esto alude a la necesidad de ampliar el análisis de los puros proyectos de las distintas fuerzas histórico políticas, a comprender como hacen parte de una relación compleja entre economía, política e ideología, esto es, de acumulación, de forma de Estado, bloques de poder, formas de la política, proyectos y la relación de la cultura como política e historia. Las problemáticas de las formas políticas y la capacidad de las masas de avanzar en su autodeterminación y ser parte de la construcción de una política autónoma popular no están al margen de la reconfiguración del capitalismo, el surgimiento de una disputa por los espacios públicos y los procesos de articulación de una multiplicidad de sujetos de cambio.

c) Las instituciones de representación y de organización de la política institucional. Habría que preguntarse por los cambios imprescindibles en el parlamento y los partidos considerando su representación, papel y función en la Tercera República, después del fin de la dictadura militar, y cuál es la dinámica actual de apropiación y reparto del poder entre las élites. El mando de los parlamentarios y los partidos empresariales corporativos en Brasil está sustentado en sistemas políticos organizados desde arriba, desde los poderes político, económico, cultural, mediático, religioso, militar, paramilitar nacional y regional, para la inclusión económico-corporativa y control de las masas. Las mediaciones estatales se establecieron para regular económicamente la vida regional, dar ingresos a los municipios que carecen de fuerte actividad económica, incorporar a las masas a la modernidad y a las formas políticas del liberalismo. En general las formas políticas representativas se han construido para alejar a las masas ajenas de su autoorganización política. La política ha sido permanentemente dirigida por las élites. De ahí las famosas bancadas Biblia, Buey y Bala (bbb), de los sectores evangélicos, ruralistas y armamentistas de los diputados en el parlamento. Pero a éstas hay que agregar las de los empresarios, los medios de comunicación, el ejército y los empresarios. El parlamento ha sido un espacio de

negociación y reparto de los recursos del Estado y los puestos políticos. Ni siquiera con los anteriores gobiernos progresistas de Lula y Dilma eso se modificó, a pesar del carácter distinto de los partidos de trabajadores y de los sectores populares, pues como se sabe no se produjo reforma política de importancia. Los propios partidos de la izquierda diferencian entre su relación específica con el gobierno en turno y sus relaciones políticas y alianzas locales para alcanzar determinados puestos de representación en el parlamento. Y bajo Temer y Bolsonaro ese papel de los partidos y el parlamento se acentuó, siendo esa institución un mercado de negocios y de clientelismo.

d) Las herencias esclavistas y autocráticas de las élites. Otro aspecto a considerar es la influencia de las relaciones sociales históricas y de las concepciones de dominio, que en Brasil estuvieron basadas en el esclavismo mercantil, en la permanencia y continua actualización de las relaciones oligárquicas y empresariales de tipo autocrático basadas en la sobreexplotación y el mando de las élites dominantes, sin reconocimiento de derechos.

Los estudios de Florestan Fernandes y de Ruy Mauro Marini sobre la autocracia capitalista siguen siendo actuales en muchos aspectos que muestran la permanencia de dichas relaciones y de sus elementos políticos e ideológicos. En Brasil se ha producido tal naturalización de esas relaciones autocráticas en el campo y en la ciudad, que permanentemente se dan a conocer casos de espoliación extrema de trabajadores migrantes en la industria textil, entre otras, sin que la sociedad en general exija su extinción, con la excepción, por supuesto, de los sectores intelectuales y políticos democráticos sensibles a esas situaciones. Esto es importante, pues dicha naturalización ha influido en la reivindicación de las élites agrarias oligárquicas de ser dueñas absolutas de los individuos bajo su mando (indígenas, campesinos, trabajadores ilegales, empleados, sirvientes familiares, etc.) al margen de los derechos constitucionales. Esas relaciones se hubieron translucido bajo el pasado régimen de Bolsonaro, en donde

diversos mandantes hicieron presencia aduciendo en voz alta su supuesto, equivocado y anacrónico “derecho al poder”.

e) El MST y las transformaciones ideológico-políticas en la vida rural. Un aspecto importante que resaltar, especialmente por su contraste con las concepciones y relaciones sociales históricas en el campo, es la profunda transformación ideológico-política que se ha generado con la lucha del Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra y las organizaciones campesinas, de trabajadores y productores del campo. Es notable la dignificación de los trabajadores, su elevación ideológico-política y la constitución de una organización de masas, de lucha innovadora por la tierra y de reconocimiento del trabajo individual y colectivo, con propuestas modernas de producción y conciencia política emancipatoria. Está por evaluarse adecuadamente la modificación de la identidad y la cultura social relacionadas con las grandes enseñanzas y aportaciones de los procesos de liberación promovidos por las pedagogías de Freire y de la teología de la liberación, sobre todo en cuanto a su capacidad de resistencia ante los cambios políticos reaccionarios de los últimos años y de ser sustento de nuevas políticas vinculadas a la búsqueda de salidas a la crisis orgánica del Brasil. El entrelazamiento entre las propuestas de liberación y las de hegemonía han sido un aspecto de la formación política e ideológica de los movimientos (Semeraro, 2007).

f) La relación entre la Central Única de Trabajadores (CUT) y los partidos de izquierda progresista y socialistas. La débil resistencia de los trabajadores al impeachment y a la ofensiva de la ultraderecha para sacar del poder a las organizaciones sindicales y políticas de los trabajadores no debiera hacer pensar que no existen y que su papel ya dejó de tener potencialidades de lucha y emancipación. Es fundamental estudiar la inserción social, política y cultural (así como sus contradicciones) de las organizaciones sociales y políticas de los trabajadores, destacadas en la historia reciente. La administración de los fondos de pensión de los trabajadores creó una aristocracia

obrero que hoy ante la necesidad de revisar su historia en el pasado proyecto progresista. Las interrogantes que habría que responder se relacionan con el grado de desplazamiento que han sufrido estas burocracias obreras institucionales. Entre los trabajadores ha habido cambios profundos significativos y avanzados que aún no se analizan en términos de organización, ideología y cultura política y que seguramente darán lugar a nuevos comportamientos y políticas de las organizaciones y partidos de trabajadores. Contra el sentido común fatalista, hay que mencionar que los dirigentes intelectuales y políticos de la izquierda obrera son quizá los más formados y con experiencia de lucha, de manera tal que es esperable que gran cantidad de ellos se sumen a las fuerzas dirigentes de una salida política avanzada que recoja las insuficiencias de las políticas progresistas.

g) Las fuerzas armadas institucionales y no institucionales. Otro elemento a estudiar (que ya se está estudiando, por lo demás) está relacionado con el peso, la trayectoria, la función y el papel de las fuerzas armadas y de los paramilitares en la vida política formal e informal, burocrática e ideológica de la sociedad civil. Sin duda alguna, la posibilidad del viraje aventurero reciente del Estado en Brasil tiene que ver con la relación de los grupos políticos con los militares y paramilitares desde la Colonia y el período del Imperio brasileño. La asociación de los “bandeirantes” como grandes héroes del ejército se combina, sin duda, con el carácter de estratégico de la institución para mantener y expandir el territorio y el poder en medio de procesos militares definitorios en el siglo XIX y el XX. Después existió la institución de poder caracterizada por el coronelismo y vinculada a las estructuras estatales. Hombres de poder del campo con verdaderos ejércitos locales y relaciones de dominio profundo en el territorio, fenómeno que buscan heredar los líderes actuales del agronegocio y los camioneros transportistas, verdaderos mandantes regionales con aspiraciones a serlo en la nación entera. En suma, está por analizar a fondo el papel dirigente de los militares durante los veinte años de dictadura en que cristalizó la relación de

poder castrense con la experiencia de regulación económica, la administración del Estado, las relaciones políticas, la cultura social y la cultura de cuerpo, la educación y la conducción de las masas. Particular interés tuvo el peso de las fuerzas armadas en la definición y mantenimiento del Estado oligárquico de compromiso que domina y decide sobre los grupos indígenas remanentes y establecidos, y entre los grupos de la burguesía ascendente a inicios del siglo XX y la oligarquía tradicional dominante en el campo (Oliver, 2009).

Reviste suma importancia analizar el papel del ejército en relación con la gobernabilidad, a partir de autoconsiderarse “cuarto poder moderador”, en el que los militares establecen una relación directa de dominio y dirección de los grupos económicos, políticos, culturales y de la sociedad civil, así como sucede con la utilización de militares de élite y paramilitares regular la acumulación del capital del narcotráfico y mediar las relaciones sociales de desigualdad extrema y violencia en las grandes ciudades como Rio de Janeiro, São Paulo, Porto Alegre, Belo Horizonte y Fortaleza.

h) La dualidad educativa y el ramillete de científicos e intelectuales críticos en las universidades y en los centros de investigación y educación de Brasil. Sin duda hay una fuerza de masas de intelectuales críticos, formados en los distintos ámbitos del conocimiento científico, tecnológico y de innovación. Es necesario valorar los alcances que tuvo la política de desmontar la inserción institucional de los educadores críticos, de debilitar el presupuesto de los organismos universitarios y educativos, de utilizar una propaganda de desprestigio contra las universidades y escuelas de educación media superior.

La formación educativa de alto nivel que en Brasil tienen grandes masas de educadores conscientes de sus derechos constituye un elemento fundamental de resistencia ante las ofensivas políticas y militares contra el pensamiento crítico y científico, lo cual se aprecia en el papel de los educadores y educandos en las manifestaciones contra las políticas y el gobierno de Bolsonaro. La inteligencia, sin

duda alguna, jugará un papel central en la búsqueda de una salida a la crisis actual.

i) La fuerza creciente de los grupos cristianos protestantes adscritos a la teología de la prosperidad. Un aspecto que salió a la luz después del *impeachment* a la presidenta Dilma y en el odio hacia el Partido de los Trabajadores. La religión pentecostalista ha enraizado en los sectores populares y medios despolitizados y fanatizados del Brasil, de tal forma que hoy son una base de sustento del proyecto reaccionario del fascista de ultraderecha. Se hace necesario entender las causas de dicho enraizamiento y de su éxito en la vida religiosa, cultural, social y política de las grandes masas urbanas populares. La fuerza religiosa del pentecostalismo está, sin duda, en haberse constituido en una fuerza activa de control social de las masas en busca de una mejor situación económica y de una presencia activa en la vida social, en contraposición a los débiles intentos de renovación institucional del cristianismo católico.

j) La transnacionalización económica, política y cultural de la sociedad brasileña. Brasil tiene procesos económicos transnacionales que han acompañado la expansión de las nuevas tecnologías electrónicas de computación y su interrelación con los medios de comunicación, en términos de la vida individual y de grupos, sobre todo en los jóvenes. Ello refuerza ideológica y económicamente su relación con las técnicas empresariales, de servicio y fabriles de las entidades financiero-corporativas de los países del capitalismo central. Junto a ello se ha expandido en toda la sociedad la ideología del *american way of life* y el prestigio de la tecnología.

Ello ha moldeado un nuevo modo social de pensar y ha influido incluso en los componentes ideológico-políticos del país, hasta ahora profundamente nacionales, como el carnaval, los desfiles militares de la patria, las procesiones religiosas tradicionales, los espectáculos musicales y la actividad deportiva de fútbol y de otras múltiples actividades que involucran a las masas. Además de la

transnacionalización de esos mismos fenómenos de espectáculo, las clases medias brasileñas, en los últimos 70 años, han pasado a vivir la experiencia de modos de vida, de consumo, de aprendizaje y de turismo, traslado y convivencia transnacional, que han afianzado sus lazos con la vida, la cultura, las tecnologías, las instituciones y las élites de los Estados Unidos y de algunos países europeos como Alemania y Francia. Los propios gobiernos progresistas avalaron y sustentaron el proyecto de ciudades turísticas estructuradas como ciudades espectáculo como parte de su concepción del desarrollo para Rio de Janeiro y Fortaleza. Es necesario indagar qué tanto esas concepciones y actividades económicas han modificado el modo de pensar, los objetivos de la sociedad y de qué manera están afectando, desprestigiándolo como algo atrasado y del pasado, el pensamiento crítico que acompaña la resistencia y la lucha de las izquierdas por la autodeterminación nacional.

k) Otro asunto pendiente de explicación teórico-metodológica es el relacionado al sustento, peso y extensión de la “vida líquida” consumista y mutable en la sociedad civil e incidente en la despolitización de las masas populares urbanas.

i) Lo público societal. Al relativizar el debate tradicional de tipo liberal sobre el perfeccionamiento de la democracia política electoral, el cual se ubica en términos de la separación entre política y economía, surge un debate social más profundo sobre el acceso democrático popular de las masas en el Estado, su papel en la determinación de lo público y la reconstrucción de las formas económicas, sociales y culturales. La discusión es imprescindible para clarificar la relación entre las reivindicaciones inmediatas de las grandes masas populares y el programa adecuado para superar la dependencia y subordinación. Para ello es importante que las fuerzas políticas pongan sobre la mesa las alternativas de una economía social, una economía pública, un programa de reformas profundas, constituir sujetos autónomos en la sociedad popular, de tal manera que la masa se se

pueda organizar como conjunto de sujetos conscientes del cambio, y dar lugar a la multitud como proyecto de ampliación y profundización de la participación en torno de una nueva hegemonía, para hacer avanzar la política en términos de un Estado y una sociedad alternativas, con instituciones derivadas del control social de lo público y proyectadas en sistemas políticos participativos canalizados de las mediaciones y relaciones de las fuerzas políticas organizadas. Ahora bien, las complejidades de este proceso en términos de la reproducción social de una economía capitalista dependiente, de la disputa en y por el Estado, en sentido integral, conllevan dilucidar el papel de los gobiernos y las instituciones como instituciones bajo control social a la vez que dirigentes políticos y emisores ideológicos, esto es, en tanto entes activos de las transformaciones. Aún está por valorarse el peso y papel de la ideología, como unificadora de nuevas concepciones intelectuales y morales de la sociedad y como política de lucha social.

Capítulo II. El capital y el Estado. El movimiento del capitalismo dependiente: caracterización de la regulación estatal progresista

Economía y política del progresismo

Interesa valorar, desde una dimensión teórica sustentada en la perspectiva del capitalismo dependiente y sus transformaciones transnacionales en los últimos 50 años, las estrategias, las insuficiencias y logros del progresismo brasileño respecto del papel del Estado, la política económica y las medidas sociales de los dos periodos de gobierno progresista de Lula da Silva y el primer tramo del gobierno de Dilma Rousseff, anuladas las posibilidades del segundo por la ofensiva de las derechas y ultraderechas brasileñas que terminó con el *impeachment* de agosto de 2016.

El arribo del presidente Lula da Silva y del PT al gobierno del Brasil en Enero de 2003 tiene como referencia inmediata previa *la Carta al pueblo brasileño* (Lula da Silva, 22 de julio de 2002), documento en el que se expuso el compromiso público del candidato de conciliar la continuidad capitalista con un fuerte impulso a nuevas políticas económicas y sociales de estímulo estatal al crecimiento de las exportaciones y del consumo, respetar los contratos y obligaciones en el ámbito económico financiero, apoyar la dinámica financiera e industrial agraria del Brasil. La carta en realidad no estaba

dirigida al pueblo brasileño sino al gran capital industrial y financiero transnacionalizado.

El documento proponía una política de uso del excedente estatal para modernizar el país y trabajar por la mayor inclusión social, guiada por una política de amplia negociación nacional entre las clases. Se trataba de un *compromiso de continuidad-cambio* establecido con los grupos financieros e industriales-agrarios dominantes a quienes se les suponía preocupados políticamente por las fragilidades de la economía y agobiados por las consecuencias sociales de inestabilidad provocadas por la desigualdad creciente: se les convocaba a ser aliados del futuro gobierno para generar crecimiento, mantener la estabilidad y cuidar la inclusión y la gobernabilidad. El propósito declarado era estimular el mercado interno, apoyar las exportaciones de bienes y capital, consolidar el agronegocio, sin, empero, acudir a un capitalismo de Estado ni a un populismo fiscal que afectara el comportamiento normal del mercado capitalista, a la par de crear las condiciones de infraestructura nacional para apoyar a la producción interna.

Es decir, se ofrecía una política de mantener el curso de un capitalismo históricamente dependiente y monopolístico, concentrado y centralizado en exceso; de grandes grupos monopolísticos empresariales y financieros nacionales y extranjeros, financierizado, transnacionalizado y artífice de la crisis orgánica nacional (Marini, 1974, Fontes, 2010, Luce, 2018). Es decir, declaradamente el gobierno progresista propiciaría la continuidad de las relaciones sociales capitalistas con nuevas características: la recuperación de las políticas sociales y las políticas públicas con una perspectiva de país, bajo una propuesta de conciliación de clases y de *no intervención en el movimiento orgánico ni en las grandes contradicciones del capitalismo brasileño, elaborada y realizada convergiendo con la perspectiva del gran capital brasileño e internacional*. En términos de correlación de fuerzas se puede apreciar que el compromiso pasaba por no alterar el patrón de acumulación de capital ni las condiciones de su reproducción.

Lo novedoso, entonces, de la propuesta de gobierno se ubicaría en lo político: recuperar la regulación del Estado, la inclusión y la pacificación social, la ciudadanía popular. Hay en esta concepción una conciencia de la relación real de fuerzas histórico políticas bajo la que se accedía al gobierno, en condiciones en que éste ni siquiera accedería con mayoría parlamentaria.

Todas las preguntas de fondo estaban en cual sería la relación de la cuestión de la autonomía y acumulación de fuerzas del poder popular bajo este progresismo pensado para apoyar un crecimiento económico del PIB, paliar los efectos de los males históricos y hacer avanzar un pacto social nacional. La fuerza del capital cada vez más transnacionalizado y financierizado seguiría siendo dominante, con una peculiaridad: ante la crisis de autoridad de los partidos neoliberales evidenciada en la crisis económica se abría espacio para el experimento socialdemocrático lulista.

En el sentido estratégico, los cambios –suponía el nuevo grupo gobernante– llevarían a la postre a una lenta pero continuada transformación histórica radical del Brasil, hasta convertirlo en un país industrial desarrollado con menor desigualdad social, con bienestar de las mayorías, aunque hubiera que esperar 100 años para ello (Tricontinental, 2021). Los hechos de la segunda década del siglo mostraron que la estrategia menospreció dos elementos importantes: los condicionamientos económicos, políticos e ideológicos de la integración de Brasil a la globalización neoliberal y el que un acercamiento y conciliación de clases no significaba menoscabar el poder –ese si plenamente autónomo– de las grandes e históricas oligarquías político-empresariales.

Lulismo como estrategia

La economía capitalista de Brasil no funciona sólo a partir de la inversión, circulación, consumo y reproducción privadas; es, como toda economía, siempre un fenómeno privado-estatal, de totalidad orgánica. Por ello cabe resaltar que la política del proyecto progresista no

buscaba una modificación radical del papel de los organismos públicos-privados de subsidio, producción y crédito en la reproducción del capital: Petróleos de Brasil (PETROBRAS), Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES), Banco do Brasil, entre otros.

Bajo la dirección del presidente Lula da Silva se configuró el llamado *lulismo*, una política por la cual se impulsó, con todo el apoyo del Estado, al agronegocio de *commodities* de exportación, se dio trato especial a las inversiones extranjeras basadas en mega grupos empresariales donde también existía capital interno, como la industria de los frigoríficos, electrodomésticos, minería, aviones, militar, etc. Se apoyó también a la industria interna de construcción, a las empresas estratégicas del desarrollo nacional y a la generación de energía renovable. Todo ello se sintetiza en apoyar con las medidas económicas estatales los procesos económicos de acumulación que producen alto rendimiento de capital, generan impuestos y participan en la expropiación de recursos naturales y humanos que se producen en el Brasil y en la región sudamericana (Fontes, 2010). Brasil expande su influencia en un mercado interno y a partir de ello también en un mercado regional de bienes, capitales e inversiones que afecta al conjunto de países de esa región.

El estudio que llevamos a cabo tuvo como punto de partida explorar los datos económicos y las decisiones políticas concretas, conocer los planteamientos políticos y estratégicos en relación a la situación histórico-política y económica del Brasil, aquilatar las políticas que dinamizaron el crecimiento y afianzaron la cohesión social, para evaluar el proceso a la luz del papel y peso del capitalismo privado y de la economía estatal, conocer las políticas, la orientación y el dinamismo económico actual, a la luz de la crítica de los autores brasileños relevantes pertenecientes a distintas disciplinas. Conllevó conocer los orígenes del debate, estudiar y analizar sus argumentos fundantes, sus desarrollos, sus corolarios, sus conclusiones y consecuencias. Se dio atención prioritaria a las polémicas actuales, especialmente a la existente entre los autores críticos que aportan una perspectiva basada en el pesimismo de la inteligencia.

Las políticas de regulación

En 2003, Brasil se proyectó al mundo como un país empeñado en cambiar las políticas de neoliberalismo salvaje que inundaron a América Latina en los últimos 30 años del siglo XX. Es de todos conocido que la propia Comisión Económica para América Latina, la CEPAL, caracterizó la situación económica y social de la región en los años 80 y 90 como de “décadas perdidas” (CEPAL, 1986, No. 54; Arancibia, 1990) aludiendo al nulo crecimiento económico y a la duplicación de la pobreza en los países de la región (González, 2006).

El gobierno de Luz Inácio Lula da Silva, apoyado con una amplia coalición de partidos de centro (*centrão*), dado que no contaba con la mayoría del congreso, adoptó, sin embargo, desde el inicio una política de retomar elementos de regulación económica y social del Estado sobre la economía (intervención activa del gasto público con subsidios a la producción y exportación, políticas sociales de combate a la pobreza, etc.) que tuvo importantes resultados a lo largo de sus dos períodos (2003-2006, 2007-2010). Dicha política, empero, no significó de por sí reducir la tasa de apertura de la economía ni ampliar la propiedad estatal o las leyes de protección a la producción interna. Fue una política de *regulación suave* que sin embargo generó resultados impresionantes, especialmente en los rubros de crecimiento del Producto Interno Bruto, de las exportaciones y del saldo exportaciones/importaciones y de inclusión social, todo en el marco de una extraordinaria coyuntura internacional favorable:

El elevado crecimiento de las exportaciones constituye, sin duda, una de las características destacadas de la economía brasileña en el período 2003-2006. (...) eso ocurre en el contexto extraordinariamente favorable de la economía mundial. La tasa media de crecimiento del valor de las exportaciones es de 4.3% en 1995-1998, 4.5% en 1999-2001 y 23% anual en el período de 2003-2006 (Filgueiras, 2007:73).

Lo anterior generó una imagen de notoria diferencia con la situación previa de los gobiernos anteriores (el saldo entre exportaciones/

importaciones en 2006 fue de 46,2 billones de dólares), lo cual llevó a alejar la crisis de autoridad del gobierno anterior y a una tranquilización de los grupos capitalistas internos y externos. El nuevo grupo gobernante se encargó de propagandizar sobremanera los magníficos datos. Tres aspectos exitosos de los gobiernos Lula fueron especialmente dados a conocer: el crecimiento del PIB, el elevado crecimiento de las exportaciones y los efectos sociales del programa de seguridad alimentaria, cuyo eje fue un subprograma de apoyo económico a las familias de escasos recursos denominado bolsa (beca) familia. Los indicadores son evidentes por sí mismos tanto en las tasas de crecimiento económico, en la balanza comercial y los sectores sociales atendidos por los programas.

En los anuarios estadísticos de la CEPAL desde 2000 hasta 2013, se constata con datos la certidumbre de un cuadro de país en recuperación proyectada por el gobierno de Brasil. Con una población de 201 millones de habitantes en 2010, Brasil registró una población económicamente activa (PEA) de 102 millones de personas y generó un Producto Interno Bruto que evolucionó drásticamente y rápidamente de 2005 a 2012 (882 044 millones de dólares en 2005, 1 366 852 en 2007 y 2 249 090 en 2012).¹ Así mismo, las tasas de reducción de la pobreza evolucionaron, de ser el 55% de la población en esa situación en 2000, hasta el índice de 32% en 2012.² Por otro lado, el analfabetismo se redujo de 14.7% en 2000 a 9.6% en 2012. Y sorprende también la evolución de las exportaciones: de 55 mil millones de dólares en 2000 pasaron a 137 mil millones en 2006, en tanto que las importaciones fueron de 55 mil millones a 91 mil millones, con un saldo favorable a Brasil en 2006 de 46 mil millones (Filgueiras, 2007:73).

¹ Para evaluar ese crecimiento inédito de Brasil se puede contrastar con la evolución del PIB mexicano. En 2005, México tenía un PIB de 864 809 millones de dólares, en 2007 de 1 043 124 y en 2012, de 1 181 833. Es decir, que mientras en 2005 el PIB de Brasil era sólo mayor que México en 17 235 millones de dólares, para 2012 era mayor 1 067 263 dólares (CEPAL, Anuario estadístico, 2013)

² Mientras que en México la pobreza en el año 2000 era de 54% y en 2012 de 43% (CEPAL, Anuario estadístico, 2013)

Analizando con más cuidado los componentes de la evolución del PIB y las exportaciones e importaciones de Brasil, se aprecia que las exportaciones de productos primarios aumentaron de 2007 a 2012 pasando de 51% al 65% y las exportaciones de productos manufacturados decrecieron de 2007 a 2012 de 48.3% a 34.7%.³ Es decir, mucho del crecimiento del Producto Interno Bruto tiene relación con la producción y exportación de productos primarios, en tanto que la producción y exportación de productos manufacturados constituye un componente menor (datos del anuario estadístico de la CEPAL 2013). Esto sería denominado posteriormente por Leda Paulani como un fenómeno de avance hacia una “dependencia redoblada” (Paulani, 2012).

No obstante la imagen propagandizada por los gobiernos de Lula-Dilma (2003-2015), de haber realizado grandes cambios, la relación capitalismo y Estado no se modificó estructuralmente, siguió vigente el *modelo de capitalismo liberal periférico* que se instaló ya previamente en los períodos de Henrique Cardoso (1994-2002) y cuyos rasgos principales fueron: “liberalismo económico; vulnerabilidad externa estructural y dominación financiera” (Gonçalves, 2013) y, “no obstante las medidas intervencionistas, las directrices estratégicas incluyeron la liberalización de las relaciones económicas con el resto del mundo, desregulación y privatización” (Gonçalves, 2013).⁴

³ Cabe mencionar que en México las exportaciones de productos primarios decrecieron de 2007 a 2012, pasando de 27.3% a 25% y las exportaciones de productos manufacturados pasaron en el mismo período de 75% a 72.7%. Pero es de suponer que ese porcentaje alto incluye el componente de las maquiladoras.

⁴ A decir de Gonçalves, “el modelo liberal periférico tiene tres conjuntos de características que lo marcan: liberalización, privatización y desregulación; subordinación y vulnerabilidad externa estructural; y dominancia del capital financiero. El modelo es liberal porque está estructurado a partir de la liberalización de las relaciones económicas internacionales en las esferas comercial, productiva, tecnológica y monetario-financiera; de la implementación de reformas en el ámbito del Estado (en especial en el área de la seguridad social) y de la privatización de las empresas estatales, que implican la reconfiguración de la intervención estatal en la economía y el sociedad; y de un proceso de desregulación del mercado de trabajo, que refuerza la explotación de la fuerza de trabajo. El modelo es periférico porque es una forma específica de realización de la doctrina neoliberal y de su política económica en un país que ocupa

Las conclusiones de la escuela crítica de economía política de Brasil son drásticas:

la mejora de los indicadores de vulnerabilidad externa coyuntural de la economía brasileña, a partir de 2003, es resultado de un contexto internacional extraordinariamente favorable. En cuanto al ajuste externo, no hay motivos para atribuirle méritos específicos a la conducción de política económica del gobierno Lula. Al contrario, este gobierno mantuvo la misma política económica del gobierno anterior, siendo responsable por la pérdida de la extraordinaria oportunidad creada por el contexto internacional pos-2003, lo que hubiera permitido colocar al país en una trayectoria de desarrollo económico estable y dinámico (Filgueiras, 2007, p. 20).

Para los autores mencionados (Filgueiras, Gonçalves) no sólo se perdió una valiosa oportunidad coyuntural de hacer cambios de fondo, sino que se reforzaron las estructuras de producción y los patrones de inserción internacional retrógrados, “que tienden a aumentar la vulnerabilidad externa estructural del país” e involucran “la reprimarización de las exportaciones, con la creciente participación de productos primarios en el valor de las exportaciones”, además de que “hay una pérdida de posición relativa de productos de exportación con mayor intensidad tecnológica. Las ganancias relativas han ocurrido en los productos de bajo contenido tecnológico y en los productos intensivos, en recursos naturales” (Filgueiras, 2007: 21). Y no únicamente eso, sino que los ingresos por exportación del agronegocio no se han canalizado a la transformación productiva interna, y más bien se han dispuesto para satisfacer los compromisos adquiridos con el capital financiero:

una posición subalterna en el sistema económico internacional, o sea, un país que no tiene influencia en la arena internacional, al mismo tiempo en que se caracteriza por una significativa vulnerabilidad externa estructural en sus relaciones económicas internacionales. Y, para finalizar, el modelo tiene al capital financiero y a la lógica financiera como dominantes en su dinámica macroeconómica” (Gonçalves, 2013, p. 57).

Los gobiernos de Cardoso y Lula propiciaron al capital financiero más de un trillón de reales en intereses de la deuda pública, lo que correspondió a una media de 8% del PIB en el segundo gobierno de Cardoso y a 8.2% en el primer gobierno Lula. En éste último, las elevadas tasas de interés practicadas llevaban consigo el pago de 590 mil millones de reales en intereses, cantidad 61% mayor de lo acumulado entre 1999 y 2002 (Filgueiras, 2007, p. 23).

Las políticas progresistas de continuidad de la economía integrada y subordinada a la globalización neoliberal terminaron por ratificar la característica dependiente de la base estructural capitalista. No contribuyeron a que el Brasil avanzara a una situación nueva de mayor autonomía económica en el orden mundial. La investigación demuestra que, por el contrario, la dinámica de la acumulación de Brasil en los últimos 12 años siguió centrada en torno del eje del capital financiero y si bien desde 2003 hubo crecido el peso del agronegocio, éste se evidenció como productor y exportador de bienes con altos contenidos de materias primas y poco uso de ciencia y tecnología en su composición. La producción de manufacturas con alto contenido agregado de insumo tecnológicos y con mano de obra especializada fue muy baja e incluso decreció en todo este tiempo del progresismo:

En el gobierno de Lula, además de desindustrialización, des-substitución de importaciones y reprimarización, hubo también el proceso de una mayor dependencia tecnológica. El indicador utilizado es la relación entre los gastos con importaciones de bienes y servicios intensivos en tecnología y los gastos con ciencia y tecnología en el país. Esa relación aumentó de 2,4 en 2002, para 3,7 en 2010. Fenómeno ese que se aplica tanto a productos de las industrias de media y alta tecnología como a servicios tecnológicos. En realidad, desindustrialización, des-substitución de importaciones y primarización pueden ser vistos como determinantes de mayor dependencia tecnológica o de un retroceso relativo del sistema nacional de innovaciones. También cabe notar el extraordinario aumento del déficit tecnológico, definido como la diferencia entre, de un lado, el valor de las importa-

ciones de bienes altamente intensivos en tecnología y un mayor valor agregado y de los servicios tecnológicos (computación, royalties y alquiler de equipos) y, de otro, el valor de las exportaciones de estos bienes y servicios. Ese déficit (media móvil de 4 años) aumentó significativamente de 19 mil millones de dólares en 2002, para 60, 7 mil millones en 2010. En 2010 el déficit tecnológico alcanzó los 85 mil millones de dólares (Gonçalves, 2013, p. 94).

La competitividad de la industria brasileña es mayor en los productos de intensidad media en mano de obra calificada y tecnología; descendió en los productos intensivos en mano de obra y en la producción de manufacturas. La venta de éstas últimas en el mercado mundial no sufrió grandes modificaciones, aun cuando a partir de 2008 se observa una pérdida de competitividad en algunas ramas industriales, llegando a ser *el índice de competitividad* de 94 en 2010, con relación a 100, del punto de medición del año 2000. En las otras ramas pudimos ver que el índice bajó a 78 en productos intensivos en mano de obra y recursos naturales, a 96 en productos con baja intensidad de mano de obra calificada y tecnología; subió a 106 en productos con intensidad media en mano de obra calificada y tecnología; a 88 en productos con intensidad alta en mano de obra calificada (Gonçalves, 2013, p.102).

La situación de la producción industrial durante el gobierno de Lula se puede apreciar en los propios datos de los componentes de la exportación: de 2003 a 2006 hay un descenso similar de la participación de industrias extensivas en mano de obra y de las industrias intensivas en tecnología. La participación de los productos con mayor intensidad tecnológica se redujo de 28% en 2002 a 26.2% en 2006 (Filgueiras, 2007, p.81). Esa situación lleva a la *Escuela de economía crítica* a plantear la pérdida de avance en el ámbito tecnológico:

no hay duda de que el padrón dominante de las exportaciones brasileñas está caracterizado por el bajo contenido tecnológico. Los productos industrializados de baja y media baja intensidad techno-

lógica representaron el 72.1% del valor total de las exportaciones en 2003-2006. (...) En su conjunto, se evidencia que el patrón de las exportaciones brasileñas se caracteriza por la presencia dominante de productos intensivos en recursos naturales y por el bajo contenido tecnológico de los productos industrializados. Dicho patrón no sufrió alteraciones significativas en el gobierno Lula. En realidad, la evidencia apuntó para el aumento de la reprimarización de las exportaciones, con un peso creciente de las *commodities* en la evolución de los ingresos de exportación (Goncalves, 2007, p.81).

Con respecto a los veinte principales productos de exportación, siendo significativamente alto el componente de productos industriales, su expresión está localizada en pocos productos y, lo que es peor, evidencia un retroceso general de la productividad del sector industrial:

En el conjunto de estos productos, para el año de 2005, nueve son clasificados como básicos (con, aproximadamente, 1/3 del valor acumulado de los principales productos), tres como semi manufacturados y ocho como manufacturados. Entre estos últimos, apenas dos son considerados de alta intensidad tecnológica (aviones y aparatos transmisores o receptores y componentes) (...) sin embargo, las exportaciones continúan centradas, esencialmente, en productos de intensidad tecnológica baja y media baja y en productos no industrializados. En los de alta intensidad tecnológica la diversidad es muy pequeña, hubo pérdida de participación relativa en el período más reciente y el crecimiento del valor de sus exportaciones se debe, fundamentalmente a apenas un producto: el conocido caso de los aviones –que asume gran relevancia exactamente porque es la excepción (...). El proceso de especialización retrógrada de las exportaciones brasileñas resulta, en gran medida, del retroceso del sector industrial del país. Ese retroceso (...) no significó, en general, destrucción de la industria, sino la pérdida relativa de la importancia del sector industrial en el producto: reducción de la participación en el PIB, (...) pérdida de la participación relativa del empleo industrial (Filgueiras, 2007, p. 84).

La disminución de la importancia del sector industrial en la economía de Brasil confirma la aseveración de Leda Paulani, en el sentido de que, bajo los gobiernos Lula, la economía retrocedió hacia una situación de dependencia redoblada (Paulani, 2012). Filgueiras confirma esta apreciación:

El retroceso industrial ocurrido en Brasil puede ser observado a partir de tres aspectos: i) el país está atrasándose en relación a los países emergentes de mayor dinamismo, dado que no está consiguiendo acompañar la evolución de la industria y de los servicios industriales modernos, que viene aconteciendo en estos países; ii) la industria de transformación dejó de “jalar” a la economía y no fue sustituida por ningún otro sector con el mismo dinamismo y la misma capacidad, lo que conlleva tasas pifias de crecimiento del PIB; iii) ocurrieron cambios en la estructura industrial que evidencian pérdida de segmentos industriales importantes (por ejemplo, material eléctrico y electrónico, desarticulación de cadenas productivas y especialización más fuerte en sectores intensivos en recursos naturales. Debido a esa especialización industrial, el dinamismo del sector depende, en los últimos años, de un menor número de actividades industriales (Filgueiras, 2007, p.84).

Otro aspecto a destacar es que bajo el período de los gobiernos Lula-Dilma, se mantuvo el proceso que llevó a *incrementar el índice de concentración de capital industrial y financiero* en Brasil:

En el período de 2003-2010 hay evidencia de una mayor concentración de capitales en el conjunto de las 500 mayores empresas del país. (...) Incluso cuando se descuenta el efecto de las tres mayores empresas del país en 2010 (Petrobras, BR Distribuidora y Vale) se verifica el coeficiente de concentración, visto que la participación de estas tres empresas en el conjunto de las 50 mayores se elevó de 30.3% en 2002 para 33.0% en 2010” (Gonçalves, 2013, p.105).

Esta concentración se articuló a la expansión transnacional del capital. Esto sin menoscabo de que, en Brasil, como sostienen diversos

autores consultados, sigue siendo el mercado interno el más relevante, aunque haya reducido su importancia en la formación del Producto Interno Bruto.

La desnacionalización de las grandes corporaciones industriales es también en ese sentido una característica notoria del proceso brasileño de concentración:

importantes segmentos industriales fueron afectados con ventas y fusiones de empresas nacionales (privadas y públicas) para el capital extranjero (desnacionalización) o con la reconversión de sus actividades en condición de montadoras de componentes importados (...) El capital internacional y los grandes grupos económico-financieros nacionales, que consiguieron transnacionalizarse, aumentaron su participación en la economía y su poder político (Filgueiras, 2007, p.88).

Y con relación a los procesos concomitantes de concentración y desnacionalización, Gonçalves comenta:

De hecho, este aumento de la concentración (CR 50) fue consecuencia, en gran medida, de la participación relativa de las empresas extranjeras en las ventas totales de las 500 mayores empresas. La participación de las empresas extranjeras en el núcleo central del capitalismo brasileño creció de 17.6% en 2002 para el 19.6% en 2010. O sea, hubo dos procesos simultáneos: concentración y desnacionalización (Gonçalves, 2013, p.106).

En términos de la relación entre activos de extranjeros en Brasil y activos de Brasil en el exterior (es decir capitales exportados) cabe señalar que los primeros son mayores que los segundos, y para 2010, Brasil tenía 617 mil millones de dólares en activos fuera del país, mientras que los inversionistas externos en Brasil llegaban a tener 1 205 mil millones de dólares, lo cual significa una desventaja para Brasil de 885.8 mil millones de dólares (Datos del Banco Central de Brasil)

Un argumento de los autores que sostienen la tesis de que la alta monopolización de la economía brasileña ha creado un capital financiero propio que se está volcando hacia la región de América del Sur, es la exportación de capitales en el exterior (Fontes, 2010; Zibechi, 2013). Los datos de Gonçalves demuestran que la exportación de capitales hacia América del Sur está constantemente en desventaja con la transferencia de recursos que salen de Brasil hacia los países centrales, lo que alcanza una relación de casi el doble hacia estos últimos. Además, está la cuestión del significado de las tasas de retorno en relación con la vulnerabilidad estructural de Brasil:

Las empresas extranjeras en Brasil tuvieron un retorno medio (expresado por las remesas de lucros y dividendos para el exterior) de 6.3% en el período 2003-2010, en cuanto las empresas brasileñas que invirtieran en el exterior tuvieron un retorno medio (expresado en el ingreso al país de lucros y dividendos) de 1.2%. Ese diferencial puede reflejar, de un lado, una mayor rentabilidad del capital en Brasil comparativamente a los países avanzados que reciben la mayor parte de las inversiones brasileñas y de otro, la menor propensión de las filiales y subsidiarias de empresas brasileñas en el exterior para remitir lucros y dividendos para sus empresas matrices en el Brasil (Goncalves, 2013, p.132).

Así entonces, no registramos en los años de los gobiernos progresistas elementos para considerar que la situación de Brasil fuese la de haber pasado a convertirse en una potencia industrial, con capacidad industrial-financiera y con alto desarrollo científico tecnológico, sin demeritar los importantes logros en los esfuerzos gubernamentales por racionalizar las políticas de apoyo a la industria, de estímulo a la concentración de capital, a la acumulación en el agronegocio, a las instituciones de educación superior formadoras en ciencia y tecnología.

Las políticas de utilización de los recursos del Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES), así como el gasto público utilizado con el Programa de Aceleración del Crecimiento (PAC)

bajo las administraciones de Lula y Rouseff no crearon tendencias de concentración de capital ni de exportación de capitales, sino que más bien fueron un estímulo de tipo de fomento al capitalismo de Estado para mantener el dinamismo del mercado interno y subsidiar el agronegocio de exportación.

Dos críticos del progresismo de los gobiernos lulistas en Brasil (Virginia Fontes, 2010 y Raúl Zibechi, 2012), hicieron un gran aporte al conocimiento de las tendencias del Brasil bajo el período de Lula, sin embargo sus datos no tienen sustentación suficiente para dar cuenta de las variaciones habidas en la realidad interna de Brasil, no obstante que dichos autores registren algunas particularidades de los procesos de concentración y exportación de mercancías y capitales al exterior y aludan a la fuerza comparativa de la industria y el capital financiero con respecto a los demás países de América Latina. El investigador brasileño, Matias Luce, registra la tendencia del capital a desplegar una política expansionista de tipo subimperialista en América del Sur a partir de los elementos de una economía secundaria (Luce, 2007).

Los inmensos recursos obtenidos por las exportaciones agropecuarias de los últimos 12 años dieron aliento y recursos a las políticas del programa de seguridad alimentaria y hambre cero, viabilizados como programas destacados de los gobiernos Lula-Rouseff. Relacionadas con la entrega de recursos monetarios y estímulo a la pequeña y mediana producción agrícola, significaron una atención focalizada a más de 10 millones de brasileños, con repercusión de mejoramiento social y propiciaron el paso de la indigencia y precarización a la de trabajadores con ingresos para cerca de 45 millones. Ese éxito tuvo un sentido sociopolítico que fue evaluado por los partidos políticos adversos al PT como clientelar, pero fuera de la valoración sociopolítica del programa, la masificación del mismo y su vinculación con formas organizativas amplias y horizontales, logró apoyar el dinamismo del consumo con repercusiones positivas para la producción orientada al mercado interno.

Relación Estado-economía-formas políticas

¿Qué repercusiones tuvieron las políticas económicas del lulismo en los fenómenos profundos de la dependencia de Brasil, el desequilibrio estructural, la desigualdad, la concentración y centralización de capitales?

Al valorar la relación Estado político-economía capitalista en los periodos de Lula da Silva y de Dilma Rousseff, es preciso remitirse a una pregunta inicial: ¿Cuál es el tipo de capitalismo histórico de Brasil y cómo incidieron en su movimiento la reestructuración del Estado y las nuevas políticas económicas de tales gobiernos? ¿Se avanzó en la recuperación de la soberanía y la autonomía relativa en el proceso de acumulación y en la construcción de una política propia de desarrollo del Estado, la economía y la sociedad? ¿Qué transformaciones tuvo la condición dependiente bajo la mundialización del capital y la globalización neoliberal de las relaciones de producción, circulación y consumo? ¿Hasta dónde llegó la constitución de un capital financiero brasileño y cuál es su carácter y relación con el dominio del capital financiero mundial que organiza la globalización contemporánea, dirige el poder industrial-militar, organiza la producción internacional integrada, despliega la ciencia y tecnología dominantes (electrónicos e informática) y domina las directrices económicas, políticas y culturales mundiales?

El capitalismo histórico de Brasil es desequilibrado, precario y deforme (Oliveira, 2009), a pesar del nivel alcanzado de industrialización, el dinamismo de sus empresarios, sus recursos naturales, sociales, y la evolución intelectual, política y cultural de sus élites dirigentes. Conviene recordar que en el siglo XX la modernización del capitalismo brasileño fue resultado de *un compromiso* entre las viejas oligarquías agrarias y los nuevos grupos industriales, quienes ocupando la dirección del Estado expandieron su presencia y ocuparon crecientemente el espacio principal en la acumulación urbana de capital (Oliver, 2009). La complejidad de ese compromiso (prolongado, variable, con altas y bajas) se acentuó con la participación

crecientemente dominante del capital externo, a partir de 1964, re-sintió las maniobras de los grupos políticos y económicos (Marini, 1966) y dobló la resistencia activa de las masas de trabajadores urbanos y rurales.

El proceso de formación histórico concreta del capitalismo incidió en la instauración de la dictadura brasileña (1964-84) y fue acompañado por una definición política radical de derecha, ante la ruptura del compromiso entre la burguesía y la oligarquía, con la afirmación del capital monopólico transnacional como reorganizador de las relaciones capitalistas dependientes, en las cuales, el Estado militar avalaba las ganancias extraordinarias de la empresa capitalista transnacional, el uso parcial de los excedentes y la transferencia de valor hacia el exterior, mientras promovía y garantizaba la sobreexplotación de los trabajadores en el interior y auspiciaba la política subimperialista de fomento de la exportación de mercancías y capitales y la apropiación de recursos y excedentes en el ámbito regional. La forma política temporal de esa transformación, en el período de 1964-84, fue la de un Estado de los grandes monopolios, con políticas de contrainsurgencia para doblar la resistencia popular de masas. (Marini, 1978) La dictadura brasileña no fue un proyecto de afirmación nacional, sino de dominio y explotación de los trabajadores y los recursos naturales de parte de un capitalismo cada vez más transnacionalizado y dependiente, cobijado por el imperialismo estadounidense y bajo un proyecto de tendencia subimperialista en América del Sur (Marini, 2008, Salles, 2014).

Pese a la lucha del movimiento de masas populares urbanas para exigir un Estado civil con derechos ciudadanos y la aprobación de una Constitución que incluía reivindicaciones sociales en 1988/89, el rumbo del Estado brasileño a lo largo de los años noventa dio lugar a un poder nacional financierizado, periférico y subordinado de competencia capitalista (Hirsch, 2002, Oliver, 2005). Ese Estado impuso un patrón de acumulación en todo Brasil que giraba en torno de las megaempresas transnacionalizadas y la neoexportación de especialización productiva de manufacturas, minerales y *commodities*

(Osorio, 2012), mismo que fue acompañado de una serie de contra-reformas neoliberales profundas (Bresser-Pereira, 1999).

La forma liberal transnacional periférica (Gonçalves, 2013) estimuló la acumulación monopólica. Durante los dos períodos de Fernando Henrique Cardoso esto significó políticas de privatización y fortalecimiento de grandes empresas privadas, como es el caso de la empresa minera Vale do Rio Doce, de industrias de construcción y frigoríficos, etc., a la par de la consolidación de empresas públicas como el Banco Nacional de Desarrollo Económico (BNDES) y el Banco do Brasil, o la transformación de empresas estatales en público-privadas como Petrobras y Embraer (Goldstein, 2002).

El peso de megaempresas monopólicas transnacionales se acrecentó después de la dictadura militar. Durante los últimos 24 años se instaló como forma dominante de la concentración de capital y, sin duda alguna, eso supuso la conformación de un *poder económico transnacionalizado compartido y dominante*, que incluye al gran capital público, subordinado a los procesos financieros y productivos privados, al gran capital privado productivo-comercial, con extensos vínculos con el capital externo privado, y al nuevo capital del agronegocio y de los grandes fondos de pensión, *que dio lugar a un moderno y poderoso bloque de poder capitalista compartido: industrial-urbano, extractivista, agronegocio y bancario-financiero*.

La clase capitalista brasileña no está conformada ya como en el pasado, en las fracciones constituidas principalmente por la clase capitalista industrial y la oligárquica-empresarial agraria, sino que hoy se ha constituido un bloque integrado, articulado y centralizado de un gran capital colectivo, que concentra/conjunta por la vía financiera múltiples fracciones y tiene un carácter *transnacionalizado*, articulado con un Estado que es muy permeable a sus intereses y ejerce un papel centralizador y unificador fundamental. La interrogante en términos inter-clases es qué tanto la aristocracia obrera de la CUT, con participación en la administración de los fondos de pensión, se ha constituido en otro actor global, que tiene hoy día un papel subordinado pero que comparte con el bloque capitalista colectivo la

dirección del país, cuestión que repercute, confunde y afecta en su autonomía política y en su participación con un espíritu de escisión a la clase trabajadora de las ciudades y del campo.

Lo anterior nos hace preguntarnos si los elementos anteriormente determinados explican algo de los componentes de la articulación de las formas políticas democrático- liberales con el capitalismo brasileño, que después del período dictatorial de 1964-84 ha puesto obstáculos profundos a los proyectos de Estado nacional desarrollista o a un Estado democrático popular, y, en cambio, sí ha avalado los elementos de un Estado neoliberal de competencia de democracia acorralada, que hoy se mantiene con la forma actual de *Estado capitalista con una república civil asentada en un capitalismo liberal periférico*.

En Brasil el retorno a un régimen civil conllevó una democracia civil pactada, en la que hubo una fuerte continuidad del autoritarismo y el elitismo históricos, de instituciones y leyes continuadoras de las herencias históricas oligárquico-esclavistas y reafirmadas a lo largo de los veinte años de la dictadura militar de 1964, hecho de por sí importante (Oliver, 2012. Quizá eso no explique a cabalidad el actual empate entre las fuerzas políticas con proyectos opuestos (Dias, 2007). Ello a pesar de que el retorno e implantación de la nueva relación política democrática se caracterizó por un aumento de la influencia de fuerzas políticas y sociales representativas de los trabajadores: baste el ejemplo de la CUT, el PT y el movimiento de los Trabajadores Sem Terra (MST); sin embargo, ese incremento de organización propia e influencia estatal no se tradujo en una superación de dicho empate.

Desde los años noventa prevalece en Brasil el modelo capitalista liberal periférico dependiente, por medio del cual se ha procesado la inserción subordinada a la globalización mundial neoliberal, pero lo ha hecho a partir de sus propias bases de acumulación transnacionalizada. En su momento la problemática fue valorar qué capacidad había en la formación social brasileña para articular el Estado capitalista sustentado en el modelo liberal periférico con un gobierno del Partido de los Trabajadores (PT) que para ello puso sus propios límites en la reseñada Carta al pueblo brasileño de 2002.

El programa capaz de resolver la problemática se basó en canalizar la resistencia popular al mejoramiento social sin afectar el proceso de avance del capitalismo transnacionalizado en Brasil. Premisa para ello fue que la transición previa al Estado civil de los años noventa no logró expresar una influencia dominante de un proyecto social popular, como expresión de un bloque popular, sino que al separarse la conquista de la democracia del proceso económico, en este último siguió dominando el bloque de fuerzas estructurado alrededor del capital transnacionalizado, frente al cual las fuerzas populares y el proyecto del PT no desplegaron una política de hegemonía propia, sustentada en un proyecto de democracia popular que considerara la transformación del capitalismo brasileño en una economía social y estatal que sustentara un capitalismo de Estado con sentido social y orientación política de transición.

Cabe resaltar que no fue una cuestión llana: por primera vez en su historia durante la resistencia a la dictadura y bajo el nuevo Estado surgido en 1988, las fuerzas populares brasileñas asumieron como propia la lucha política por la democracia, lograron junto a las clases y fuerzas políticas de los sectores medios y sectores de la burguesía el retorno a un Estado civil y social avanzado, pero el asunto de fondo es qué tanto en su programa de transformaciones se incluyó la búsqueda de un cambio en la relación de fuerzas. Por su parte el capital financiero que se acrecentó bajo la dictadura dio lugar a procesos de centralización y concentración de capital subordinadas e integradas al capital imperialista mundial. La reproducción y acumulación de capital monopólico se presentó con la figura aparente de modernización económica y, tanto el Partido de los Trabajadores como el gobierno progresista, aceptaron el entrelazamiento de dicha modernización con una globalización neoliberal capitalista transnacional.

En los años noventa, previo al gobierno de Lula, triunfó política e ideológicamente el bloque económico político dirigido por el Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB) cuya dirección vivió una crisis moral y económico-política desde el inicio del segundo gobierno de Henrique Cardoso (1999-2002) a raíz de que se conoció

que el presidente Cardoso había ocultado elementos graves de una crisis económica en términos de la deuda pública. Crisis que sería resuelta parcialmente por un sector de las clases trabajadoras, que logró conquistar los órganos del Estado y tener un gran peso en la determinación de los fondos públicos y sindicales de pensión a partir de 2003, en que la fuerza del partido de los trabajadores y la Central Única de Trabajadores logran el acceso al gobierno con el presidente Lula da Silva, y se continúan bajo la segunda y corta presidencia de Dilma Rousseff.

Estado y capital

El discurso liberal sobre el Estado mínimo parte de que el Estado es una entidad diferente y separada orgánicamente del mercado y de la sociedad civil, conlleva la noción de que Estado y Capital son formas y ámbitos separados, en cierta medida ajenos (Bresser Pereira, 1999). Sin embargo, en realidad el Estado es siempre la unificación del capital, una síntesis de la relación capital-trabajo y de la relación capital-sociedad, aun cuando se constituyen en ámbitos que pueden ser analizados por separado, Estado y sociedad civil son el resultado de la capacidad de la sociedad civil de articularse y corresponderse con un proyecto político universal triunfante en el Estado (sumatoria de sociedad política y sociedad civil) (Marx, 1986; Gramsci, 2000, C13). El Estado moderno capitalista es la *forma* de la relación de capital, aun cuando su construcción concreta nacional sea también histórico-política y haya sido moldeada por fuerzas históricas y políticas que disputan proyectos políticos-culturales (Oliver, 2012).

Bajo la mundialización del capital, el Estado capitalista brasileño, centralizó y concentró de manera desigual y combinada las relaciones capitalistas en expansión en el país. En esa medida el Estado fue procesando nuevas maneras de acrecentar la acumulación de capital y establecer el dominio interno del capital financiero dominante en el conjunto de la economía social.

En el caso de Brasil, el Estado capitalista dispuso de grandes fondos públicos (entre otros los del Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social y los del propio gobierno), de leyes aprobadas por las cámaras, que en afán de abrir la economía al exterior establecieron beneficios para las inversiones, propiciaron la concentración de capitales y la expropiación de la fuerza de trabajo y recursos naturales. Destacan decretos presidenciales que bajo el gobierno de Fernando Henrique Cardoso privatizaron las grandes empresas públicas y aceleraron la integración del capital externo a la propiedad de las grandes empresas. Los gobiernos de Lula da Silva y Dilma Rousseff estimularon la inversión externa y la financierización de la economía con la utilización de fondos estatales, para acrecentar la acumulación en distintas áreas económicas.

El capitalismo es siempre capitalismo estatal, esto es, el Estado unifica la economía, sintetiza, organiza, regula, dirige la producción social, la privada, la mixta, la producción de bienes intermedios básicos y materias primas, los apoyos en energía, ciencia y tecnología, para apoyar la acumulación (Gonçalves 2013; Fontes, 2010). Es el Estado unificando y fusionando intereses, haciendo políticas económicas nacionales y políticas públicas amplias; y es el capital ejerciendo su peso e influencia en los órganos del Estado, a través de los múltiples *lobbies* burocráticos y estableciendo las condiciones y los medios, en los que los empresarios influyen en las decisiones públicas y sacan adelante sus intereses por medio de las concepciones y el proyecto de las fuerzas políticas dominantes en un determinado momento, aunque tengan que pasar por el filtro de lo general.

La caracterización del Estado como afirmación de una determinada forma productiva de la economía social (Gramsci, 2000, C.10 II, §61), se complementa con las políticas de regulación del proceso de acumulación, por parte de la burocracia política dirigente del Estado, pues con ellas legitima como nacional y social el interés económico particular, especialmente de las grandes empresas capitalistas y de los fondos del capital financiero. Y, justamente, la instituida separación entre política y economía, entre proceso económico y políticas

económicas, entre democracia y reproducción económica del capital es lo que permite que un determinado gobierno actúe como expresión particular *social* del dominio del capital.

En la fase monopolista financiera del capital, el capitalismo se presenta como *Estado nacional financiero capitalista de competencia* que prioriza la valoración del gran capital mundial (Carvalho, 2015; Fontes, 2010; Hirsch, 2002). En la primera década del siglo XXI, el capitalismo de Estado en Brasil se reconstituyó como el soporte de la autonomía relativa de los mega grupos capitalistas internos, que combinan su carácter transnacional, la utilización de la técnica y la tecnología externa con la interna y que se apoyan tanto en el trabajo calificado de algunas empresas como en el trabajo informal, en la superexplotación de mano de obra interna y el despojo de recursos naturales y que incluso, han contado para ello con las políticas de subsidio y apoyo de los gobiernos en turno, en tanto órganos del Estado que subsidian la acumulación (Zibechi, 2012).

En Brasil ese subsidio ha sido canalizado por cuatro vías:

- a) La directa, de apoyar con recursos financieros estatales directos a los emprendimientos de expansión de las megaempresas, a los grupos del agronegocio productor de *commodities* exportables.
- b) La indirecta, a través del subsidio al consumo, al empleo y por medio de las políticas de incremento del salario, con compensación estatal en políticas de vivienda, educación y salud.
- c) A través de la inversión estatal en proyectos energéticos y por medio de políticas de modernización de las comunicaciones y el transporte interno e internacional.
- d) A través del despliegue de políticas internacionales regionales y mundiales para abrir camino a la exportación de mercancías y capital. En este caso, por medio del Mercosur, los acuerdos económicos sudamericanos y los BRICS.

Particular importancia tuvieron, en cuanto al apoyo estatal, la reinversión interna de capital y el estímulo a la concentración de

capitalistas en mega grupos a lo largo de los últimos veinte años y que está articulada e la inversión interna y externa de capital y a los procesos de acumulación por expropiación (Fontes, 2010; Zibechi, 2012).

A partir de esta realidad nos preguntamos: ¿qué aporta la noción de dependencia en cuanto a caracterizar la actualidad del capitalismo brasileño? ¿Ha sido superada y sustituida en la realidad del capitalismo brasileño por una capacidad estructural de autonomía basada en el desarrollo de la rama I de la producción? ¿O bien se expresa en un nuevo tipo de integración imperialista regional, que da un margen para una política estatal de autonomía relativa en la búsqueda de socios comerciales, mercados para los productos de exportación, en la producción de ramas propias, en la articulación de proyectos subregionales de integración?

En toda la discusión hay un elemento estratégico importante que se refiere a los esfuerzos estatales por impulsar la formación acelerada y efectiva de trabajadores e intelectuales orgánicos del gran capital: analistas simbólicos, dirigentes de alto nivel de empresas y organizaciones, cuerpos directivos de la sociedad y de la política, y los medios de educación y comunicación que apoyan la reproducción capitalista, la acumulación de capital a partir de la productividad (plusvalía relativa) y la autonomía de valorización del capital brasileño en el marco de la lucha internacional por la competitividad (Marini, 2008).

Pero el apoyo a la educación superior no se encaminó directa e inmediatamente sólo a apoyar la capacidad del capital transnacionalizado o nativo. El esfuerzo de los gobiernos Lula y Dilma llevó a que las instituciones estatales de educación superior de posgrado alcanzaran 5500 posgrados, número inédito en América Latina y, a que se canalizasen importantes apoyos a la internacionalización de estos.⁵ Así, la formación y titulación de doctores y maestros en Brasil

⁵ . Dato de la conferencia del Dr. Lívio Amaral, director de evaluación de la Coordinación de Perfeccionamiento del Personal de Nivel Superior (CAPES), del Ministerio de Educación (MEC), impartida en el Instituto Latinoamericano de Estudios Avanzados (ILEA), de la Universidad Federal de Rio Grande del Sur (UFRGS), el 17 de octubre de 2014.

es altamente significativa. No obstante, como señalan Sobrinho y Brito (Sobrinho, 2008, p. 490), esa política adolece en los espacios privados de una desviación mercantil lucrativa que disminuye la calidad y matiza los resultados de los esfuerzos estatales pues el 92 % no realiza investigación, lo que sin embargo no demerita los grandes logros formativos para el proyecto de modernización económica. Ese énfasis en la formación científico-técnica de personal de educación superior no es exclusivo de Brasil pues países como Argentina, Chile, Venezuela y México se caracterizan por esfuerzos similares sin logros tan altos como los de Brasil.

Programa, proyecto y masas

La mayoría de las veces, la discusión sobre el proyecto brasileño del lulismo se basa en un debate sobre las características de su programa nacional, su política económica, por lo cual se genera un debate lineal y abstracto respecto de las relaciones de fuerzas, acerca de si lo que caracteriza a los gobiernos liberales-sociales desarrollistas como los de Lula y Dilma son su neodesarrollismo limitado o acoplado a las tendencias de la globalización, su entreguismo burgués a la conciliación de clases, su liberalismo periférico como política, su cesarismo, etc. Para ello se argumentan los elementos de programa limitado de transformaciones económico-sociales o político-culturales que serían dominantes de las políticas gubernamentales o de la orientación del bloque de poder dirigente respecto de los modelos.

Pero la cuestión de fondo va más allá del programa, totalmente condicionado por el fuerte dominio de los grupos del capital sobre la economía social y por el peso que siguieron teniendo los grupos de poder en ámbitos como los medios, el poder judicial, el congreso. Respecto de la caracterización del programa, hay argumentos en el sentido de que en la orientación central de los gobiernos Lula y Dilma hubo una política de “hegemonía al revés” (Oliveira, 2010), en la medida en que el gobierno de centro- progresista realizaba el

programa histórico-político de modernización liberal de la grande burguesía brasileña, el programa liberal periférico (Gonçalves, 2013): ordenamiento fiscal y ajustes estructurales, apoyo a las privatizaciones, políticas sociales de estímulo al consumo y de inclusión de los sectores bajo la línea de pobreza y políticas públicas de subsidio directo a los grupos de mega empresarios del sector bancario, minero, de la construcción, manufacturero, automotriz y del agronegocio, e indirecto, a la acumulación del grande capital con las políticas energéticas, de comunicación y transporte, y de ciencia y tecnología, así como un comportamiento de connivencia con el capital financiero.

Dado que ese programa práctico se llega a plantear como un progresismo al revés, incluso por hacerlo cooptando, para la política moderada, a los dirigentes de trabajadores (burocracia obrera) que se benefician por el acceso sindical a los fondos de pensión. Se propone, desde esas lecturas, que esos gobiernos autocalificados de “progresistas” son en realidad de verdadera derecha. Otros estudiosos desacreditan de inicio toda discusión argumentando que, en tanto no hay un programa socialista, no hay nada que debatir y se trata de gobiernos capitalistas neoliberales sin más (Chesnais, 2005; Zibechi, 2012).

El problema de una discusión que se basa en los modelos y programas en sí, y que debate sólo en el terreno ideológico sobre la filiación ideológica de izquierda, de centro o de derecha, es que las cuestiones de programa no son suficientes para valorar críticamente lo que proponen respecto de las relaciones sociales o de las relaciones de fuerza, si no les relaciona con el proceso histórico, con la acumulación y reproducción del capitalismo y sobre todo con la organización, participación y autonomía política de las masas. En ese sentido, los autores que parten de estudiar el proceso capitalista existente en Brasil, el bloque de poder dominante, la situación del Estado en su sentido integral (sociedad política y sociedad civil) y la enajenación político cultural de las masas, sostienen argumentos más sólidos. Tales son los casos de Virginia Fontes, Armando Boito, Matias Luce, Theotônio dos Santos, Fernando Prada.

No me parece suficiente aludir sólo a la política económica y social, a la intervención macro o microeconómica del Estado, ni tampoco el análisis del proceso de reproducción, concentración y centralización del capital, los patrones de acumulación, los procesos de valorización a partir de las múltiples formas de expropiación y desposesión social; sino que, el cuadro adecuado para caracterizar a una fuerza política, un gobierno o una política, radica en el estudio *de la relación* del rumbo económico y las políticas de regulación (el movimiento orgánico del capitalismo) con la fisonomía y dinámica de las formas políticas, esto es, con respecto al bloque de poder dominante, su dominio de la sociedad política y la sociedad civil y su capacidad dirigente que cristaliza ese proceso (Gramsci, 2000, C13, §17). Señala Gramsci acertadamente: “*relaciones* [cursivas añadidas] entre la estructura y la superestructura. Este problema me parece el problema crucial del materialismo histórico” (Gramsci, 2000, C4, §38).

Así, para valorar el carácter profundo de una fuerza política respecto del tipo de desarrollo capitalista nacional y del gobierno que lo impulsa, no es suficiente ni adecuado *teóricamente*, considerar si son socialistas, progresistas, innovadoras y justas las políticas económicas de apoyo al crecimiento económico, de pago de la deuda externa, de equilibrio fiscal, de estímulo a la producción de empresas brasileñas, así como las nuevas políticas sociales de empleo, vivienda, salud, educación, servicios, apoyo al consumo, regulación estatal y de recuperación de la soberanía relativa en los proyectos regionales y las relaciones internacionales.

La caracterización del sentido histórico del proyecto (modelo o programa) de un Estado y de un gobierno, es resultado de establecer la relación de organización y conciencia autónoma de las masas y de correspondencia entre sociedad política y sociedad civil con el proceso capitalista de acumulación y reproducción existente, con los bloques sociales y políticos dominantes y dirigentes, que contribuyen a sostenerlo y expandirlo, tanto económica como política y culturalmente. En ese sentido, cabe recoger como central lo planteado por Luiz Filgueiras y Reinaldo Gonçalves en su libro *A economia*

política do governo Lula (Filgueiras, 2007) para la caracterización del dominio del capital financiero en el proceso capitalista y de la nueva política dirigente brasileña:

El objetivo (...) es analizar la naturaleza y la composición del actual bloque de poder dominante, evidenciando su relación orgánica con el modelo liberal periférico y la política macroeconómica aplicados por el gobierno Lula. La cuestión central es discutir los factores que explican por qué ese gobierno, en lo fundamental, siguió el mismo camino que el que lo precedió, dando nueva legitimidad a un modelo económico –y a su política macroeconómica– que, desde el punto de vista político, al final del segundo gobierno de Cardoso, parecía en estado terminal. (...) En la primera sección se examina el origen del actual bloque dominante de poder y su composición. Se destaca el papel protagónico desempeñado por el capital financiero y sus intereses en el avance del proceso de desregulación y liberalización financiera, así como en la mantención de las políticas macroeconómicas de intereses altos y de elevados superávits fiscales primarios. (...) Se analiza el transformismo del gobierno Lula, que se expresa en la mantención de las líneas generales de la política macroeconómica del segundo gobierno Cardoso. Durante el gobierno Lula, el modelo dominante es reforzado. Se sostienen en primer plano los intereses y la política económica del capital financiero. La similitud con el segundo gobierno Cardoso también está en el hecho de que, en el gobierno Lula, las exportaciones continuaron a ser la variable fundamental de ajuste de las cuentas externas. (...) Se discute el argumento de que la lógica financiera y la naturaleza concentradora y excluyente del modelo liberal periférico le imponen serios límites a su hegemonía. Ese modelo es incapaz de incorporar, aunque sea parcialmente, las demandas más significativas de las clases trabajadoras. Frente a los riesgos de una seria crisis de gobernabilidad, el gobierno Lula intenta controlar políticamente los movimientos sociales y el sindical por medio de la cooptación –material e ideológica– de las direcciones. También influye en el comportamiento de la masa pauperizada y desorganizada, por medio de las políticas sociales focalizadas y de carácter asistencialista (Filgueiras, 2007, pp.175,176).

Así, queda claro que no hubo políticas para modificar el eje dominante del proceso capitalista actual de Brasil que es el capital financiero, eje directivo del bloque de dominación actual, mismo que, empero, ha resultado incapaz de concretar su hegemonía en un sentido social amplio, porque carece de políticas de real solución para los problemas estructurales del Brasil y para a las demandas y necesidades reales de las grandes masas populares subalternas de Brasil.

Caracterizar al capital financiero como estructurador de la acumulación y reproducción del capitalismo actual lleva a integrar los distintos aspectos que lo caracterizan, desde el capital ficticio hasta el capital productivo y bancario, articulados en un proceso monopólico dominante sobre el conjunto de las formas de acumulación. Los mismos autores anteriores nos dicen:

Los grandes grupos económico-financieros nacionales, además de actuar directamente en la esfera financiera, también están presentes en otras esferas, o actividades económicas de la acumulación: agricultura, industria, comercio y servicios. El grupo económico puede estar más centrado en alguna de esas actividades, pero eso depende mucho del origen inicial de las actividades del grupo, de sus estrategias de expansión y de su poder de diversificación. En las operaciones en el mercado doméstico, cuando necesario, el grupo económico se internacionaliza, asociándose y fundiéndose con capitales extranjeros, en una o más actividades. El grupo también se transnacionaliza al expandir sus actividades para otros países. Los lucros son realizados, tanto en el mercado interno cuando en el externo. En este último, los grupos tienen tres formas básicas de internacionalización de la producción: exportación, inversiones externas directas y relaciones contractuales que transfieren activos intangibles (Filgueiras, 2007:176).

La historiadora de Rio de Janeiro, Virginia Fontes (2010) coincide en valorar el proceso capitalista brasileño actual como un capitalismo integrado y subordinado al capital financiero, pero tiene una perspectiva más mundial del fenómeno y utiliza el concepto de

“capital-imperialismo” para exponer su apreciación sobre las formas específicas en que el capital imperialista domina el mundo y por medio de las cuales Brasil, con sus procesos de monopolización, centralización y concentración de capital, se ha incorporado como país y clase, a la modalidad dominante financiera de un mundo integrado, en que han llegado a su expansión máxima los procesos de financierización, concentración de capital, expropiación de valor de la fuerza de trabajo, de poblaciones y territorios y la expansión (política, social, cultural, institucional) de los Estados.

En este proceso se produce la transferencia de valor por la vía de la internacionalización del capital de las corporaciones multinacionales, su interiorización al Brasil para abarcar toda la economía, y el transbordamiento industrial y científico tecnológico más avanzado por dichas empresas, aunado a un encapsulamiento nacional de los salarios y las luchas de clases mantenidas en el interior de Brasil, proceso en que el capital y el Estado expresan y despliegan formas ideológicas y políticas societales e institucionales diversas, de dominio, coerción, fuerza y creación de un consenso basado en la naturalización de la reproducción dependiente, conjuntamente con políticas de violencia represiva esporádicas, para adecuar a la población a un proceso de subordinación a la expansión de relaciones capitalistas y de expropiación de la sociedad, proceso que reproduce de forma ampliada los problemas históricos nacionales, no atiende necesidades, ni resuelve problemas sociales populares. En dicho fenómeno todas las relaciones sociales se mercantilizan y se someten a la expansión del capital.

En palabras de Fontes:

...la modalidad de transición capital-imperialista parece depender de dos submatrices totalmente diferentes, pero con consecuencias sociales hasta aquí dramáticamente similares. La primera matriz, compartida por Brasil e India, es la del desarrollo internamente desigual y combinado, similar apenas en parte a la revolución pasiva, por tener un fuerte compromiso entre sectores dominantes agrarios

e industriales. No obstante, en la base de tal compromiso, forjado bajo las condiciones del antiguo imperialismo (del siglo XX) y expresando con tensiones una situación nacional de subordinación, estaría una herencia histórica, económica y cultural de desigualdades afirmadas en la degradación de las condiciones de vida y de trabajo, al lado de enormes posibilidades de expropiación secundaria, por la dimensión significativa de las masas populares lanzadas a la existencia bajo el mercado en condiciones de una competencia acentuada entre los trabajadores (Fontes, 2010:210).

Fontes agrega una similitud más entre Brasil y la India:

Ese conjunto dispar de países, cuya permeabilidad a los frentes móviles de acción internacional de capital es diversificada, contienen una unificación interna basada en una fuerte base industrial al lado de una intensa concentración de capitales; registran su integración a los patrones internacionales predominantes del capital-imperialismo; el bajo valor de la fuerza de trabajo en sus mercados nacionales cuando se compara a los costos de los países centrales, además de su adiestramiento y disponibilidad (necesidad) de mercado; finalmente, una extensa retirada de derechos (o su inexistencia) (Fontes, 2010:210).

La autora aclara que el empoderamiento de los trabajadores del centro y sur de Brasil en sus luchas de los años ochenta y noventa permitió el acceso de la Central Única de Trabajadores (la CUT) a la gestión de los fondos de pensión, lo que terminó creando una aristocracia de trabajadores con intereses compartidos con el capital financiero, lo que significa para ella no un compromiso de clases sino el traslado de un sector de las clases populares trabajadoras a la clase dominante y dirigente, en tanto, la gran mayoría de los trabajadores asalariados se mantuvieron sometidos y subalternos a esa dominación. Esta apreciación acerca del papel transformista de clase que genera el acceso a la gestión de los fondos de pensión ya fue también ampliamente señalado por Francisco de Oliveira en su texto sobre la “hegemonía al revés” (Oliveira, 2010).

La caracterización de la relación de la forma política y los posicionamientos histórico-políticos de lo que fue el proyecto hacia el movimiento orgánico del capitalismo de Lula-Dilma, nos esclarece que siguió dominando el bloque capitalista financiero, e incluso, logró ampliarse con la inclusión en su interior de un sector de trabajadores que administraba no sólo los principales fondos de pensión sino que tenía el consentimiento del gobierno de Brasil para ello, en beneficio de un capitalismo secundario dominante.

A decir de Filgueiras y Gonçalves, el componente político social liberal, determinante del capitalismo brasileño actual y del proyecto de los gobiernos progresistas, fue consolidado en el proceso de las últimas tres décadas:

El gobierno Lula le dio una mayor cohesión política a ese bloque de poder pues redujo significativamente sus opositores y debilitó sensiblemente la capacidad de movilización de los movimientos sociales y sindical. El proceso de consolidación del bloque dominante, que culminó con la afirmación del proyecto político liberal y la consolidación del nuevo modelo económico, redefinió las relaciones políticas entre las clases y fracciones de clases que constituyen la sociedad brasileña. La victoria de ese proyecto expresa, al mismo tiempo que estimula, el movimiento de transnacionalización de los grandes grupos económicos nacionales (productivos y financieros), fortaleciéndolos en el interior del bloque dominante. En el gobierno Lula, el avance del modelo liberal periférico también expresa la fragilidad financiera del Estado y la subordinación creciente de la economía brasileña a los flujos internacionales de capitales (Goncalves, 2007:176).

En particular bajo el lulismo se fortaleció y amplió el mismo bloque de poder que venía dominando bajo el gobierno de Henrique Cardoso. Y esa es una conclusión política valorativa de los resultados objetivos en términos de relación de fuerzas del progresismo de los gobiernos de 2003 a 2013.

En esa nueva configuración, la fracción hegemónica del bloque dominante se compone de la siguiente forma: el capital financiero internacional, cuya expresión más evidente son los fondos de pensión, los fondos mutuos de inversiones y los grandes bancos de los países desarrollados; los grandes grupos económico financieros nacionales, que consiguieron sobrevivir, hasta aquí, al proceso de globalización, en función de su capacidad competitiva o por medio de la asociación (en la mayor parte de los casos, subordinada) con capitales extranjeros; y el capital productivo multinacional (asociado o no al capital nacional). Todos ellos han aumentado su influencia en el bloque dominante. Las demás fracciones del bloque dominante, situadas en una posición subordinada, son los grandes grupos económicos no financierizados orgánicamente, y los capitales grandes y medios. En el proceso de acumulación, esos grupos son más “especializados” en las actividades de agronegocio, industria, comercio o servicios, y algunos están orientados al mercado externo (Goncalves, 2007, p.176).

La acumulación teórico política

El piso histórico del debate actual; autores y problemáticas del debate histórico-económico sobre el capitalismo brasileño en las últimas décadas. El abordaje crítico del proceso y la realidad económica dependiente de Brasil tiene un acervo de estudios importantes que han hecho historia de pensamiento crítico marxista en ese país, al plantear perspectivas teóricas e histórico-concretas sobre el transcurso, evolución y contradicciones de un capitalismo integrado al sistema imperialista, y acerca de las características estructurales de la formación social brasileña, sus relaciones políticas, formas y relaciones de fuerzas. Entre los nombres destacados de esa herencia, están los de Josué de Castro, Caio Prado Jr., Celso Furtado, Florestan Fernandes, Nelson Sodré, Ruy Mauro Marini, Octavio Ianni, Milton Santos, Vania Bambirra, Theotonio dos Santos, entre muchos otros.

Al revisar en 2014 y 2015 los estudios más populares sobre la dinámica del capitalismo y los proyectos geoestratégico y geopolítico de

Brasil en el siglo XXI, me sorprendió encontrar que gran parte de la literatura actual incorporaba poco las contribuciones de los autores arriba mencionados. El pensamiento crítico del capitalismo brasileño es una corriente que ocupa una posición menor en las valoraciones sobre la situación actual.

En los debates respecto de los gobiernos progresistas se podían distinguir fácilmente tres grandes posiciones:

1) Las que optimistamente consideraban que bajo los gobiernos de Lula da Silva y Dilma Rousseff se produjo una renovación económica *estratégica* que tuvo como resultado el alto crecimiento del Producto Interno Bruto (7%), no obstante que en los últimos tres años ese crecimiento hubiese disminuido (Mercadante, 2013, Sader, 2013).

La perspectiva citada asume que el grupo dirigente del PT hubo reconstruido un proyecto nacional y nacional-desarrollista de largo plazo, sin modificar el rumbo de las relaciones capitalistas, por lo que se distingue tanto de los modelos radicales de anticapitalismo, como del neoliberalismo abiertamente privatizador, y sus políticas se opusieron al recorte y a la concentración *excesiva* de capitales financieros privados, que caracterizaron a las dos últimas décadas del siglo pasado bajo el gobierno de Fernando Henrique Cardoso. Esa era la posición de gran parte de los intelectuales del PT y de teóricos que se pronunciaban en contra del neoliberalismo y que consideraban que los gobiernos progresistas eran anti o posneoliberales, por sus políticas sociales (Sader, 2010), sin considerar el mencionado fortalecimiento del bloque financiero dominante.

2) Una segunda corriente interpretativa, contraria y opuesta a la anterior, es la del grupo dirigente del Partido de la Social Democracia Brasileña, a la cabeza del cual están los intelectuales Henrique Cardoso y José Serra. Haciéndole eco un sector de la intelectualidad de derecha vinculado al diario nacional *Folha de São Paulo* y al emporio mediático “O Globo”, apoyados en la actividad de políticos que fueron oposición a los gobiernos de Lula y Dilma, como Geraldo Alckmin (São Paulo) y Aécio Neves (Minas Gerais): ellos suponen que el éxito del gobierno Lula se debió a la continuidad del proyecto

liberalizante anterior, que realizó los cambios necesarios para que después hubiese un crecimiento económico sin los obstáculos burocráticos y económicos del estatismo tradicional.

Hay en ese sentido una autoafirmación del grupo que, partiendo de una parte de verdad, sin embargo, resta importancia y trascendencia a las nuevas políticas económicas y a los diseños geoestratégicos y políticos de los gobiernos progresistas del siglo XXI, aun cuando supone una forma de reconocimiento colateral a los logros del gobierno del PT, sobre todo en términos de que la política conservadora de conciliación y equilibrio público-privado se mantuvo, no se cuestionó la privatización previa y se impulsaron en serio programas sociales ya creados.

Es decir, para ellos el gobierno Lula sería un espejo en perspectiva de su liberalismo capitalista complementado con programas sociales acertados, que significaron una mediación temporal “semipopulista”, que luego habría que eliminar, como lo propuso el programa de enmiendas constitucionales reaccionarias del gobierno de Michel Temer y por supuesto como lo continuó Bolsonaro, el cual no es criticado por su programa económico, sino por sus proclamas fascistas y antiinstitucionales. Por lo tanto, según la posición de esta corriente de derecha el proyecto de los gobiernos de Lula y Dilma Rousseff no significó cambios de fondo a las políticas liberales previas, sino una adecuada habilidad política para desplegar tal política junto a programas sociales.

3) La única corriente interpretativa que recupera el piso histórico crítico del pensamiento social brasileño es la de un sector de la intelectualidad crítica de izquierda, para el cual la herencia de pensadores sociales críticos marxistas es fundamental, en tanto que en ellos hubo lucidez para caracterizar los problemas estructurales del país, mismos que siguen vigentes.

Para los intelectuales de esta corriente, lo que existió bajo los nuevos gobiernos liberal-progresistas, desarrollistas-con políticas sociales, es interpretado como un capitalismo de *dependencia redoblada*, un capitalismo *liberal periférico*, un *capital-imperialismo*, un

subimperialismo, o un *capitalismo de Estado con políticas de expansión* en América del Sur (Carvalho, 2015; Oliveira, 2013; Paulani, 2014; Boitio, 2013; Fontes, 2010; Luce, 2013; Souza, 2013; Gonçalves, 2013⁶), que forma parte intrínseca de la actividad pública y modernizadora del grupo dirigente del Partido de los Trabajadores (PT), cuya política, se reconoce, repartió beneficios sociales y recursos monetarios a las grandes masas precarizadas combinada con el otorgamiento de beneficios corporativos a sectores del proletariado urbano, que incluía la gestión de fondos de pensión de los grandes sindicatos (en especial los adscritos a la Central Única de Trabajadores, CUT, con 3,438 entidades sindicales). Se considera que los gobiernos Lula y Dilma pueden ser denominados gobiernos progresistas liberales que otorgaron monumentales subsidios directos e indirectos a los grupos capitalistas industriales y del agronegocio, y administraron políticamente el crédito a las clases medias y a las pequeña y mediana producción, comercio y servicios.

Para la corriente de pensamiento crítico brasileño de izquierda los gobiernos Lula y Dilma no tuvieron un proyecto estratégico *nacional popular de avance histórico* que llevara a una transición emancipatoria y que tuviese un rumbo de reformas necesarias y de construcción de un poder popular. Consideran, en cambio, que los gobiernos progresistas fueron la expresión de un bloque capitalista modernizador y una forma particular para viabilizar el despliegue del gran capitalismo transnacionalizado brasileño. Critican el que dicho proceso capitalista es el que sustentó y condicionó la perspectiva semi fantasiosa y semi real de un Brasil potencia, que en algunas de sus vertientes (como la geopolítica del Ministerio de Relaciones Exteriores) (Bandeira, 2009) estuvo pensado para ser el conductor de un proyecto regional sudamericano afirmativo, que tendería a conformar un nuevo Estado árbitro, un futuro bloque unido conformado por los ejes articulados de Brasil, países del MERCOSUR y Países

⁶ Este autor no se reclama marxista sino keynesiano radical, lo que lo distingue del resto de pensadores de esta corriente.

Andinos, mismo que se consideraba a sí mismo opuesto al proyecto del bloque dominante en América del Norte liderado por Estados Unidos y que incluía los ejes de Canadá, México, Centroamérica y el Caribe (Bandeira, 2008).

Entre los temas clásicos del pensamiento crítico del siglo XX, respecto del capitalismo brasileño, están apreciaciones sobre el desarrollo capitalista mundial en general y el desarrollo capitalista interno, las nociones sobre la integración imperialista de América Latina, las características autocráticas de la revolución burguesa y la crítica del Estado histórico de “compromiso” entre la oligarquía agraria y la burguesía industrial brasileñas, el elitismo y el autoritarismo de las relaciones sociales de la formación brasileña, la sobreexplotación y subordinación dependiente de los capitalismos de desarrollo medio.

También se considera el papel autonomizado y burocrático del capitalismo de Estado en la relación Estado-economía-sociedad; la nación, en cuando proyecto local de desarrollo capitalista, la desigualdad en la relación de clases en el capitalismo brasileño, y las teorizaciones sobre el subimperialismo brasileño, etcétera.

Destacan las contribuciones de Caio Prado Jr. sobre la evolución histórica del capitalismo brasileño, tanto en el período colonial como en el independiente. Su análisis se basa en indagar las estructuras sociales que los sostuvieron y de ahí caracterizar las relaciones, procesos y estructuras para establecer una apreciación sobre la revolución brasileña del siglo XX. Por otra parte, Celso Furtado investiga el subdesarrollo brasileño como forma de organización social específica y periférica de industrialización indirecta y subordinada en el marco del capitalismo mundial, basada en la perspectiva de un proceso dual de las estructuras productivas. En la misma vía tenemos los aportes de Florestan Fernandes, autor crítico del desarrollo autocrático de la revolución capitalista de Brasil del siglo XX y de Ruy Mauro Marini, quien además de teorizar sobre el capitalismo dependiente, hizo un esfuerzo de comprensión original para abordar las complejidades de un proceso a la vez interno y externo, nacional y regional, clasista y social amplio, desde la llamada revolución de 1930 hasta el

final de la dictadura militar de 1964-84, así como el proceso posterior que llevó a la constitución de 1988 y hasta 1993, resultado tanto de tendencias estructurales como de la conflictiva relación de fuerzas sociales e histórico políticas, y quien siempre apuntaba la perspectiva de totalidad sin olvidar los elementos definitorios de las distintas coyunturas.

Los autores mencionados desarrollaron asuntos centrales de crítica de los nudos problemáticos del Brasil contemporáneo, que iluminan el análisis actual de las transformaciones del Estado, la sociedad y la economía brasileñas hasta llegar a la actual crisis orgánica acentuada y de ninguna manera resuelta bajo el gobierno Bolsonaro.

A ellos hay que añadir el recuento de aporte de autores que estudiaron la evolución brasileña y compartieron con los mencionados (y sus polémicas con ellos), sus perspectivas, para ampliarlas y añadirles sus propias apreciaciones originales: Octavio Ianni, Vania Bambirra, Theotônio dos Santos, Nilson Araujo, Severo de Salles, Fernandes Dias, Nelson Coutinho, etc. Sin embargo, este debate no constituyó el objetivo de nuestro análisis.

Algunas problemáticas del debate actual

Para llevar a cabo la crítica de las políticas económicas, públicas y sociales, acudí a revisar y comparar las estrategias que las fundamentaban. Para ello, recogí los elementos de perspectivas como las de Mangabeira Unger, filósofo y político brasileño, devenido secretario de Asuntos Estratégicos en el gobierno de Lula. Este académico de Harvard devenido en político fue invitado por el primer gobierno Lula (2003-2006) a dirigir la Secretaría de Asuntos Estratégicos y contribuir con un plan de mediano y largo plazo para convertir a Brasil en una gran potencia moderna, con situación similar a los países hoy industrializados, pero con políticas diferentes y originales.

De hecho, este profesor considera hoy día que el modelo con el cual Lula se posicionó como un gran conductor del crecimiento de

Brasil se fue agotando en sus dos pilares: el acceso de la población pobre a bienes de consumo de masas y la producción y exportación de bienes agropecuarios y minerales escasamente transformados (Unger, 2014). Considera que es prioritario que Brasil ofrezca servicios públicos de calidad a su población a partir de inversiones y no de la generación de demanda. Para ello considera necesario un programa alternativo dentro del capitalismo brasileño, programa que presenta los siguientes ejes:

- Fortalecer el peso estratégico del Estado para ampliar el acceso de las pequeñas y medias empresas a las prácticas, la tecnología y los conocimientos avanzados.
- Dar primacía a los intereses de la producción y del trabajo aumentando la productividad y otorgando seguridad jurídica a los trabajadores.
- Elevar la calidad y la inversión en educación y salud a través de un pacto de trabajadores con clases medias y vincular los logros en salud, educación y seguridad a la participación de la sociedad.
- Promover una política internacional de seguridad y estabilidad regional y no únicamente de comercio.
- Capacitar a las fuerzas armadas para defender los logros nacionales incluyendo la integración amazónica.
- Construir, a la manera de Weber, una verdadera carrera burocrática de estado.
- A nivel político, considera necesaria la reorganización de las instituciones en lugar de distribuir dinero con el fin de romper con el presidencialismo de coalición y avanzar a una reforma política compleja adecuada a la modernidad brasileña (Unger, 2014).

Por parte del Ministerio de Asuntos Exteriores, Luiz Alberto Moiz Bandeira expone el plan geopolítico del gobierno brasileño, en su texto de 2009 titulado *Geopolítica e política exterior. Estados Unidos, Brasil e América do Sul* (Bandeira, 2009), en el que recoge los elementos de una política integral para que Brasil sea el conductor de un

nuevo mega Estado, la mencionada gran alianza regional en América del Sur, que tiende a constituirse en un bloque dinámico de nuevo tipo en el ámbito internacional, con Brasil como su fuerza política dirigente.

De especial interés es la confrontación de perspectivas entre los autores que sostienen distintos horizontes en su enfoque crítico sobre Brasil. Los que parten de una perspectiva acentuadamente interna para su crítica (Reynaldo Gonçalves y Luis Filgueiras, Francisco de Oliveira, entre otros) y aquellos cuyo horizonte es la dinámica mundializada de la economía, en la que Brasil ocupa un espacio como nuevo participante/miembro de un proceso regional de acumulación, basado en la concentración de capital y en procesos de expropiación y desposesión de recursos naturales y fuerza de trabajo precaria (Carvalho, 2015; Luce, 2007, 2018; Zibechi, 2012; Fontes 2010; Paulani 2013).

Las posiciones referidas mantuvieron, empero, una perspectiva crítica ante los discursos oficiales que encubrían las contradicciones en curso, así como frente a las que hicieron culto a la retomada de un supuesto desarrollo autónomo y nacional con mejoramiento social conducido por el Estado y el gobierno cesarista de Lula, apreciación estimulada por los gobiernos progresistas de Lula y Dilma, y los intelectuales que los acompañaron (Mercadante, 2013, Sader, 2010).

Particular interés despierta la polémica acerca de los procesos de concentración y centralización de capital en Brasil y las políticas de expansión hacia América del Sur, polémica que tiene varias vertientes: desde aquella que señala que es imposible que Brasil esté pasando a ser una potencia dominante sobre sus vecinos dadas sus limitaciones estructurales y lo que fueron sus políticas de apoyo a la integración democrática de la región (Paulani, 2010); las que consideran que Brasil pasó a tener condiciones para ser capital-imperialista y las políticas de expansionismo parten de ese carácter (Fontes, 2010); hasta las concepciones que sostienen que hoy se aprecian tendencias a un resurgimiento del subimperialismo brasileño (Luce, 2007). Es interesante que todos estos autores ponen el acento en las

contradicciones estructurales de la macroeconomía y en la crítica de la economía política de los procesos del capitalismo y el Estado brasileño. Mientras que, a la vez, otros ven con beneplácito las políticas progresistas de los gobiernos estudiados y consideran que su derrota no es un fracaso, sino algo natural en la lucha de clases, en la que la derecha y ultraderecha se unieron para atacar al dirigente nacional Lula da Silva y a la presidenta Dilma Rousseff, y lo lograron. Así, autores como estos consideran que los gobiernos del PT anduvieron por una senda progresista, antineoliberal, se guiaron por la microeconomía y recuperaron y ampliaron las políticas económicas y sociales (Sader, 2010).

Al valorar el sentido esencial, los logros, las limitaciones, incoherencias e inconsistencias de las políticas gubernamentales bajo las presidencias de Lula da Silva y Dilma Rousseff, resalta, como un argumento de fondo, el que su perspectiva no conllevó una crítica al carácter capitalista subordinado del proyecto geoestratégico a partir del cual se construían las relaciones Estado-capital.

Entre las limitaciones, la principal es que el Estado brasileño de los últimos doce años siguió siendo un Estado liberal. El Estado no sólo no fue el organizador directo de las relaciones de capital y sus condiciones de existencia, sino que careció de un proyecto organizador de un tripié “empresa estatal-empresa privada nacional-empresa transnacional” y de un bloque de poder popular y de clases medias, que fuera realmente expresado en y dirigido por el Estado, subordinado a los fines de una transición a un capitalismo con economía social y proyecto público fuertes, dirigido por un bloque de poder democrático- popular orientado a crear organización, consciencia, participación y debate popular autónomo.

De la extraordinaria experiencia de los gobiernos progresistas de Lula y Dilma, concluimos que las amplias políticas de justicia social y atención a las necesidades de las mayorías no se sostienen y profundizan si el Estado y el gobierno progresista se asume solo como un dinamizador de la acumulación privada del gran capital y se mantiene subordinado al capital financiero, por lo que la conclusión

es que con dichas políticas no se da lugar a reordenar los espacios económicos y sociales, desde una perspectiva colectiva y progresista, ni se afectan las relaciones de poder que los organizan.

Consideramos que las incoherencias principales de la experiencia de los gobiernos progresistas provienen de que los diagnósticos y las políticas no superaron los miedos burocráticos a crear una inestabilidad y una explosión de politicidad que alterase el puesto de la dirección política del PT y mudase las relaciones de fuerzas, y no se actuase en función de una permanente valoración crítica de los problemas y sus causales. De ahí que la vida popular se subordinó a las apreciaciones y las políticas de un Estado de administración progresista del capitalismo globalizado, lo que el gobierno se planteó llevar a cabo sin reformas sustanciales en los planos económico políticos o ideológico-culturales, sin organizar autónomamente a la población y darle la palabra a su participación en los asuntos del Estado, y sin abrir espacio para la transformación política institucional del Congreso y del poder legislativo, judicial y comunicacional. Las inconsistencias se basaron en que la posibilidad de aplicar políticas se sustentó en el poder de gobiernos sin mayorías legislativas, cuya duración fue de solo 4 años y esas políticas podrían, como está aconteciendo, modificarse por gobiernos subsiguientes y se encontraban sujetas a los poderes de los gobernadores.

Así, los gobiernos liberal-progresistas de Lula da Silva y Dilma Rousseff adoptaron el papel de *articuladores contradictorios* y no de *impulsores de una política de transformación estructural* profunda de la economía capitalista brasileña que sustentara un real proyecto geoeconómico y geopolítico orientado a hacer de Brasil una potencia democrática popular regional sudamericana y latinoamericana.

Capítulo III. La cultura en el Estado integral: sociedad política y sociedad civil en las áreas urbanas y rurales. La ideología dominante en la modernidad*

La cultura en la crisis orgánica brasileña

Una tercera línea de mi investigación fue estudiar las concepciones intelectuales e ideológico-culturales de los gobiernos de Lula da Silva y Dilma Rousseff para hacer frente a las graves problemáticas estructurales y sociales que han acompañado a la sociedad brasileña en su época independiente y que, al hacer parte de una complicada y contradictoria modernidad, ponen en entredicho constantemente su vocación mítica positivista de “orden y progreso”. A principios de siglo XXI afloraron múltiples contradicciones e intereses que distaban de haber creado un orden y un progreso legítimos e incluyentes. De hecho, consideramos que eran necesarias innovaciones de la cultura como política para enfrentar la situación del país, en particular en las áreas urbanas, dado que es ahí donde habita más del 85.6 % de la población.

* Hay antecedentes importantes en los trabajos clásicos de Gilberto Freyre, Sergio Buarque de Holanda y Caio Prado Junior, autores de *Casa-grande & senzala* (1933); *Raízes do Brasil* (1936) y *Formação do Brasil contemporâneo* (1942), respectivamente.

Las agudas conflictividades históricas que han hecho naufragar los distintos proyectos históricos de la modernidad brasileña son, por ejemplo:

Violencia, tráfico de drogas, (...) expansión de las favelas, carencia habitacional, congestionamientos, desempleo, sistemas de salud echados a perder, falta de agua “entubada” y drenaje sanitario, contaminación, etc. (...) Sin embargo, un tema que casi nunca se presenta en nuestras conversaciones, es, justamente nuestro problema más grave: la segregación socioespacial o socioterritorial. (...) *la omnipresencia del miedo aparece como una nota destacada del vivir urbano entre las últimas décadas del siglo xx y estos primeros años del siglo xxi* (Risério, 2012, p. 302).

Los anteriores fenómenos de descomposición sociocultural acompañaron y menguaron los elementos del desarrollo dependiente brasileño a lo largo de las últimas décadas del siglo xx, y con relación a los cuales se esperaba que un gobierno de trabajadores crítico del capitalismo salvaje y de la herencia esclavócrata pudiese introducir modificaciones sustantivas.

Para iniciar el análisis de lo que hicieron los gobiernos progresistas con relación a mitigar las contradicciones y conflictos de la modernidad brasileña, partamos del hecho de que el Brasil es un país de oligarquías históricas y de élites acostumbradas a asumir una identidad con las élites externas, marcar su distancia de las mayorías y, lo que es muy particular de Brasil, manipular las imágenes sociales para asegurar la legitimidad.

Tanto las reivindicaciones de los movimientos democráticos que debilitaron a la dictadura militar, como posteriormente los nuevos conceptos de la Constitución de 1988, fueron importantes en la tentativa de disminuir la desigualdad y encontrar puentes entre élites y las masas del pueblo. No obstante, las políticas neoliberales de los gobiernos posteriores a 1989 ratificaron esa diferencia, incluso las aplicadas por Fernando Henrique Cardoso (1994-1998 y 1999-2002):

El período de Fernando Henrique Cardoso profundizó, en un grado insospechado, el desvanecimiento inicial. Privatización total de las empresas estatales, desplazando el campo de fuerzas en el interior de la propia burguesía, desmontando el tripié empresas estatales-empresas privada nacionales-empresas multinacionales, que deslizó para el predominio de la última en los principales ejes de acumulación de capital, extrovertiendo el centro de decisiones y haciendo que fueran irrelevantes un conjunto de asociaciones públicas construidas en torno de las empresas estatales, con el sindicato de petroleros y la asociación de ingenieros de Petrobras, por ejemplo. La relación Estado-burguesías se altera radicalmente, haciendo del Estado una especie de rehén del nuevo poder económico centrado en las multinacionales productivas y financieras. Reforma de la carrera de los funcionarios públicos, pesado ajuste en los salarios, unas veces la sutil y muchas ocasiones declarada modificación en el estatuto del trabajo, que buscaba desreglamentarlo y dejar al “mercado” la resolución de litigios y contratos, amoldándose en un discurso que se apropiaba de antiguos temas de las reformas, anulando el disenso, privatizando el habla y destruyendo la política (Oliveira, 2007:31).

Al momento de iniciar su primer período el Gobierno del presidente Lula da Silva, la noción de “trabajador” distaba mucho de tener la carga de organización, autonomía, cultura, inclusión y fuerza interna que tuvo en algunos segmentos de la sociedad durante el período desarrollista de Brasil. Al contrario, a fines del siglo xx aludía, inferiorizándolos, a la precarización, fragmentación, desorganización y sobreexplotación de los explotados industriales, urbanos y rurales.

El trabajo informal incluye a más del 50% de la fuerza de trabajo, y el desempleo abierto saltó de 4% al inicio de los años 1990 para 8% en 2002, según la metodología conservadora del IBGE; entre el desempleo abierto y el trabajo informal transita, entre el azar y la suerte, 60% de la fuerza de trabajo brasileña. En la gran São Paulo, una persona de cada cinco está sin empleo, e incluso sin ocupación. El cinturón de pobreza se amplió para incluir a más de 50% de la población, y un

tercio vive abajo de lo se convenció denominar “línea de pobreza”. Tal situación se debe sobre todo al aumento de la productividad del trabajo, combinado con la privatización y la desnacionalización, sancionados semánticamente por la descalificación de los actores. Es el mismo mecanismo del trabajo abstracto molecular-digital que extrae valor al operar sobre formas desorganizadas del trabajo. La desigualdad en la distribución de la renta sólo empeoró (...) la sociabilidad centrada en el trabajo no pudo resistir, y la victoria ideológica del capital se transformó en una guerra de todos contra todos (Oliveira, 2007, p. 35).

La Constitución aprobada en 1988 contenía una idea distinta de la relación social de trabajo: planteaba la noción de un trabajador con salario suficiente, rodeado de instituciones sociales y con ciudadanía política. Por lo mismo la situación desafiaba a los gobiernos del PT electos por las mayorías de trabajadores, con un discurso de reivindicarlos, para construir una nueva situación de quienes venden su fuerza de trabajo a cambio de salario. Se esperaba por ello que la nueva dirección de Brasil impulsara otras políticas y otras concepciones, ahora que el partido de los trabajadores tenía acceso a los instrumentos del Estado para decidir y aplicar políticas incluyentes y transformadoras. Al inicio del gobierno Lula, en 2003, se suponía que los trabajadores tendrían un nuevo lugar en la sociedad y adquirirían dignificación en la modernidad brasileña, demostrando que era falso que las oligarquías y las élites fuesen las únicas capaces de gobernar, además de producir la riqueza, sin que ello atentase contra la sacrosanta propiedad privada.

Monopolizada la noción de trabajo en su acepción de masa subordinada y subalterna, dada la perspectiva dominante propagada por la intelectualidad media y los medios de comunicación del capitalismo mundial y periférico, acentuada en Brasil por su historia esclavista y elitista, asociada con la sobreexplotación, el concepto era utilizado de forma economicista por quienes consideraban al trabajo manual y administrativo algo despreciable que rebajaba el sentido de humanidad. Así con la llegada al gobierno de un partido

de *los trabajadores*, la concepción de un nuevo sujeto creador de la riqueza social, con acceso pleno a la dirección del Estado, se perfilaba como un continente de ruptura ideológica y política, lo que permitiría cambios significativos en la formación cultural brasileña. Se confiaba que el trabajo productivo, comercial y de servicios y la persona y función del trabajador y los trabajadores como colectivo, fuesen reivindicadas como una gran fuerza creativa de la sociedad y lentamente esta concepción fuese impregnando a la nación de una nueva cultura, con sus múltiples y novedosas proyecciones en la economía, la política, la comunicación, la sociabilidad, la cultura, el arte y en general el mundo práctico y simbólico (Sader, 2000).

Luiz Inácio Lula da Silva no era solo un político formado en el medio obrero; él mismo tenía historia de migrante nordestino (pernambucano), de trabajador metalúrgico y líder sindicalista. Además, su nuevo *trabajo* en la presidencia de Brasil se esperaba fuese acompañado de un movimiento obrero experimentado y renovado en la lucha contra la dictadura de los años ochenta, movimiento que desembocó en la Central Única de Trabajadores, CUT, que a decir del sindicalista Vicente Paulo da Silva, diputado del PT y expresidente de la Central, era la principal organización sindical del país “con 3806 sindicatos afiliados, casi 8 millones de sindicalizados directos con representación de cerca de 24 millones de obreros”.¹ Eso sin contar la amplia cauda de movimientos populares, sociales y de organizaciones cívicas populares de la ciudad y el campo que se manifestaban como compañeros de lucha de los obreros sindicalizados. Se aguardaba, por tanto, una confirmación ideológica y cultural del nuevo papel político y social asentado en la constitución de Brasil y ahora impulsado y ampliado por un partido de los trabajadores en el gobierno: la promoción de una gran reforma intelectual y moral de la sociedad brasileña sería eje de una nueva visión de modernidad.

¹ La cifra concreta de integrantes de la CUT es 3806 entidades afiliadas, 7 847 077 socios y representa a 23 millones 981 044 trabajadores. Véase www.vicentinho.com

No se parte aquí (...) de que Lula recibió un mandato revolucionario de los electores y su Presidencia apenas se rindió al capitalismo periférico. Pero el mandato, sin duda, era intensamente reformista en el sentido clásico que la sociología política aplicó al término: avances en la socialización de la política en términos generales y, específicamente, ampliación de los espacios de participación en las decisiones de la gran masa popular, intensa redistribución de la renta en un país obscenamente desigual y, por fin, una reforma política y de la política que, diese fin a la prolongada persistencia del patrimonialismo (Oliveira, 2010c, p. 369).

A los tres meses de su mandato, en un congreso de economistas universitarios convocado por el propio Lula para escuchar su punto de vista sobre la situación económica de Brasil, después de atender a las posiciones convergentes dominantes sobre la necesidad de aceptar lo necesario para competir en la globalización, entre ellas mantener el desempleo estructural y los bajos salarios, el presidente Lula dijo públicamente: *los trabajadores brasileños no son el problema de este país, son la solución.*²

Había pues que aguardar el despliegue de esa nueva concepción en todos los planos de actuación política de las nuevas fuerzas dirigentes: en los asuntos del Estado, en las relaciones políticas, en las políticas públicas, en la dinámica urbana y rural, en la economía y la cultura. Se esperaba que el gobierno procediese a una elaboración intelectual ampliada de cómo los trabajadores serían la solución a los problemas estructurales de Brasil, a partir de una perspectiva totalmente nueva. Es decir, se suponía que el cambio de Brasil iniciaría también con distintos enfoques ideológico-culturales y de valores en los más variados planos de la vida social y, bajo otras concepciones, se actuaría para lograr el cambio. Esos serían algunos de los planteamientos ético-políticos que los trabajadores de Brasil esperaban de

² Tuve la oportunidad de escuchar directamente la anécdota del propio Lula da Silva. La pronunció como invitado de CLACSO en una charla en el recinto oficial del senado de la república de Argentina, en marzo de 2013, parlamento que lo nombró Doctor Honoris Causa, acompañado por la propuesta de varias universidades públicas de ese país.

los nuevos gobiernos del siglo XXI, ya que la gran masa de ellos había incidido en la votación mayoritaria por Lula como presidente.

Para 2014, del total de 202 656 788 millones de población brasileña, casi 140 millones eran mayores de 15 años y menores de 65. De esos 140 millones en edad de trabajar, la población activa brasileña era de 109 842 091 millones. Del total de la población trabajadora activa existente en 2002, votaron la cantidad de 86 129 335 millones de personas y el voto por Lula da Silva fue de 52 772 475 millones. Así, podemos considerar que cerca de la mitad de la población activa y casi un 25% de la población total, se pronunciaron activamente por un cambio, no sólo de política y de rumbo económico, sino también por transformar la concepción ideológica-cultural sobre el trabajador en la sociedad brasileña.

Nada de lo previsto y deseado sucedió. La idea de que los trabajadores no son el problema sino la solución fue, sin embargo, una idea “genial” de un exsindicalista devenido presidente, que instintivamente reivindicaba la capacidad creativa de los trabajadores, en tanto gran mayoría de la sociedad organizada en y por el capitalismo, creadores de la riqueza moderna³ y eje de la potenciación del mercado interno, capaces de explayar esa capacidad en todos los planos de la vida, y así, rehacer las relaciones sociales fincando en la realidad la igualdad y la libertad formales de todos en la sociedad brasileña. Pero no hubo un cambio intelectual profundo y amplio de concepciones, exceptuando algunas ideas geniales como la pronunciada por Lula en una conferencia con la asociación nacional de economistas de Brasil, en 2003.

³ Tal como lo señaló, con claridad, Marx en *El Capital*, quien planteó también la necesidad de una ruptura de consciencia sobre el significado del trabajo vivo colectivo en la sociedad moderna: no es el capitalista el que produce la riqueza, por más que en el capitalismo él “pone” en acción los elementos de la producción (instrumentos de producción (capital fijo), materias primas y trabajadores asalariados). La ruptura de conciencia consiste justamente en revalorar el papel del trabajo vivo como el creador real de la riqueza, en tanto que los instrumentos de producción y las materias primas sólo “transfieren” la riqueza al producto. Véase Marx, *El Capital*, libros I y III, en especial el Capítulo “La fórmula Trinitaria” del tercer libro.

Bajo la presidencia de los gobiernos de Lula da Silva y Dilma Rousseff las concepciones acerca de los trabajadores, el trabajo, el capital, los empresarios, la intelectualidad, la modernidad, las ciudades, los barrios y las élites han seguido siendo las dominantes de siempre: el trabajador es puesto por el capital para producir riqueza utilizando los medios de producción también puestos por el capital; despliega su iniciativa individual en la dinámica de la producción como mercancía utilizable que es propiedad del capital, sometido al poder del dinero, a la apropiación del plusvalor y a la acumulación de capital por parte de los grupos dominantes.

Lula radicalizó el no cumplimiento de un mandato que le fue entregado para *revertir* el desastre de FHC. Y en ese contexto es que opera la “hegemonía al revés”. ¿Qué se puede ver en lo contrario de lo contrario? Comenzando por la economía (...) El crecimiento se ha basado en una vuelta a la “vocación agrícola” del país, sustentado por exportaciones de *commodities* agropecuarias —Brasil, un país de hambrientos, es hoy el mayor exportador mundial de carne bovina— y de minerales de hierro que, gracias a las pesadas importaciones de China, proclamase a los cuatro vientos la disminución de la pobreza y de la desigualdad, basada en el programa Bolsa Familia. Los datos disponibles no indican reducción de la desigualdad, aun cuando debe ser cierto que la pobreza absoluta disminuyó. (...) la desigualdad probablemente aumentó. (...) Desde el punto de vista de la política, lo contrario de lo contrario es su negación. Se trata de la administración de las políticas sociales. Se cooptan centrales sindicales y movimientos sociales, entre ellos el propio Movimiento de los Sin Tierra, que aún resiste. La política no sólo es sustituida por la administración, sino que se transforma en un espectáculo diario: el Presidente anuncia con desfachatez avances y descubiertas que al día siguiente son desmentidos. El Etanol, que sería la panacea de todos los males, fue rápidamente sustituido por el “pre-sal”⁴, que ahora urge defen-

⁴ Manto enorme de petróleo que se encuentra en las costas atlánticas de Brasil desde el norte hasta el sur y que supuestamente hará de Brasil el mayor productor mundial de este energético.

der con submarinos nucleares y cazas billonarios. (...) Las previsiones del equipo económico son de un mago de un terreno del fondo. Si FHC destruyó los músculos del Estado para implantar el proyecto privatista, Lula destruye los músculos de la sociedad, que ya no se opone a las medidas de desreglamentación (Oliveira, 2007c, pp. 373-376).

En el mismo texto más adelante Francisco de Oliveira comenta:

Las clases sociales desaparecieron: el obrero formal está encerrado en un corral y retrocede, en números absolutos, a una velocidad espantosa, en cuanto sus hermanos informales crecen del otro lado, también de manera espantosa. (...) He ahí el retrato de la clase: en regresión para la pobreza. De San Marx para San Francisco. Las clases dominantes, si de burguesía aún se puede hablar, se transformaron en magias en el sentido preciso del término: las páginas policíacas de los diarios se llenan todos los días con noticias de investigaciones, declaraciones y prisiones (luego relajadas cuando llegan al Supremo Tribunal Federal) de banqueros, constructores, financistas, ejecutivos que les sirven y policías a ellos asociados. La corrupción campea de lo alto a lo bajo: del presidente del Senado, que ocultó la propiedad de una mansión, al ex-director de Gobernación (...) pasando por senadores que pagan pasajes de suegras y novias con recursos de viaje y los diputados compran castillos con recursos indemnizatorios. El lulismo es una regresión política, la vanguardia del atraso y el atraso de la vanguardia” (Oliveira, 2007c, pp. 373-376).

El Brasil tradicional siguió presente en la ideología de toda la nueva época. A los empresarios se les siguió viendo como los ejes y fuerzas motrices de la producción, la acumulación, la creación de riqueza, la circulación y el consumo; fueron también asumidos como la fuerza vital principal de la formación de la nación y de la civilización. A lo largo de estos 13 años de gobiernos del cambio en Brasil, todos los esfuerzos del Estado se han destinado a una nueva modernización, de alta escala, delineada por la concepción de que realmente Brasil es un país con grandes recursos naturales y humanos, población trabajadora,

acumulación productiva, inteligencia social y potencia empresarial, lo que lleva a una búsqueda productivista privada del incremento del Producto Interno Bruto, apoyada por un Estado regulador que interviene con toda su potencia e incentivos para apoyar el incremento de la valorización y acumulación privadas (Gonçalves, 2013).

Los impulsos de modernidad del PT, en relación a la historia de Brasil, estuvieron en sus políticas de inclusión para los más pobres y en sus políticas de transferencia de ingreso para estimular el consumo, con la idea de que ello significaría, de continuar así, a lo largo de 100 años, la elevación económica, política, intelectual, moral de los marginados y un mejoramiento social de los trabajadores. Y efectivamente, si uno atiende a los índices salariales, los trabajadores otra incluidos y participantes del proceso de cambio tienen mejores salarios y sus dirigentes participan en la gestión de los fondos públicos de pensión (Oliveira, 2010b, p. 25), pero carecen de una autoimagen autónoma de productores reales de la riqueza social y de partícipes en el trabajo social que dinamiza la vida real de Brasil, no se diga que se asuman dirigentes del Estado. Carnavales, desfiles militares, procesiones, espectáculos musicales y fútbol siguen dominando el imaginario colectivo de los trabajadores, lo que revela tanto las concepciones en su vida cotidiana, como la manera en que esa vida se traslada a momentos extraordinarios (DaMatta, 1997).

Las políticas de Estado destinadas al subsidio del capital privado continuaron con la idea de que el capital seguía siendo el eje de la civilización, del industrialismo y la ciencia, pero sin crítica mayor a su falta de compromiso con el país y con las mayorías, excepto por la noción de que, en un nuevo modelo de modernidad, todo mundo tiene derecho a la inclusión, aunque sea con un mínimo de ingresos. A pesar de las intenciones de iniciar una transformación del país, las políticas de los gobiernos del PT en Brasil desde 2003 hasta 2015 siguieron enaltecendo la transnacionalización dependiente y subordinada de Brasil, subalternas a las concepciones de los organismos dominantes impulsadas por los Estados de los países centrales, trasladadas ahora inteligentemente a la realidad brasileña.

Eso quiere decir que el neoliberalismo conservador fue adaptado (y modificado adecuadamente) en Brasil para acelerar el crecimiento, transferir ingreso a la población pobre y cohesionar a la nación, pero no fue controvertido a fondo en función de las vulnerabilidades estructurales del país. El programa de los gobiernos progresistas siempre fue apoyar al bloque de poder dominante. Las soluciones terminaron siendo las del capital, aun con algunas iniciativas para consultar a los trabajadores por la vía de eventos colectivos específicos. Así, la apropiación de fondos públicos fue, en lo grueso, para enriquecer a las élites sindicales y para apoyar a los grupos económicos empresariales. De igual forma, la corrupción tradicional de las élites también fue compartida por sectores del gobierno, por los financistas, las constructoras y por grandes empresarios (como ha salido a la luz por la investigación judicial denominada *Lava Jato*, sobre los abusos ilícitos en los contratos de Petrobras a lo largo del siglo actual, aun cuando aspectos de esa investigación estén hoy cuestionados por haberse subordinado a los objetivos políticos de la derecha).

Los problemas sociales se siguieron atendiendo a través del mejoramiento paulatino de los servicios públicos (siempre insuficiente y con alto grado de subordinación al despliegue de servicios privados) y el sufrimiento de la población por las repercusiones de una violencia disparada siguieron siendo atribuidas a la vida irregular de los trabajadores informales y a los marginados (Gonçalves, 2010; Oliveira, 2010; Salles, 2014; Nogueira, 2014).

Las contradicciones de la modernidad urbana brasileña

En la investigación procuramos conocer e interpretar las experiencias políticas e ideológicas de la clase política, los gobiernos y la sociedad civil en los años del progresismo, buscando que nos dieran luz acerca de la continuidad y los cambios en los elementos significativos y permanentes de la cultura de Brasil, a la luz de los procesos capitalistas vigentes.

Me interesó, especialmente, conocer las distintas apreciaciones sobre cómo bajo los gobiernos Lula y Dilma fue determinado el proyecto de un Brasil moderno, y la forma en que se comprendió el proceso de modernización, teniendo como fondo los problemas histórico-estructurales, así como la manera y condiciones en que se mantuvo o se modificó el papel dominante de las élites y la condición subalterna de las masas populares. Buscamos, en términos de la nación, la autonomía regional y local, las relaciones raciales, la planeación urbana, la realidad del agro y la situación de los sectores populares trabajadores y precarizados que hacen parte de la realidad capitalista moderna de las ciudades. Se trató de una búsqueda para poder plantear algunas hipótesis argumentadas sobre las transformaciones ideológico-políticas del Brasil contemporáneo.

No apreciamos que en el período de los gobiernos progresistas hubiesen surgido grandes aportes sobre los problemas de la cultura en sí y sobre la cultura como política, excepto en relación con el avance en su importancia en el ámbito de las ciudades debido al apoyo estatal al desarrollo de la vida intelectual y a través de los mayores recursos destinados a los proyectos científicos, culturales, musicales de los barrios y los que fueron incrementados para las universidades. Puede ser que mi falta de conocimiento al respecto tenga un origen disciplinario, pues normalmente (y equivocadamente) la cultura en Brasil no es una rama de la sociología, sino que, en general, hace parte del acervo de la literatura y la antropología. La sociología no considera a la cultura su pasión, no obstante autores clásicos vinculados a ella como Florestan Fernandes y Octavio Ianni. Pero lo que sí es evidente es que los gobiernos de Temer y de Bolsonaro, posteriores a los gobiernos progresistas, han hecho de la cultura y la ideología un objeto de odio y ataque disminuyendo los recursos y menospreciando su valor en la sociedad.

De hecho, bajo el lulismo no encontramos contribuciones destacadas sobre nuevos hechos de cultura, concepciones de modernidad o posmodernidad, crítica a las élites, apreciaciones innovadoras sobre las relaciones de la diversidad sociocultural o nuevas críticas

de la democracia racial —tal como lo hallamos en la economía y la sociología política—, fuera del cuestionamiento a la forma actual de vida urbana. Así que, nuestra conclusión provisional es que la sociología de la cultura todavía está por hacerse en Brasil y, mientras tanto, todo se dejó a los medios consagrados (de los diarios y las televisoras). Ello no obstante la abundancia de personalidades de la sociología y la manera lúcida en como abordaban la situación actual. De todas maneras, cabe decir que encontramos un cierto debate popular sobre la manera de ver y vivir los problemas urbanos (que incluye a la gran mayoría de la población brasileña, hoy viviendo en las ciudades); quizá ese descubrimiento fue lo interesante para nuestra investigación.

Encontré tres textos realmente estimulantes en cuanto a un pensamiento sobre la producción crítica cultural brasileña contemporánea: son los de Roberto da Matta, *Carnavales, malandros y héroes* (DaMatta, 1997), el de Conde Aguiar, la *Pequeña bibliografía crítica del pensamiento social brasileño* (Conde, 2000), y el magistral libro de entrevistas a los grandes sociólogos contemporáneos, hechas en 2006 por los sociólogos Elide Bastos, Fernando Abrucio, Maria Rita Loureiro y José Marcio Rego: *Conversas con sociólogos Brasileiros*, un libro de 450 cuartillas —a espacio simple— y una investigación a fondo del pensamiento crítico de 21 sociólogos, sumado ello a las preguntas estimulantes de los cuatro entrevistadores (Bastos et al, 2006).

En el transcurso del sabático iniciamos un rico contacto con el debate actual de antropólogos y literatos brasileños, que tienen largo camino andado y mayor profundidad en torno de las problemáticas de la formación cultural brasileña y su relación con la vida de la sociedad civil. En nuestro ámbito, la sociología, para avanzar en la temática referida al presente, buscamos en autores interdisciplinarios, atentos a la cultura como política, como los que participan en el proyecto de Francisco de Oliveira (Maria Elisa Cevaso, Luis Renato Martins, Pedro Fiori Arantes, João Sette Whitaker Ferreira, Cibele Rizek, Vera da Silva Telles) quienes se han esforzado para analizar problemas a partir de la tesis de que, durante los últimos gobiernos,

se ha avanzado una política de *hegemonía al revés*, (lo que Edmundo Fernandes Dias denomina “contrarrevolución preventiva del gobierno Lula” (Dias, 2006).

Esas tesis sostienen el punto de vista, quizá excesivamente radical y cargado ideológicamente, de que los trabajadores y sus políticos en los gobiernos progresistas implementaron el programa del bloque capitalista dominante y éste último logró aceptarlos como sus administradores y abrirles un espacio en ese bloque. Sus estudios son ilustrativos e inteligentes sobre la cultura, y específicamente sobre la cultura urbana popular, en la época del dominio del capital financiero y de administraciones de sindicalistas. Pero esos estudios específicos sobre arte, arquitectura, urbanismo, planeación y organización colectiva en cooperativas y barrios, violencia y modernidad transformada, no logran constituir toda una polémica de sociología de la cultura en Brasil que impregne los distintos mundos intelectuales, a pesar de su importancia.

La cultura de las sociedades contemporáneas, tanto está estructurada formalmente y es algo estable, como es diversa en el ámbito popular y está en movimiento, en transformación constante y es cambiante, condiciones que justamente le dan su vitalidad, tanto en las vivencias populares como en las elaboraciones de los intelectuales de todo tipo.

Como dice María Elisa Cevasco, la cultura:

es también un proceso activo, heterogéneo, en movimiento, una economía de la experiencia gobernada por la coexistencia de fuerzas sociales en conflicto. (...) A pesar de su fuerza avasalladora como portavoz de los valores vigentes, la cultura dominante tiene que convivir con elementos residuales, que vienen de otros tiempos y, emergentes, que traducen las fuerzas del cambio (Cevasco, 2010, p. 141).

También podríamos traer a colación las apreciaciones del antropólogo brasileño de Rio Grande do Sul, Ruben Oliven:

Hablando con rigor, nada está en el lugar y todo sale de un lugar y entra en otro en que es adaptado a los intereses de grupos y a las circunstancias cambiantes. Los préstamos culturales son una constante en cualquier cultura (Burke, 1997). Como historiadores y antropólogos han mostrado, la dinámica cultural implica un proceso de desterritorialización y de reterritorialización. Ideas y prácticas que se originan en un espacio acaban migrando a otros, encontrando un ambiente muchas veces diferente de aquel en el cual surgieron, pero acaban siendo adaptadas al nuevo contexto y, por así decir, “entran en el nuevo lugar”. Una de las riquezas de la dinámica cultural brasileña es justamente la capacidad de digerir creativamente lo que viene de fuera, reelaborarlo y darle un cuño propio que lo transforma en algo diferente y nuevo (Oliven, 2001).

Cuestiones vitales de la realidad cultural actual de Brasil, sus mitos vivientes y su proyección en la teoría y en el sentido común requieren de su construcción como problemáticas, a reserva de posteriormente realizar un trabajo sistemático o empírico mayor, más aún cuando no existe un debate abierto muy amplio sobre el asunto. Pero justamente la construcción de problemáticas sociológicas hace aparecer como necesarias la elección del método y la construcción del análisis para abordar aspectos sobre los cambios habidos, desde el punto de vista de su contenido político cultural, por ejemplo, los fenómenos vinculados a la noción de la modernidad en la ciudad actual y la vida cotidiana de la sociedad mayoritaria en todos sus ámbitos, como especialmente, la encrucijada y contradicción surgidas entre la reforma urbana democrática y el urbanismo de mercado.

Para construir problemáticas se requiere vincular las temáticas con determinadas teorías y con la cuestión del Estado (en su sentido integral), de tal manera que permita entender los procesos de la ideología en la sociedad política (en tanto disputa de proyectos y concepciones) y, sobre todo, en la sociedad civil y sus espacios populares; es necesario jugar en un universo de significantes y significados, conflictivo y contradictorio, de ideologías, valores, visiones del mundo en juego en las organizaciones, agrupamientos, instituciones de la propia sociedad.

Para analizar ello, requerimos ir más allá de las políticas y los pronunciamientos de los gobiernos Lula o Dilma, de sus ministros o funcionarios educativos o políticos culturales que dirigieron los cambios en su tiempo, y, por otro lado, configurar teóricamente las problemáticas a partir de la experiencia y los análisis. Para ello también la cuestión central es optar por un tipo de perspectiva intelectual, moral y de valores, de crítica social y de densidad cultural, que se requiere para viabilizar una capacidad de autonomía crítica, sobre las transformaciones y su concepción en la vida de las masas en una sociedad en expansión y empoderamiento; esto es, indagar sobre cuál es la sociedad civil que ha sustentado, profundizado o consolidado las políticas de reforma intelectual y moral en un sentido emancipador.

¿A partir de qué horizonte teórico-metodológico elaborar nuestro análisis? Sabemos que para intentar conocer la subjetividad, la conciencia, la ética, la ideología y la cultura de las grandes mayorías populares, de la clase política, de la ciudadanía, la sociedad civil, los movimientos sociales de la diversidad, los habitantes de los barrios y en general de los diversos grupos sociales se requiere un método específico, lo mismo si se busca conocer las transformaciones individuales como si se busca conectar la cultura colectiva, la civilización, el elitismo, etc., con la totalidad social.

Mi interés especial en la disputa por la cultura es a partir de su papel como cemento que sustenta la lucha por la hegemonía ideológica política de las distintas fuerzas histórico-sociales. En ese sentido es importante ver cómo se procesa dicha lucha y cómo se transforma en política al conformarse en concepciones diversas y en políticas específicas respecto a las problemáticas de la vida actual en las ciudades, pues Brasil es uno de los países con tasas de urbanismo más altas del mundo.

De cualquier suerte, la atención para nuestro momento urbano es una obligación —inevitable— de quien quiera dedicarse a pensar el Brasil. Incluso porque, para darle vida a una verdad elemental, es en la ciudad —y solamente en la ciudad— que la sociedad se realiza en su entereza (Risério, 2012, p. 10).

Conviene en ese sentido analizar la situación en un plano tanto histórico-orgánico como coyuntural, es decir ver cómo piensan, conciben y actúan en los distintos aspectos de la vida social urbana, los individuos, las clases medias, los intelectuales, los informales, los colectivos de barrio, los grupos de intereses de trabajadores organizados, de empresarios y de inmobiliarios, las mafias de distinto orden; saber qué se juega en dicho comportamiento y comprensiones en el ámbito de las contradicciones y conflictos apremiantes, sobre todo conocer y analizar sus concepciones del sentido de la vida de la sociedad y el Estado. Es decir, la pregunta es, además de lo que existe, sobre lo que se precisa en esa enmarañada de intereses, por parte de la sociedad popular y la intelectualidad, para elevar la política de masas, para participar con autonomía creciente y una posición activa y consciente en estos temas referidos a la vida en las ciudades modernas.

Ello es importante si queremos valorar la disputa de proyectos político culturales en el universo conflictivo de ideologías, valores, visiones del mundo en juego en la vida cotidiana y en su elevación en los terrenos social y político, de administración y de planeación, en relación al posicionamiento de las grandes y pequeñas minorías y de las clases políticas, en última instancia, en las relaciones de fuerzas histórico- políticas actuantes, todo ello en un momento histórico en que hace aguas por todos lados el proyecto mismo de modernidad, con sus parámetros tradicionales de política, cultura, sociabilidad, representación y participación, asociados normalmente a una sociabilidad del pasado, que hoy ya no existe (Telles, 2007).

La población trabajadora, pobre y marginada, normalmente vive su realidad de manera disgregada y en situación de subalternidad. Por ello tenemos que partir de esa constatación para indagar si está en curso algún proceso de cambio en las masas populares, en sus maneras de concebir y situarse frente a problemáticas claves de la vida como el empleo, la situación y remuneración del trabajo, la alimentación, el vestido, la vida social, el tránsito, el consumo, la vivienda, la educación, la salud, la sociabilidad y los espectáculos

a su alcance; todas ellas haciendo parte del urbanismo moderno. También en relación con los modos de concebir nación y las experiencias para unificar a la sociedad civil en las disputas hegemónicas. Particular interés tiene revisar si han surgido concepciones alternativas críticas asociadas a una nueva visión del mundo y sus problemas.

¿Qué tanto ha cambiado la vida urbana en sus rasgos básicos dadas las nuevas formas de organización productiva, vida social y comportamiento político y cultural? ¿Son nuevas sus relaciones de clases, raciales, étnicas, de género y de identidades diversas, ahora vinculadas al individualismo del mundo líquido? Un hecho es real: las grandes mayorías de la sociedad no se identifican ya en las categorías clásicas vinculadas a las economías capitalistas fordistas y a los Estados desarrollistas. La economía no puede ni siquiera asegurar trabajo a la juventud, a la cual no se le reconocen plenos derechos y se les imponen recortes autoritarios a sus libertades básicas. Tampoco se ha generalizado una concepción crítica proclive a enfrentar problemas estructurales e históricos de la situación de la naturaleza, el ambiente, en lo social de las mujeres, ancianos, las diferencias raciales o generacionales, o incluso en lo político prevalece el escepticismo respecto de las instituciones y organizaciones clásicas de ciudadanía y la participación y se ha ampliado la masa de excluidos de siempre. Hay más interrogantes que respuestas. ¿Qué tipo de vida social colectiva alientan y sustentan las mayorías urbanas? ¿Qué tanto pueden ellos como sujetos lograr autonomía a través del Estado o los partidos, entendidos en su sentido integral de unidad de poder sociedad política-sociedad civil? ¿Cuáles son sus fuerzas operantes, sus actores políticos, proyectos, políticas y cuál es su influencia sobre las mayorías? ¿Qué posicionamientos político-culturales están jalando la cadena histórica para cohesionar la resistencia, elevar la conciencia y generar en los gobernados capacidad de actuar social y políticamente con autonomía modificando su posición histórica subalterna de las hegemonías actuales?

De hecho, comprender la situación hoy estampada en las grandes ciudades es un desafío que nos interroga en cuanto a los criterios capaces de plantear inteligibilidad a un panorama urbano muy alterado en tiempos de financierización de la economía, autonomización de los mercados y revolución tecnológica. Incluso en las regiones más distantes de la ciudad, los circuitos de mercado y los grandes equipos de consumo componen el paisaje urbano. Son flujos socioeconómicos poderosos que rediseñan los espacios urbanos, redefinen las dinámicas locales, redistribuyen bloqueos y posibilidades, crean nuevos clivajes y afectan la economía doméstica, provocando cambios importantes en las dinámicas familiares, en las formas de sociabilidad y redes sociales, en las prácticas urbanas y sus circuitos (Telles, 2007, p. 195).

Está claro que la tendencia dominante es la repetición de la subalternidad de las masas. Solo si hubiese un cambio dirigido y acogido socialmente en forma programática se podría generar una real modificación, ideológico cultural y política. De otra manera prevalece la repetición de las mismas concepciones y situaciones.

Ahí se ve delinear un mundo social atravesado por toda suerte de ambivalencias, entre formas viejas y nuevas de clientelismo y reinenciones políticas, convergencias y disputas, prácticas solidarias y aciertos (o desaciertos) con mafias locales y tráfico de drogas (...) Pero es aquí que se sitúan los desafíos. Entre, de un lado, los artefactos de la “ciudad global” y, de otro, los “pobres” y “excluidos” tipificados como público objeto de políticas o programas de inserción social, hay toda una trama social que falta conocer, que no cabe en modelos polares de análisis pautados por las nociones de dualización social, que escapa a las categorías utilizadas para la caracterización de la pobreza urbana y que transborda por todos lados del perímetro estrecho de los “puntos críticos” de vulnerabilidad social identificados por los indicadores sociales. Es justamente en esas tramas de la ciudad que se aloja la complicación actual y que será preciso, por eso mismo, auscultar (Telles, 2007, pp. 195-198).

La autora citada plantea que intentar conocer y explicar estas nuevas tramas urbanas de la actual modernidad brasileña le ha requerido a ella y a su grupo de trabajo (“los colegas del CENEDIC”) realizar trabajos de investigación de más de cinco años de andar por las periferias de la ciudad de São Paulo y a partir de ello han surgido reflexiones similares a la cuestión que Oliveira propone cuando procura descifrar los sentidos de la implosión de la política y sus mediaciones (Telles, 2007, p. 199).

La política en una era de indeterminación” es la expresión fuerte que traduce ese estado de cosas y el “Estado de excepción”, la categoría analítica que acusa la partición de la política ahora transformada en administración de las urgencias, un permanente estado de urgencia deroga las reglas de los derechos, hace explotar los contratos, desestabiliza los acuerdo y, sobre todo, desactiva el espacio de la política, ya que el movimiento de los actores pierde cualquier previsibilidad en un escenario en que todo transita para más allá de cualquier medida que, justamente, dejo de existir. (...) una situación en que la política sufrió una implosión por todos lados, deslizándose para la gestión cotidiana combinada con una coerción renovada (Telles, 2007, p. 199).

Ideologías y reformas urbanas

Analizar las disputas socioculturales e ideológicas para entenderlas como controversias políticas, o como fenómenos con consecuencias políticas, como enuncia la socióloga de la UNICAMP Evelina Dagnino, implica considerar también los cambios habidos en el ámbito sociocultural. Esto significa ver si la política urbanística reciente en Brasil ha estado atravesada por proyectos políticos-culturales distintos (Dagnino, 2006). Pero justamente lo que la experiencia de los hechos urbanos reales —los que sirvieron de referencia para las políticas de los gobiernos del PT en ciudades importantes en los años de su gobierno—, muestra una complejidad nueva que no llevó a una

contraposición de concepciones renovadas y distintas de lo que habría que hacer y resolver sobre la ciudad, y por el contrario se manifestó una situación de desfase de perspectivas socioculturales que son similares, porque no han asumido lo nuevo de la vida urbana, que sin embargo se pretende que tengan resultados diferentes por ser administrados por uno u otro partido político.

Quizá si la investigación descendiese a niveles regionales o locales y lo hiciera en términos comparativos, como el estudio de la vida urbana en ciudades como Rio, São paulo, Porto Alegre, Belo Horizonte, El Salvador, Fortaleza o Belem, se encontrarían propuestas y lucha de proyectos político-culturales de trascendencia, pero la investigación no logró penetrar en esa dimensión.

Las nociones capitalistas transnacionales operantes en las últimas tres o cuatro décadas han impuesto un pensamiento único neoliberal a través de los *Estados nacionales de competencia* que reconfiguraron economías, sociedades y culturas para asegurar el dominio del capital financiero transnacional. Y las fuerzas internacionales y nacionales que propalan esos Estados siguen ahí. El estudio de la experiencia multilateral, controvertida, encontrada, difusa, mezclada, irracional y racional, de las distintas áreas urbanas de São Paulo, importante para considerar y evaluar la respuesta política a los problemas sociales de la ciudad y las políticas urbanistas del PT de varios municipios del estado de São Paulo, muestra que la concepción de la ciudad como espacio de vida popular, de trabajo, de sociabilidad, de identidad y cultura popular puede no ser transformadora cuando ideológicamente hay una subordinación al urbanismo de mercado y a una modernidad definida por la búsqueda de lucro. Los proyectos terminaron decidiéndose en forma burocrática sobre la base del rendimiento económico, aun cuando su origen pueda haber sido una situación social o política y no necesariamente una crisis de creatividad cultural alternativa.

La posibilidad de apalancar sociedades millonarias con el sector privado para la construcción de polos urbanos capaces de atraer gran-

des empresas y negocios globales mostró ser una vía de salvación para presidentes municipales inmersos en graves crisis de gobernabilidad (...) una gran oportunidad para construir las infraestructuras necesarias y transformar áreas obsoletas y casi fallidas en polos de atracción del gran capital global (...) una simbiosis de intereses políticos e inmobiliarios (Ferreira, 2010, p. 187).

Los programas que buscaron combinar la noción de *ciudad global* con urbanismo de mercado fueron de los más ambiciosos del Gobierno de Lula, quien gracias a su activismo político internacional y capacidad de convencimiento logró llevar para Brasil dos eventos internacionales de gran magnitud: la copa del mundo de futbol de la FIFA de 2014 y las olimpiadas de 2016, con lo cual abrió una perspectiva de desarrollo contradictorio para las ciudades de Rio de Janeiro y São Paulo.

En estos proyectos urbanísticos los intereses privados fueron potenciados por inversiones públicas. El fenómeno llevó a una valorización inmobiliaria y de la tenencia que los capitalistas aprovecharon para expulsar a la población originaria y transformar las áreas urbanas para su capitalización, fenómeno conocido como “gentrificación”. Pero en esta investigación no nos interesa tanto el proceso mismo de valorización para el capital sino los patrones ideológicos, los valores y la conducta de quienes fueron los responsables por parte del Estado y del gobierno, así como hurgar en la perspectiva de la población trabajadora. Los responsables de las políticas públicas tenían el compromiso de recoger reivindicaciones y propuestas de las luchas históricas por una reforma urbana popular y aplicar nuevas concepciones a mejorar las condiciones de vida de la población pobre. Para ello tenían a su favor tres elementos importantísimos: la existencia de un nuevo Ministerio de las ciudades impulsado por el gobierno Lula, los Consejos Paritarios Urbanos y el Estatuto de las ciudades. Sin embargo, los políticos del PT terminaron comprometiéndose con el urbanismo de mercado y con proyectos público-privados:

Una de las razones posibles de la dificultad puede estar en el hecho de que los grupos de técnicos que participaron de las gestiones, con intenciones absolutamente verdaderas de promover cambios estructurales en la ciudad, al asumir las presidencias municipales a partir de los años 90 se toparon con una máquina de gobierno sostenida en la tradición de procedimientos centralizadores, autoritarios e ineficaces de un urbanismo funcionalista y burocrático, consolidado durante los años de la dictadura militar y que perduró en las décadas posteriores. Una máquina perfeccionada durante siglos, no para ser 'pública', sino para desarticular y dificultar cualquier intento de transformar la lógica de producción del espacio urbano desigual. El aparato municipal de gestión urbana casi siempre está fragmentado, dividido por las disputas internas de poder, decaído por los proyectos políticos personales, por la corrupción y por el clientelismo, distante de la población y de sus reivindicaciones y prácticamente ineficaz para promover alguna transformación altamente significativa en las ciudades (Ferreira, 2010, p. 197).

Lo anterior nos alerta de que, en la construcción sociológica de las problemáticas, el método teórico crítico requiere atender a la historicidad de la situación, caracterizar las fuerzas histórico-políticas que intervienen en los proyectos y considerar los fundamentos y desarrollos de las luchas políticas en los distintos planos de la vida social y, sobre todo, entender lo verdaderamente nuevo en las problemáticas. Ello implica conocer el marco institucional de los conflictos y las políticas públicas; evaluar la capacidad y el papel de las élites política y administradora, junto a una apreciación del grado de desarrollo programático y de concepciones de las organizaciones y políticos de las masas populares; analizar si éstas continúan teniendo perspectivas disgregadas, fragmentadas, localistas de la vida o han pasado por un proceso de unificación, organización y vínculo orgánico con los gobiernos en una nueva era, la era de la indeterminación, asociada a una modernidad difusa y complicada.

La teoría social no existe para procesar moral, ética o políticamente a las instituciones, a los partidos, actores de la gestión o luchadores

sociales: es un método para analizar, sin interferencia ideológica (lo que no excluye el compromiso político), las problemáticas de las políticas desplegadas por las fuerzas dirigentes, por los gobiernos y los actores políticos. Hacer sociología es construir problemáticas que sirvan de referencia para comprender las situaciones a la luz de las relaciones de fuerzas y las relaciones políticas e ideológicas en movimiento. Eso significa trabajar con una concepción de la unidad/distinción historia-política e historia-teoría Y lo peculiar en la historia que se presentó en la primera década del siglo en la cuestión urbana, es que cayeron las propuestas de visión crítica y se manifestaron viejas referencias de la sociabilidad de Brasil:

Para la discusión que aquí nos interesa, lo que importa es apenas demarcar ese desplazamiento del juego de referencia que nos está siendo propuesto (...) pensar sobre lo que sucede en los dobleces de la caída de los andamios del mundo sobre el cual nos acostumbramos a pensar, (...) las nociones de leyes, derechos, ciudadanía y espacio público fueron despojadas de su potencia crítica. Mejor dicho, fue vaciado el espacio conceptual en el que esas nociones se componían y se articulaban en dialogo con las cuestiones que los tiempos colocaban y la brecha de futuro que los acontecimientos permitían vislumbrar y nombrar. Desactivado (¿desplazado?) el plano de consistencia en que esas nociones circulaban y asentaban sus puntos de referencia, ellas quedan desprovistas de potencia para confrontarse con una realidad que escapa y transborda por todos lados (Telles, 2007, p. 202).

Sobre la perspectiva de la sociedad civil en el trajín de las innovaciones urbanas:

El hecho es que hoy, al mismo tiempo que se hace (y se insiste en hacer) la celebración de las virtudes democráticas de los llamados foros públicos de participación popular, al mismo tiempo en que la así llamada sociedad civil organizada es conclamada (y se insiste en conclamarla) para la renovación de la vida política, es el caso de pre-

guntarse por un campo social que parece escapar a esa interpelación política, un campo social que se subtrae de las formas conocidas de representación, que deja pasar o transborda los dispositivos gestionarios que se vienen multiplicando por todos lados, pero que ni por ello corresponden a las imágenes corrientes de anomia y desorganización social pues sugieren diagramas variados de relaciones y formas sociales que pasan por esas mediaciones, digamos, oficiales, pero que transbordan sus regulaciones y colocan una serie de cuestiones que hacen implosionar la gramática política conocida (Telles, 2007, p. 203).

Las orientaciones persistentes de las políticas neoliberales afectaron a los gobiernos del PT y sus coaliciones: siguieron poniendo el acento en mantener la tasa de intereses alta, lo que contribuyó a dar preferencia a la valorización prioritaria del gran capital financiero mundial (Paulani, 2010) políticas que fueron denunciadas por poderosos movimientos populares y por las lides electorales, las que sin embargo terminaron siendo aplicadas.

Desde la perspectiva sociológica la gran cuestión está dirigida a investigar cuál era el proceso de formación de una capacidad autónoma ideológico-cultural de masas, ante las tramas de la nueva modernidad brasileña, que constituyese y lograrse unir una voluntad colectiva real en el cuadro de la cultura y las instituciones estatales vigentes, en el cuadro de la relación entre dignificación económica popular generada por las políticas sociales y la realidad del hombre líquido, del consumismo sin límites y de la urdimbre social enmarañada entre legalidad e ilegalidad, violencia y consenso, participación y protesta.

No se trata propiamente de ilegalidades (nuevas y viejas) sino de una creciente y ampliada zona de indiferenciación entre lo lícito y lo ilícito, entre el derecho y el no derecho, en lo público y lo privado, entre la norma y la excepción, que corre por los circuitos de la vida urbana y por las conexiones que se hacen en los dobleces de la vida social, proyectando una inquietante línea de sombra en el conjunto de la

vida urbana y de sus formas políticas. (...) Hay también un desplazamiento considerable en el orden de las cosas. No es más esa especie de hoyo negro que indica avatares, bloqueos e impases de una modernidad incompleta. Justamente lo que siempre fue considerado evidencia de nuestras incompletitudes, “con excepción del subdesarrollo” (...) pasa a estar enteramente acoplada con los rumbos de un mundo globalizado que también generaliza por todos lados los flujos de las llamadas economías subterráneas en las fronteras cada vez más indefinidas entre lo legal y lo ilegal, lo formal y lo informal (...) lo que quiere decir que esa figura demonizada —“el Crimen Organizado Transnacional”— que viene accionando la obsesión securitaria (y los dispositivos de excepción) en el Occidente rico y “civilizado”, esa figura no existe, esto es, sociológicamente, ese objeto no se sustenta. Si queremos, de verdad, entender alguna cosa, será preciso desplazar el parámetro y descifrar el juego de esas relaciones, conexiones, articulaciones que se construyen en esa indistinción de lo legal e ilegal, de lo lícito e ilícito, y hacer aparecer, como fuerzas actuantes y estructurantes a los varios actores y colectivos involucrados, desde el Estado y sus agencias nacionales hasta las grandes corporaciones económicas y sus ramificaciones globalizadas, pasando por el sistema financiero y por los flujos digitales-virtuales de circulación de la riqueza, por las agencias transnacionales de las cuales no escapan las organizaciones humanitarias que se alimentan de las desgracias del mundo y movilizan a los “mercaderes del bien”, todo muy bien sintonizado, de hecho, con los flujos de circulación de la riqueza (...) eso significa que todos los dispositivos (de cuño abiertamente represivo), las medidas legislativas y policíacas, que hoy proliferan por todos lados, para combatir el “crimen organizado” y “la inseguridad” que atemoriza a los buenos ciudadanos y a los buenos gobiernos son rigurosamente risibles (...) apenas sirven para justificar el refuerzo de los poderes de policía y los dispositivos represivos en detrimento de las libertades (Telles, 2007, p. 206).

La sociología se ve aquí ante la necesidad de estudiar las razones de por qué, en un contexto como el mencionado por Telles, se bloquean las salidas colectivas y sociales del *buen vivir* y se someten a las

necesidades sociales por la vía del mercado (basadas en el dominio del capital) —el vivir mejor— debido a la prioridad que adquieren las políticas públicas racionales y estructurantes de la producción, de la industria, del empleo, de la salud, de la educación y de los servicios y planeamientos públicos que están bajo la égida del mercado y la acumulación. La interrogante es cómo puede un movimiento popular diferenciado y alternativo, aparecer, crecer e incidir, a partir de considerar las problemáticas de fondo de su realidad que transborda la modernidad conocida, autocomprender su historia y su proceso, y ser capaz de criticar y lograr superar las gestiones tecnocráticas, colocadas entre el orden y la transformación, discernir el papel de las masas populares en las relaciones políticas reales, intrincadas y llenas de indefinición plenas de líneas de sombras.

La cuestión es otra, más de fondo, y tiene relación con el modo en como construimos nuestros “objetos” de investigación, como definimos nuestras interrogantes, como formulamos las preguntas que nos orientan en una experiencia del conocimiento capaz de desplazar el campo de lo ya dicho y prospectar las potencias a través de las cuales el orden de cosas se configura. Es eso lo que está en juego en la tarea descriptiva. Es en eso que reside la tarea crítica, hoy más que nunca urgente (Telles, 2007, p. 207).

Frente a esas complejidades socioculturales desconocidas y apenas vislumbradas por la inteligencia crítica, empezamos a entender las razones por las que las nuevas políticas de los gobiernos petistas mantuvieron fuertes elementos de continuidad con las políticas liberales y los distanciaron tanto de las masas populares. ¿Es posible hoy día que una sociedad procese un cambio importante, con sentido histórico, imponiendo opciones para que las masas participen directamente en la comprensión de su realidad, de las marañas de su situación y en la elaboración de las políticas, sin procesar a la par una reforma intelectual, ética, de capacidad crítica y de valores de las grandes mayorías, incluyendo también, por cierto, a sus intelectuales dirigentes?

La persistencia de las viejas formas de pensar y de actuar —de la propia relación tradicional distante entre sociedad política y sociedad civil, relación que insiste en ser electoralista, clientelista y jerárquica, de ordena y mando, de dominación y subordinación, de hegemonía previa y subalternidad de las masas aun a costa de poner la realidad a las espaldas— interviene, sin duda, en las dificultades de promover un cambio, lo que evidentemente crea mediaciones inadecuadas para hacer efectivas transformaciones para y con la sociedad. Así, la cuestión me parece ser la siguiente: ¿será posible, con las formas antiguas del análisis y de la política, reconfigurar el Estado en un sentido integral? ¿Qué sociedad política y sociedad civil son necesarias para sustentar la profundización y consolidación de nuevas políticas en un sentido emancipador de la sociedad?

La generalización mundial y nacional en Brasil de la nueva ciudadanía de consumo y la continuidad con cambios menores de orientación de las políticas y del funcionamiento de los aparatos del Estado —además de la obligatoria dignificación de los trabajadores precarizados— ¿Fueron suficientes para cambiar el estado de cosas integralmente?

La ciudadanía de bajo perfil, conducida por los gobiernos pasados de Brasil, que acompaña al cesarismo de figuras que crecieron en las crisis políticas y adquirieron poder a partir de la perplejidad de las clases populares y de los sectores capitalistas internos afectadas por las consecuencias de sus políticas neoliberales es, en realidad, una ausencia de poder (y de construcción compleja de poder) desde abajo. El cesarismo, como el de Bolsonaro o el de Lula en el pasado, implican que la sociedad tiene aún un nivel bajo de comprensión de la realidad, carece de politicidad, constituye una desagregación social y política, y vive una atomización política. La problemática que surge es pensar los límites de tal cesarismo para sostener una profundización democrática de los procesos (Zavaleta, 2006).

¿Es posible, considerando la experiencia de los gobiernos progresistas anteriores de Brasil, procesar las transformaciones necesarias históricamente por medio de las instituciones y las políticas

burocráticas establecidas? Esto es, ¿acaso esas instituciones no son una nueva versión actual y particular de la conocida crisis de la política en Occidente? ¿O acaso la crisis está mostrando ser también la crisis del *sentido de la política dirigida por los gobiernos que usan la propaganda de ser progresistas?*

La inconformidad de millones de jóvenes y sectores populares en las principales ciudades de Brasil en las protestas de junio de 2013 (antes de que estas fuesen cooptadas y dirigidas en una segunda fase, meses después, por los medios de comunicación y por las fuerzas conservadoras para oponerse al gobierno de Dilma Rousseff) muestra la limitación de los proyectos de las nuevas clases dirigentes progresistas para entender los problemas reales de la vida urbana, para obtener el consenso e intentar la dirección política, cuando su estrategia está carente de políticas de reformas profundas y de ampliación de alianzas a la izquierda.

Es difícil pensar cómo podrá avanzarse a cambios reales sin reformar las relaciones políticas y civiles que estructuran la vida social, civil e institucional establecida e indefinida, entre lo moderno y lo atrasado, entre la izquierda y la derecha, a partir de políticas que intercedan realmente en un ámbito actual universal, que afecta a todos.

La segunda fase de las protestas de junio-julio de 2013 (iniciada a finales de ese año y prolongada a 2015 y 2016) mostró la aguda crisis de una política que desmoviliza a la sociedad y no promueve debates y políticas abiertas para provocar la imaginación y la inteligencia y la dignificación política de la sociedad e incluirla en la definición pública de las políticas. Todo indica que la crisis de 2013 demostró la imposibilidad de transformaciones profundas, sin politización de las masas populares, bajo políticas de desmovilización que no promovieron el debate abierto y público en los laberintos en los que andamos todos los integrantes de la vida urbana actual. Aún más, la crisis dejó claro que sin enfrentar el dominio ideológico de las clases capitalistas conservadoras y de sus concepciones y valores, enseñados en las organizaciones de educación y de reproducción de normas

y reglas, expandidas por los grandes medios de comunicación y por las instituciones de mediación, lo que prevalece es que el predominio de la ideología y la cultura política que circula en la sociedad, sea la encaminada por los grupos económicos, políticos e ideológicos hasta ahora dominantes.

Concluycamos esta recapitulación acerca de las problemáticas de la cultura urbana en una modernidad indefinida y cambiante, con la observación de Risério:

Siempre es la ciudad la que carga con las consecuencias, difícilmente capaz de enfrentarlas y, menos aún, resolverlas. Todo recae sobre la población local, sobre la ciudad, sobre el barrio (...) y todo es más grave, obviamente, cuando no formulamos y llevamos a la práctica políticas públicas claras y objetivas para los dilemas y problemas urbanos. Como sucede, en este momento, en Brasil (Risério, 2012, p. 308).

Esa modernidad casi omnipoderosa, sin embargo, tiene frente a sí una población que resiste y lucha. En nuestro estudio se pudo ver a una sociedad brasileña que cambió mucho en la última década y está buscando cómo y para dónde actuar, pero que requiere otras concepciones y otras políticas:

El hecho de haber sido bajo gobiernos del PT que se reprodujeran las bases del clientelismo, del patrimonialismo y de la corrupción funcionó como combustible adicional de frustración e indignación, que sólo aumentó en la medida en que fue quedando claro que persistían los privilegios de las grandes empresas, la impunidad de los más ricos, los gastos exorbitantes y sin criterios claros, el enriquecimiento de los dirigentes políticos. (...) la sociedad brasileña cambió mucho en profundidad en las últimas décadas. Se volvió más dinámica y más diferenciada, con más movilidad social, nuevas culturas y nuevas expectativas. Pasó a funcionar más en red. Los centros de poder entraron en crisis, perdieron transparencia y fuerza. El poder no está más en el Palacio de Planalto o en algún otro palacio. Los partidos pesan poco en la organización de consensos sociales. Hay una revolución en marcha, pero ella no es ni la de los trabajadores y ni la de las cla-

ses medias. Es una revolución sin revolución, la sociedad rebasando el sistema político y poniendo en jaque lo que está instituido. El conflicto social fue reconfigurado por la digitalización de la vida y por modificaciones importantes ocurridas en el mundo del trabajo. Todo ese proceso (...) descendió a las calles de junio de 2013. Vino de repente. De ahí, tal vez, la dificultad para que se comprenda lo que sucedió. Y es que el país se transformó en algo diferente y no se había dado cuenta de eso. No porque nos falten teorías, investigaciones y conceptos. Tenemos un buen arsenal de herramientas metodológicas, muchos estudios e investigaciones de calidad, datos e informaciones a disposición. Lo que nos falta es análisis político, análisis concreto de la situación concreta: disposición para articular la estructura y la superestructura, la sociedad y el Estado, los intereses, las clases, los valores, la correlación de fuerzas, de modo que se alcance una visión de conjunto de las fuerzas que mueven a las personas... La agenda política está puesta. No se trata solamente de la reforma política, aún que a ella se le debe dar un lugar destacado. Al final, el país necesita de otra política (Nogueira, 2013, p. 24).

Abrir camino a la *otra política* (Oliver, 2013b), sin embargo, significará también un esfuerzo mayor en el terreno ideológico-cultural de las fuerzas políticas progresistas y de izquierda de la sociedad política, así como de las grandes masas que siguen siendo también las grandes mayorías, quienes, más que nosotros los investigadores en nuestros escritorios, tienen preguntas e inclinaciones políticas que la teoría, los estudios, las informaciones no las elaboran todavía; y para ponerlas en práctica junto con la intelectualidad crítica se está precisando de la reforma intelectual, ética y moral de una sociedad tan avanzada en sus luchas como la brasileña, que aún está por ocurrir, esperemos en un futuro no tan lejano de este 2023.

Bibliografía

Arancibia Córdova, Juan (1990). “América Latina: aspectos de la década perdida”. *Momento Económico*, (50), 20-21.

Arantes, Pedro Fiori (2010). “A renda da forma na arquitetura da era finaceira”. En *Hegemonia às avessas* (pp. 161-184). São Paulo: Boitempo.

Bandeira, Luiz Alberto Moniz (2009). *Geopolítica e política exterior. Estados Unidos, Brasil e América do Sul*. Brasília: Ministério de Relações Exteriores.

Bandeira, Luiz Alberto Moniz (2008). “O Brasil como potência regional e a importância estratégica da América do Sul na sua política exterior”. *Revista Espaço Acadêmico*, 91, diciembre. www.espacoacademico.com.br/091/91bandeira.pdf

Bastos, Elide Rugai et al. (2006). *Conversas com sociólogos brasileiros/ entrevistas por Elide Rugai Bastos, Fernando Abrucio, Maria Rita Loureiro y José Marcio Rego*. São Paulo: Ed. 34.

Bauer, Carlos (2012). *A natureza autoritária do Estado no Brasil contemporâneo. Elementos de história e questionamentos políticos*. São Paulo: Sundermann.

Bianchi, Álvaro (2001). *Hegemonia em construção: a trajetória do PNBE*. São Paulo: Xamã.

Boito Jr., Armando (1996). “Hegemonia neoliberal e sindicalismo no Brasil”. *Revista Crítica Marxista*, 1(3), 80-105.

Boito, Jr. Armando (1999). *Política neoliberal e sindicalismo no Brasil*. São Paulo: Xamã.

Boito, Jr. Armando (2003). “A hegemonia neoliberal no governo Lula”. *Revista Crítica Marxista* (Rio de Janeiro, Editora Revan), (17).

Boito, Jr. Armando (2005). “A burguesia no governo Lula”. *Revista Crítica Marxista*, (21). Rio de Janeiro: Paz e Terra.

Braga, Ruy (2012). *A política do precariado. Do populismo à hegemonia lulista*. São Paulo: Boitempo.

Bresser-Pereira, Luiz Carlos (1991). Integração latino-americana ou americana? *Novos Estudos* (Cebrap, São Paulo), (31).

Bresser-Pereira, Luiz Carlos y Nuria Cunill Grau (1999). O público não-estatal na reforma do Estado (Coletânea). Rio de Janeiro: Fundação Getúlio Vargas.

Buonicore, Augusto César (2009). *Marxismo, história e revolução brasileira: encontros e desencontros*. São Paulo: Anita Garibaldi.

Cardoso, Fernando Henrique (1998). *O presidente segundo o sociólogo. Entrevista de Fernando Henrique Cardoso a Roberto Pompeu de Toledo*. São Paulo: Companhia das letras.

Carvalho, Alba María Pinho De y Eliana Costa Guerra (2015). “O Brasil no século XXI nos circuitos da crise do capital: o modelo brasileiro de ajuste no foco da crítica”. *Revista de Políticas Públicas* (São Luis Maranhão, UFMA), 19, 41-60.

Carvalho, Alba M. Pinho De y Eliana Costa Guerra (2014). *Brasil contemporâneo: a equação Estado/sociedade em distintos momentos históricos da vida brasileira (1980;2014)*. Ponencia en el seminario internacional “De América latina a Italia”, Roma Italia.

Carvalho, Alba María Pinho De y Uribam Xavier (2014). *Brasil y América Latina*, Fortaleza: UFC.

Castilho, Denis (2010). “Os sentidos da modernização”. *BGG Goiânia* (Universidade Federal de Goiás-Goiânia, Brasil), 30(2), 125-140, jul./dez.

Cattani, Antônio David (org) (2014). *#protestos. Análises das ciências sociais*. Porto Alegre: Tomo.

Chesnais, Francois (org.) (2005). *A finança mundializada*. São Paulo: Boitempo.

CEPAL (1986). Cuadernos, No. 54: "Crisis económica y políticas de ajuste, estabilización y crecimiento". Santiago de Chile.

Cevasco Maria Elisa (2010). "A cultura da servidão financeira: uma leitura às avessas". En *Hegemonia às avessas* (pp. 137-148). São Paulo: Boitempo.

Coelho Neto, Eurelino (2005). *Uma esquerda para o capital: crise do marxismo e mudanças nos projetos políticos dos grupos dirigentes do pt (1979-1998)* [Tese de Doutorado em História]. Niterói, Universidade Federal Fluminense.

Conde, Ronaldo Aguiar (2000). *Pequena bibliografia crítica do pensamento social brasileiro*. Brasília: Paralelo 15.

Costa, Edmilson (2008). *A globalização e o capitalismo contemporâneo*. São Paulo: Expressão Popular.

Costa, Edmilson (2007). "O Estado brasileiro: gênese, crise, alternativas". En Lúcia Neves y Marcela Pronko (coords.), *Debates e síntese do seminário Fundamentos da Educação Escolar do Brasil Contemporâneo*. Rio de Janeiro: Escola Politécnica de Saúde Joaquim Venâncio/Fiocruz.

Costa, Maria das Dores (1988). "Movimentos sociais e cidadania: uma nova dimensão para a política social no Brasil". *Revista de Administração Pública* (Rio de Janeiro), 2 (22), abril-junio.

Coutinho, Carlos Nelson (2010). "A hegemonia da pequena política". En *Hegemonia às avessas* (pp. 29-46). São Paulo: Boitempo.

Coutinho, Joana Aparecida (2004). *ONGs e políticas neoliberais no Brasil* [Tese de Doutorado em Ciências Sociais]. São Paulo, Pontifícia Universidade Católica de São Paulo.

Dagnino, Evelina (s/f). *Sociedad civil, participación y ciudadanía en Brasil* [ponencia]. Departamento de Ciencia Política, São Paulo: Universidad Estatal de Campinas.

Dagnino, Evelina; Olvera, Alberto y Panfichi, Aldo (coords.) (2006). *La disputa por la construcción democrática en América Latina*. Ciudad de México: FCE.

- Damatta, Roberto (1977). *Carnavais, malandros e heróis. Para uma sociologia do dilema brasileiro*. Rio de Janeiro: Rocco.
- Dias Fernandes, Edmundo (2006). *Política brasileira. Embate de projetos hegemônicos*. São Paulo: Instituto José Luis e Rosa Sundermann.
- Diniz, Eli (1978). *Empresário, Estado e capitalismo no Brasil: 1930-45*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Diniz, Eli y Boschi, R. R. (2004). *Empresários, interesses e mercado*. Belo Horizonte-Rio de Janeiro: Editora UFMG-Iuperj.
- Doimo, Ana Maria (1995). *A vez e a voz do popular: movimentos sociais e participação política no Brasil pós-70*. Rio de Janeiro: RelumeDumará-Anpocs.
- Dossiê dos impactos e violações da Vale no mundo (2010). En *Encontro Internacional dos atingidos pela Vale*, I, abr., Rio de Janeiro. <http://atingidospelavale.wordpress.cm>
- Dreifuss, René Armand (1986). *A Internacional capitalista: estratégias e táticas do empresariado transnacional, 1918-1986*. Rio de Janeiro: Espaço e Tempo.
- Dreifuss, René Armand (1987). *1964: a conquista do Estado. Ação política, poder e golpe de classe*. Petrópolis: Vozes.
- Dreifuss, René Armand (1989). *O jogo da direita*. Petrópolis: Vozes.
- Duménil, G. y Lévy, D. (2005) “El imperialismo en la era neoliberal”. En Galvão, Andréia et al. (orgs.). *Marxismo e socialismo no século 21*. São Paulo: IFHC/Unicamp, Xamã. www.jourdan.ens.fr/levy/dle2005e.htm
- Durham, Ribeiro (1984). “Movimentos sociais: a construção da cidadania”. *Novos Estudos*: (São Paulo, Cebrap), (10).
- Faoro, Raymundo (2001 [1957/58]). *Os donos do poder. Formação do Patronato político Brasileiro*. São Paulo: Globo.
- Farnetti, Richard (1998). “O papel dos fundos de pensão e de investimentos coletivos anglo-saxônicos no desenvolvimento das finanças globalizadas”. En Francois Chesnais (org.). *A mundialização financeira: gênese, custos e riscos*. São Paulo: Xamã.

- Federação das Indústrias do Estado de São Paulo (FIESP) (1990). *Livre para crescer*. São Paulo: Cultura.
- Fernandes, Florestan (1975). *A revolução burguesa no Brasil: ensaio de interpretação sociológica*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Fernandes, Florestan (1979). *Mudanças sociais no Brasil*. São Paulo-Rio de Janeiro: Difel.
- Fernandes, Florestan. (1986). *Nova república?* Rio de Janeiro: Zahar.
- Fernandes, Rubem César (1994). *Privado porém público: o terceiro setor na América Latina*. Rio de Janeiro: Relume Dumará.
- Fernandes, Rubem César (2011). *Revolução e história. Das teses ao Manifesto*. Campinas, Sundermann.
- Ferreira, Carla y André Forti Scherer (orgs.) (2005). *O Brasil frente à ditadura do capital financeiro: reflexões e alternativas*. Lajeado, Rio grande do Sul: UNIVATES.
- Ferreira, Whitaker, João Sette (2010). “Cidades para poucos ou para todos? Impasses da democratização das cidades no Brasil e os riscos de um ‘urbanismo às avessas’”. En *Hegemonia às avessas* (pp. 185-214). São Paulo: Boitempo.
- Filgueiras, Luiz y Reynaldo Gonçalves (2007). *A economia política do governo Lula*. Rio de Janeiro: Contraponto.
- Fontes, Virginia (2010). *O Brasil e o capital-imperialismo. Teoria e história*. Rio de Janeiro: Editora UFRJ.
- Frei Betto (2006). *A mosca azul. Reflexão sobre o poder*. Rio de Janeiro: Rocco.
- Frei Betto (2016, 6 de septiembre) “Começar de novo”. *Correio da Cidadania* [página web].
- Gallo, Carlos Artur y Sylvania Rubert (orgs.) (2014). *Entre a memória e o esquecimento. Estudos sobre os 50 anos do Golpe Civil-Militar no Brasil*. Porto Alegre: Deriva.
- García, Cyro (2008). *PT: da ruptura com a lógica da diferença à sustentação da ordem* [Tese de Doutorado em História]. Niterói: Universidade Federal Fluminense.

- García, José Luis (2006). *Análise Social*, 41(181), 981–1009. <http://www.jstor.org/stable/41012435>
- Garrison, John (2000). *Do confronto à colaboração: relações entre a sociedade civil, o governo e o Banco Mundial no Brasil*. Brasília: Banco Mundial.
- Genro, Tarso (2016, 16 de diciembre). Entrevista por Uli Martin. *El País*.
- Giannotti, Vito (2002). *A força sindical: a central neoliberal de Medeiros a Paulinho*. Rio de Janeiro: Mauad.
- Gohn, Maria da Gloria (2004). *Teorias dos movimentos sociais: paradigmas clássicos e contemporâneos*. São Paulo: Loyola.
- Goldstein, Andrea (2002). “Embraer. De campeón nacional a jugador global”. *Revista de la CEPAL*, (77), agosto.
- Goldstein, Andrea (2016). “Los gobiernos de hegemonía del Partido de los Trabajadores (pt) y los medios de prensa. Las elecciones de 2014 y la crisis política del segundo gobierno de Dilma Rousseff”. *Revista Estudios Políticos* (Colombia, Universidad de Antioquia), enero-junio, 94-114.
- Gonçalves, Reynaldo (2013). *Desenvolvimento às avessas. Má-fé e ilusão no atual modelo brasileiro de desenvolvimento*. Rio de Janeiro: LTC.
- González Amador, Roberto (2006, 20 de febrero). “Las décadas perdidas”. *La Jornada en la Economía* (México), (97).
- Goulart, Linda; Carlos Alberto Arruda y Haroldo Vinagre Brasil (1994). “A evolução na dinâmica de internacionalização”. *Revista Brasileira de Comércio Exterior* (Curitiba), (41).
- Gramsci, Antonio (2000). *Cuadernos de la cárcel* (6 tomos). México: ERA.
- Gimaraes, Juárez (entrevistador) (2006). *Leituras da crise. Diálogos sobre o PT, a democracia brasileira e o socialismo*. São Paulo: Fundação Perseu Abramo.
- Guiot, André Pereira (2006). *Um moderno príncipe para a burguesia brasileira: o PSDB (1988-2002)* [Dissertação de Mestrado, Niterói]. Universidade Federal Fluminense.

- Harvey, David. (2004). *O novo imperialismo*. São Paulo: Loyola.
- Hilferding, Rudolf (1973). *El capital financeiro*. Madrid: Tecnos.
- Hippolito, Lucia (2005). *Por dentro do governo Lula. Anotações num diário de bordo*. São Paulo: Futura.
- Hirsch, Joachim (2002). *El Estado nacional de competencia*. México: UAM-Xochimilco.
- Hurrell, Andrew et al. (2009). *Os BRICS e a ordem global*. Rio de Janeiro: Editora FGV.
- Iasi, Mauro Luis (2006). *As metamorfoses da consciência de classe: o PT entre a negação e o consentimento*. São Paulo: Expressão Popular.
- Instituto de Investigación Económica Aplicada, Secretaría de Asuntos Estratégicos (IPEA) (2011, 5 de mayo). *Revista Digital Participação Popular*. A construção da democracia participativa, 8(65).
- Instituto Rosa Luxemburg Stiftung (IRLS) (org.) (2009). *Empresas transnacionais brasileiras na América Latina: um debate necessário*. São Paulo: Expressão Popular.
- Junior de Alencar, J. S. (org.) (2005). *Celso Furtado e o desenvolvimento regional*. Fortaleza: Banco do Nordeste.
- Kitzberger, Philip (2013). “La política de medios en las presidencias de Luiz Inácio Lula da Silva: entre las demandas de democratización y los imperativos de gobernabilidad”. *Revista Desarrollo Económico* (Instituto de Desarrollo Económico y Social, Argentina), 52(207/208), octubre-marzo.
- Klagsbrunn, Victor Hugo (2008). “Uma leitura crítica dos conceitos de mundialização do capital e de regime de acumulação com predominância financeira”. *Revista Crítica Marxista*, (27).
- Laplane, Mariano; Luciano Coutinho y Célío Hirakuta (2003). *Internacionalização e desenvolvimento da indústria no Brasil*. São Paulo-Campinas: Editora Unesp-Instituto de Economia da Unicamp.
- Lopoldi Maria Antonieta (2000). *Política e interesses na industrialização brasileira*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.

Liguori, Guido (2003). “Estado e sociedade civil: entender Gramsci para entender a realidade”. En Carlos Nelson Coutinho y Andrea de Paula Teixeira (orgs.), *Ler Gramsci, entender a realidade*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

Luce, Mathias (2007). *O subimperialismo brasileiro revisitado: a política de integração regional do governo Lula (2003-2007)* [Dissertação de Mestrado em Relações Internacionais]. Porto Alegre: Universidade Federal do Rio Grande do Sul.

Luce, Mathias (2018). *Teoría marxista da dependência: problemas e categorias, uma visão histórica*. Expressão Popular.

Lula da Silva, Luiz Inácio (2002, 22 de junio). “Carta ao povo brasileiro”. *Folha de São Paulo*.

Lussieu da Silva, María (2003). “Inserção internacional das grandes empresas brasileiras”. En Mariano Laplane, Luciano Coutinho y Celio e Hiratuka (orgs.). *Internacionalização e desenvolvimento da indústria no Brasil*. São Paulo-Campinas: Editora Unesp-Instituto de Economia da Unicamp.

Maciel, David (2011). “O governo Collor e o neoliberalismo no Brasil (1990-1992)”. *Revista Universidade Federal de Goiás (UFG)*, XIII(11).

Mançano, Bernardo (2000). *A formação do MST no Brasil*. Rio de Janeiro: Vozes.

Manent, Pierre (1990). *História intelectual do liberalismo: dez lições*. Rio de Janeiro: Imago.

Mangabeira Unger, Roberto (2010). *La alternativa de la izquierda*. Madrid: FCE.

Marini, Ruy Mauro (1966). “La dialéctica del desarrollo capitalista en el Brasil (1966)”. *Cuadernos Americanos*, Año XXV, Vol. CXLVI, N° 3, México. Revisado en 1970.

Marini, Ruy Mauro (1977). “La acumulación capitalista mundial y el subimperialismo”.

Revista Cuadernos Políticos (México), (12). www.marini-escritos.unam.mx

- Marini, Ruy Mauro (1978). "El Estado de contrainsurgencia". *Cuadernos políticos* (México, Ediciones ERA), (18), octubre-diciembre.
- Marini, Ruy Mauro (2008). *América Latina. Dependencia y globalización*. Compilador: Carlos Eduardo Martins. Bogotá: CLACSO-Siglo del Hombre.
- Martins, André Silva (2009). *A direita para o social: a educação da sociabilidade no Brasil contemporâneo*. Juiz de Fora: Editora UFJF.
- Martins, Luis Renato (2010). "Moedas e moedeiros (e um pintor na contramão)". En *Hegemonia às avessas* (pp. 149-160). São Paulo: Boitempo.
- Marx, Karl (2011). "Introdução". En *Grundrisse. Manuscritos econômicos de 1857-58. Esboço da crítica da Economia política*. São Paulo: Boitempo.
- Mattos Marcelo Baradó (1998). *Novos e velhos sindicalismos*. Niterói: Vício de Leitura.
- Mendoça, Eduardo Luiz de (2000). *A pobreza no Brasil: medidas e sentidos* [Dissertação de Mestrado]. Rio de Janeiro, Instituto de Pesquisa e Planejamento Urbano e Regional, Universidade Federal do Rio de Janeiro.
- Mercadante, Aloizio (2013). *Brasil. De Lula a Dilma (2003-2013)*. Madrid: Clave Intelectual.
- Nakatani, Paulo y Rosa Maria Marques (2009). *O capital fictício e a crise de 2008/09*. São Paulo: Brasiliense.
- Nepomuceno, Eric (2021, 22 de agosto). "Brasil, los generales y la dictadura". *La Jornada*.
- Neves, Lucia Maria Wanderley (org.) (2005). *A nova pedagogia da hegemonia: estratégias burguesas para educar o consenso*. São Paulo: Xamã.
- Neves, Lucia Maria Wanderley (org.) (2010). *Direita para o social e esquerda para o capital: intelectuais da nova pedagogia da hegemonia no Brasil*. São Paulo: Xamã.
- Nogueira, Marco Aurelio (2004). *Um Estado para a sociedade civil. Temas éticos e políticos da gestão democrática*. São Paulo: Cortez.
- Nogueira, Marco Aurelio (2013). *As ruas e a democracia. Ensaio sobre o Brasil contemporâneo*. Brasília: Contrapunto.

Nogueira, Arnaldo Jose França Mazzei (2005). “Relações de trabalho e sindicalismo entre o público e o privado no Brasil”. *Encontro anual da Anpocs*, XXIX (GT n° 26: Trabalho e sindicato na sociedade contemporânea).

Novoa, Luis Fernando (2009). *O Brasil e seu “desbordamento”: o papel central do BNDES na expansão das empresas transnacionais brasileiras na América do Sul*. Instituto Rosa Luxemburg Stiftung.

O Estado de São Paulo (2008, 1° de enero). “Investimento social busca inspiração no mercado financeiro”. www.idis.org.br/sobre-o-idis/sala-de-imprensa/midia/publicadas-em-2008/investimento-social-busca-inspiracao-no-mercado-financeiro

O’Donnel, Guillermo (1988). Hiatos, instituições e perspectivas democráticas. em Reis, F. W. et al., *A democracia no Brasil: dilemas e perspectivas*. São Paulo: Vértice.

Oliven, Ruben (2001). “Cultura e modernidade no Brasil”. *Revista São Paulo em Perspectiva* (São Paulo, Fundação SEADE), 15(2).

Oliver Costilla, Lucio F. y T. Castro Escudero (2005). *Poder y política en América Latina*. Ciudad de México: Siglo XXI.

Oliver Costilla, Lucio F. (2009). *El Estado ampliado en Brasil y México*. Ciudad de México: UNAM.

Oliver Costilla, Lucio F. (2012). “Sistema Político, relaciones elitistas y participación popular en Brasil hoy: una historia de innovaciones progresistas y continuidad conservadora”. En Silvia Gómez Tagle y Willibald Sonnleitner (eds.), *Mutaciones a la democracia. Tres décadas de cambio político en América Latina: 1980-2010* (pp. 113 a 136). Ciudad de México: El Colegio de México.

Oliver Costilla, Lucio F. (2013a). *El Estado y la democracia en América Latina*. La Paz: Autodeterminación.

Oliver Costilla, Lucio F. (coord.) (2013b). *Gramsci, la otra política. Descifrando y debatiendo los Cuadernos de la Cárcel*. Ciudad de México: UNAM-ITACA.

Oliver Costilla, Lucio F. (2016). *La ecuacion Estado-sociedad civil en América Latina*. Ciudad de México: UNAM-La Biblioteca.

- Oliver Costilla, Lucio F. (2017). "Gramsci y la noción de catarsis histórica. Su actualidad para América Latina". En *Las Torres de Lucca. Revista Internacional de Filosofía Política* (Madrid), 6(11), 29-42, julio-diciembre.
- Oliveira, Francisco de y Cibele Rizek (orgs.) (2007). *A era da indeterminação*. São Paulo: Boitempo.
- Oliveira, Francisco de (2007). "Política numa era de indeterminação: opacidade e reencantamento". En Francisco Oliveira y Cibele Rizek (orgs.), *A era da indeterminação* (pp. 15-48). São Paulo: Boitempo.
- Oliveira, Francisco de (2009). *El neotrasto brasileño. Los procesos de modernización conservadora, de Getulio Vargas a Lula*. Buenos Aires: Siglo XXI-CLACSO.
- Oliveira, Francisco de; Ruy Braga y Cibele Rizek (orgs.) (2010a). *Hegemonia às avessas*. São Paulo: Boitempo.
- Oliveira, Francisco de (2010b). "Hegemonía al revés". En Oliveira, Francisco de, Braga, Ruy y Rizek, Cibele (orgs). *Hegemonia às avessas* (pp. 21-28). São Paulo: Ed. Boitempo.
- Oliveira, Francisco De (2010c). "El contrario de lo contrario". En Francisco Oliveira, Ruy Braga y Cibele Rizek (orgs.), *Hegemonia às avessas* (pp. 369-376). São Paulo: Boitempo.
- Onaga, Marcelo (2005). "A vez da Coteminas". *Portal Exame* [página web]. <http://portalexame.abril.com.br/revista/exame/edicoes/0854/internacional/m0078334.html>
- Osorio, Jaime, Carla Ferreira y Mathias Luce (2012). *Padrão de reprodução do capital*. São Paulo: Boitempo.
- Palermo, Vicente y Thiago Melamed de Menezes (2013). "Lulismo, gobierno de Lula y transformaciones de la sociedad brasileña: los términos del debate interpretativo". *Revista Miríada* (Instituto de Investigaciones Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad del Salvador, Buenos Aires), 5(9).
- Paulani, Leda Maria (2010). "Capitalismo financeiro, estado de emergência econômico y hegemonía al revés em Brasil". En Francisco Oliveira,

Ruy Braga y Cibele Rizek (orgs.), *Hegemonia às avessas* (pp. 109-136). São Paulo: Boitempo.

Paulani, Leda Maria (2012, 3 de agosto). “A dependencia redobrada”. *Le Monde Diplomatique Brasil*. São Paulo.

Pécaut, Daniel (1990). *Os intelectuais e a política no Brasil*. São Paulo: Ática.

Pereira, João Márcio Mendes (2009). *O Banco Mundial como ator político, intelectual e financeiro - 1944-2008* [Tese de Doutorado em História]. Niterói, Universidade Federal Fluminense.

Prado Jr. Caio (1969). *Formação do Brasil contemporâneo*. São Paulo: Brasiliense.

Prado Jr. Caio (1978). *A revolução brasileira*. São Paulo: Brasiliense.

Ramsey, Jase y André Almeida (orgs.) (2009). *A ascensão das multinacionais brasileiras*. Rio de Janeiro: Elsevier-Fundação Dom Cabral.

Rizek, Cibele (2010). “Verde, amarelo, azul y branco: o fetiche de uma mercadoria ou seu segredo”. En Francisco Oliveira, Ruy Braga y Cibele Rizek (orgs.), *Hegemonia às avessas* (pp. 215-237). São Paulo: Boitempo.

Risério, Antonio (2012). “Aspecto de agora”. En *A cidade no Brasil* (pp. 301-333). São Paulo: Editora 34.

Sader, Emir y Pablo Gentili (orgs.) (2000). *Pós-neoliberalismo II. Que Estado para que democracia*. Rio de Janeiro: Vozes/CLACSO.

Sader Emir y Marco Aurelio García (2010). *Brasil 2011-2014. Dos proyectos en conflicto*. México: Ocean Sur.

Sader, Emir, D. Filmus, V. Santa María, Pablo Gentili (eds.) (2013). *Lula. La esperanza vence al miedo*. Buenos Aires: CLACSO, Senado de la Nación, SUTERH, UMET.

Saes, Décio (2001). *República do capital: capitalismo e processo político no Brasil*. São Paulo: Boitempo.

Sarti, Fernando y Mariano Laplane (2013). “O investimento direto estrangeiro e a internacionalização da economia brasileira nos anos 90”. En Mariano Laplane, Luciano Coutinho y Celio Hiratuka (orgs.), *Internacio-*

nalização e desenvolvimento da indústria no Brasil. São Paulo-Campinas: UNESP-Instituto de Economia da Unicamp.

Sauviat, Catherine (2004). “Os fundos de pensão e os fundos mútuos: principais atores da finança mundializada e do poder acionário”. Em François Chesnais (ed.), *A finança mundializada*. São Paulo: Boitempo.

Salles, Severo de (2013). *La lucha de clases en Brasil (1960-2010)*. Buenos Aires: Continente.

Semeraro, Giovanni (2007). “Da libertação à hegemonia: Freire e Gramsci no processo de democratização do Brasil”. *Revista de Sociologia Política* (Curitiba), (29), 95-104, noviembre.

Silva, Carla Luciana Souza da (2009). *Veja: o indispensável partido neoliberal*. Cascavel: Edunioeste.

Silva, Maria Aparecida de Moraes y Beatriz Medeiros de Melo (2009). “Soja, a expansão dos negócios”. *Le Monde Diplomatique Brasil*, 19, 4-5, febrero.

Singer, André (2012). *Os sentidos do lulismo. Reforma gradual e pacto conservador*. São Paulo: Companhia das Letras.

Soares Tavares, Laura (org.) (2002) *Tempo de desafios. A política social democrática e popular no governo do Rio Grande do Sul*. Brasil: Vozes.

Sobrinho, José Dias y Marcia Regina. F. de Brito (2008). “La educación superior en Brasil: principales tendencias y desafíos”. *Revista Avaliação* (Campinas; Sorocaba, São Paulo), 13(2), 487-507, julio.

Souza, Herbert de (Betinho) (1991). “As ONGs na década de 1990”. *Revista Comunicações do ISER* (Rio de Janeiro), 10(41).

Tapia, Luís (2006). *La invención del núcleo común. Ciudadanía y gobierno multisocietal*. La Paz: Muela del Diablo/Autodeterminación.

Teixeira, Andrea de Paula (2006). *Contra-reforma da previdência social brasileira* [Tese de Doutorado]. Escola de Serviço Social, Universidade Federal do Rio de Janeiro.

Telles, Vera da Silva (2007). “Transitando na linha de sombra, tecendo as tramas da cidade (anotações inconclusas de uma pesquisa)”. Em Francis-

co Oliveira y Cibele Rizek (orgs.), *A era da indeterminação* (pp. 195-220). São Paulo: Boitempo.

Telles, Vera da Silva (2010). “Cidades, trajetórias urbanas, políticas públicas e proteção social: questões em debate” [entrevista]. *Revista Serviço Social e Sociedade*, (104), octubre-diciembre.

Telles, Vera da Silva (1998). “Direitos sociais: afinal do que se trata?”. *Revista USP*, (37), 34-45. <https://doi.org/10.11606/issn.2316-9036.v0i37>

Tricontinental (2021). “Los desafíos de la izquierda en Brasil”. Instituto Tricontinental de Investigación Social, dossier N° 40, mayo, Brasil.

Trópia, Patrícia Vieira (2009). *Força sindical: política e ideologia no sindicalismo brasileiro*. São Paulo: Expressão Popular.

Unger, Roberto Mangabeira (2006). *Plan Brasil 2022*. Secretaría de Asuntos Estratégicos.

Unger, Roberto Mangabeira (2014, 13 de octubre). Entrevista à *Folha de São Paulo*.

Urbasch, Gerhard (2004). *A globalização brasileira*. Rio de Janeiro: Elsevier.

Uol Notícias (2014, 26 de octubre). “Dilma Ganha as Eleições”.

Vacca, Giuseppe (2012). *Vida e pensamento de Gramsci: 1926-1937*. Rio de Janeiro: Contraponto.

Valor Econômico/SOBEET (2008). “Multinacionais brasileiras”. *Revista Valor Econômico* (Rio de Janeiro), noviembre.

Velloso, João Paulo dos Reis (org.) (2009). *A crise global e o novo papel mundial dos BRICS*. Rio de Janeiro: José Olympio-Forum Nacional.

Viana, Leão; João Paulo e Gilmar dos Santos Nascimento (orgs.) (2008). *O sistema político brasileiro. Continuidade ou reforma*. Porto Velho: Universidade Federal de Rondônia.

Vianna, Luiz W. (1999). *Liberalismo e sindicato no Brasil*. Belo Horizonte: UFMG.

Vieira, Soraia (2016, 5 de mayo). “El contexto de la crisis política en Brasil”. *Política Exterior* (Madrid).

- Vigevani, Tulio y Gabriel Cepaluni (2007). “A política externa de Lula da Silva: a estratégia da autonomia pela diversificação”. *Revista Contexto Internacional* (Rio de Janeiro), 29(2), 273-335, julio-diciembre.
- Weffort, Francisco (2006). *Formação do pensamento político brasileiro. Idéias e personagens*. São Paulo: Ática.
- Zavaleta, René (2009). “Cuatro conceptos de la democracia”. En Luis Tapia (comp.), *La autodeterminación de las masas* (pp. 121-146). Bogotá: Siglo del Hombre/CLACSO.
- Zavaleta, René (2006). “Formas de operar del Estado en América Latina (bonapartismo, populismo, autoritarismo)”. En Maya Aguiluz y Norma de los Ríos (coords.), *René Zavaleta Mercado. Ensayos, testimonios y re-visiones*. Buenos Aires, México, Ecuador: PPEL, UNAM, FLACSO-México, CESU-UMSS, CIDES-UMSA, Miño & Dávila.
- Zibechi, Raúl (2012). *Brasil potencia. Entre la integración regional y un nuevo imperialismo*. Ciudad de México: Bajo Tierra.

Sobre el autor

Lucio Fernando Oliver Costilla es doctor en Sociología, profesor titular de tiempo completo, docente en el Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos y en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, de la Universidad Nacional Autónoma de México. Es miembro del sistema nacional de investigadores, nivel III. Actualmente coordina el proyecto PAPIIT-UNAM “Disputa en y por la sociedad civil en la crisis del Estado en América Latina”. Participa en el Grupo de Trabajo de CLACSO “Estados en disputa”.

Sus líneas de investigación se vinculan a la relación entre acumulación de capital, Estado moderno, disputa hegemónica y teoría social histórico-crítica.

Es autor de varios libros sobre el Estado en América Latina, en Brasil y México en particular, y acerca del pensamiento social crítico en la región. Sus libros más recientes son *La ecuación Estado-sociedad civil en América Latina* y *Problemas teóricos del Estado integral en América Latina. Fuerzas en tensión y crisis*. Este último en coautoría con investigadores del proyecto PAPIIT.

El Brasil en situación de crisis orgánica del Estado

En este libro se presentan los resultados de una investigación de varios años sobre la experiencia de cuatro gobiernos brasileños, dos de Lula da Silva y dos de Dilma Rousseff (2003–2016). Tal periodo se analiza en términos de una intensificación de la crisis orgánica del Estado que se hizo evidente luego de las manifestaciones populares de 2013 en Brasil y se acentuó en la situación posterior de *impeachment* de la presidenta Dilma Rousseff y con el avance político social de la ultraderecha, representada por el expresidente Jair Bolsonaro. “Abrir camino a la otra política –nos propone Lucio Oliver– significa realizar un esfuerzo mayor en el terreno ideológico-cultural de las fuerzas políticas progresistas y de izquierda de la sociedad política, así como de las grandes mayorías, que tienen preguntas e inclinaciones políticas que la teoría, los estudios y las informaciones no elaboran todavía”.